

América Latina

Episodios de
historia social
y política

Adolfo León Atehortúa Cruz
(compilador)

REDUCAR

Red Educativa Universitaria de Conocimiento y Acción Regional



Colección
Educar en América Latina

América Latina

Episodios de
historia social
y política

América Latina

Episodios de
historia social
y política

Adolfo León Atehortúa Cruz
(compilador)

Colección
Educar en América Latina

América Latina : episodios de historia social y política / Adolfo León Atehortúa Cruz ... [et al.] ; compilado por Adolfo León Atehortúa Cruz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : UNIPE: Editorial Universitaria ; Bogotá : Universidad Pedagógica Nacional, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3805-58-5

1. Historia. 2. Historia Política. 3. Historia Social. I. Atehortúa Cruz, Adolfo León, comp.
CDD 306.098

América Latina: episodios de historia social y política

Todos los derechos reservados

© Universidad Pedagógica Nacional

© Universidad Pedagógica Nacional de Argentina

© Adolfo León Atehortúa Cruz, por la compilación

© Cristóbal Aljovín de Losada, Jorge Alberto Amaya Banegas,

Martín Marimón, María Macarena Cordero Fernández,

Carla Andrea Rivera Aravena, Adolfo León Atehortúa Cruz

Primera edición: abril del 2021

ISBN 978-987-3805-58-5

DOI: <https://doi.org/10.17227/pa.2021.5585>

Preparación editorial

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Carrera 16A n.º 79 - 08, piso 6.º

www.editorial.pedagogica.edu.co

Teléfonos: (57 1) 347 1190 - (57 1) 594 1894, ext. 362

Bogotá, Colombia

Unipe Editorial Universitaria

Universidad Pedagógica Nacional de Argentina

Sede Metropolitana, Piedras 1080

www.editorial.unipe.edu.ar

Teléfonos: (011) 4307-7500, int. 1800

Buenos Aires, Argentina

“La publicación de las imágenes incluidas en esta obra, así como cualquier situación que se presente con respecto a los permisos y licencias de uso son responsabilidad de los autores”.

Esta publicación fue sometida a evaluación por pares académicos.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito de las universidades coeditoras.

Libro para consulta y descarga en acceso abierto.

Colección

Educación en América Latina



Índice

Introducción Adolfo León Atehortúa Cruz	7
Independencias, ejércitos y Estados en América del Sur, 1810-1830 Adolfo León Atehortúa Cruz	19
El caudillismo en América Latina. Algunas reflexiones generales Cristóbal Aljovín de Losada	57
La <i>banana republic</i> : imaginarios bananeros de la identidad hondureña representados en tarjetas postales Jorge Alberto Amaya Banegas	81
El peronismo y la incorporación sociopolítica de los sectores populares en la Argentina de posguerra Martín Marimón	121
Los largos años sesenta María Macarena Cordero Fernández Carla Andrea Rivera Aravena	173

Introducción

Adolfo León Atehortúa Cruz
Profesor titular
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Pedagógica Nacional de Colombia

En 1977 apareció el primer tomo de la obra *América Latina: historia de medio siglo*, dedicado a América del Sur y publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y Siglo XXI Editores. Su compilador, Pablo González Casanova, la justificó por la necesidad de examinar las estructuras de la sociedad y del Estado con sus características y especificidades en cada país, para facilitar “un proyecto latinoamericano conjunto en la lucha por la liberación”. Se trataba, entonces, de conocer y comprender la historia y el contexto de cada nación para actuar políticamente en su escenario. Para González Casanova, era también la primera vez que veía la luz un libro sobre la historia actual de nuestros pueblos, una compilación que reunía a especialistas y conocedores del devenir latinoamericano, para “alentar nuevos estudios históricos contemporáneos, nuevas monografías y síntesis acerca de las luchas de liberación”.¹ La propuesta era una especie de suma de partes, de análisis nacionales en torno a la historia política reciente, encauzados a promover una conciencia emancipadora.

1. Pablo González Casanova, coord. *América Latina. Historia de medio siglo. América del Sur* (México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM / Siglo XXI Editores, 1977). “Nota preliminar”, p. VII. El segundo tomo, dedicado a México, Centroamérica y el Caribe, se publicó en 1981.

Cinco años después, en 1984, se publicó en inglés, con ocho volúmenes, la *Historia de América Latina* coordinada por Leslie Bethell y editada por la Universidad de Cambridge (*The Cambridge History of Latin America*). La obra reunió cerca de cien especialistas altamente reconocidos de varios países latinoamericanos y europeos, con el propósito de “ofrecer una síntesis de los conocimientos actuales, adaptada a las necesidades y los intereses del hombre de hoy”. La versión española, acometida por la Serie Mayor de la Editorial Crítica de Barcelona, bajo la dirección de Josep Fontana y Gonzalo Pontón, se tradujo en dieciséis volúmenes: cuatro dedicados al estudio de la Colonia, dos a las luchas por la independencia y la construcción de las nuevas naciones, cuatro más al período que abarca de 1870 a 1930 y los últimos seis desde esa fecha hasta los años setenta. Ya no la liberación, pero sí “la erudición, la ponderación y el conocimiento históricos” para “iluminar el presente” subyacían a la obra, según lo confesó su coordinador y lo ratificó uno de sus autores, John Lynch.²

El interés de una y otra compilación perfilaba el auge creciente de los movimientos sociales y juveniles que en la década de los sesenta del siglo xx estremecieron al mundo. Pero, al mismo tiempo, resignificaba el avance de las ciencias sociales en Latinoamérica y la irrupción de nuevas tendencias historiográficas en varios países.

De algún modo, era también la expresión de diversos esfuerzos por congregarse investigadores y estudios sobre la región. Justamente, en 1968, se había creado en Lima la Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), coordinada por el mexicano Enrique Florescano y el chileno Álvaro Jara. La iniciativa buscaba promover la historia económica a través de análisis sistemáticos en cada país, no solo

2. Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*. (Barcelona: Cambridge University Press/Editorial Crítica, 1990). Texto de contraportada.

como objeto de conocimiento, sino también como fundamento para la intervención política. Su intento, desde luego, se nutría intelectualmente con la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), a instancias de las Naciones Unidas en 1948; la creación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) como organismo internacional de carácter académico y autónomo dirigido a la promoción, enseñanza, investigación y cooperación en el área de las ciencias sociales y, posteriormente, la fundación de la misma Clacso, con carácter no gubernamental, creada en 1967 por iniciativa de estudiosos de las ciencias sociales de la región.

Clacso, en efecto, fue el auténtico pionero de los estudios colectivos originados en las nacientes corrientes historiográficas. Su primer texto, producto de un simposio realizado en 1972 en Roma, apareció en 1975 bajo el título *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. La edición compilaba dos notas introductorias y veintiún artículos agrupados en tres partes: haciendas y latifundios, estancias y plantaciones. Como lo explicó Florescano en el prólogo, no se trataba de clarificar las inmensas dudas sobre el proceso agrario en los países latinoamericanos, pero sí de aportar a su abordaje y discusión.³ Se pretendía construir una visión general que, considerando las características de cada país, intentara aglutinar respuestas a interrogantes comunes y comparar procesos a menudo similares e interrelacionados.

En adelante, las obras colectivas y antológicas sobre temas latinoamericanos en el área de la historia o las ciencias sociales se hicieron más frecuentes. A ello contribuyeron nuevas escuelas historiográficas como aquellas de los *Annales*, la *New Economic*

3. Enrique Florescano, coord., *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina* (México: Siglo XXI Editores, 1975).

History o el marxismo.⁴ El desarrollo de la disciplina en las universidades, gracias a la importante creación de programas de profesionalización en Historia, incrementó el número de estudios atravesados por la calidad y planteados para el debate. El mundo académico se afirmó cada vez más y dio lugar a múltiples actividades, congresos, simposios y eventos que favorecieron el encuentro, la discusión y el intercambio de los docentes, la elaboración colectiva de proyectos de investigación y formación, así como la circulación y difusión de sus publicaciones conjuntas e individuales.⁵ Como producto de este ambiente, surgió al final de los años setenta la colección *Hoy de Siglo XXI Editores: Colombia hoy, Ecuador hoy, Argentina hoy*.⁶ Una imagen de lo acaecido, narrada con importantes detalles institucionales, ha sido recogida con el libro *América Latina piensa América Latina*, publicado con el sello de Clacso.⁷ Así mismo, como resultado de esta atmósfera se puede citar, por ejemplo, la obra *Historia general de América Latina*, compuesta por nueve volúmenes y lograda con el impulso de la Unesco, hoy alojada en la Biblioteca Digital de Naciones Unidas.⁸

4. Entre los promotores de una visión marxista para la historia, léase Atilio Boron, *Bitácora de un navegante. Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana. Antología esencial*. En *Colección Antologías* (Buenos Aires: Clacso / Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2020), <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20200925043525/Atilio-Boron-Antologia-esencial.pdf>, disponible solo en versión digital.

5. Prototipo de estos esfuerzos fue la creación de la Maestría en Historia Andina que, bajo el liderazgo de Germán Colmenares, concitó a especialistas de diversos países. Univalle, 1985.

6. AA. VV., *Colombia hoy* (México: Siglo XXI Editores, 1978).

7. Yamandú Acosta, Waldo Ansaldi, Verónica Giordano y Lorena Soler, coords., *América Latina piensa América Latina* (Buenos Aires: Clacso, 2015).

8. AA. VV., *Historia general de América Latina* (Madrid: Trotta / Unesco, 1999).

Muestras más actuales se ilustran con la *Historia de América Andina*, impulsada por la Universidad Andina Simón Bolívar de Ecuador, y su rector Enrique Ayala, cuyo primer volumen vio la luz en 1999, y el quinto y último en 2003;⁹ *La historia comparada de las Antillas*, coordinada por Consuelo Naranjo Orovio,¹⁰ en 2014; o la colección *América Latina en la historia contemporánea*, conformada por 95 libros con un total de 425 autores, que se ha propuesto “reflexionar a través de la palabra y la imagen,” acerca del papel “desempeñado por América Latina durante los últimos doscientos años”.¹¹ Finalmente, cabe citar *Utopias in Latin America: Past and Present*, un trabajo conjunto entre la Red Trasatlántica de Estudio de las Utopías y el grupo HISTOPÍA,¹² o, con modelos interdisciplinarios, la más reciente congregación de más de sesenta investigadores latinoamericanos, referida a *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina* y coordinada por Leonardo Rodríguez Zoya.¹³ En su conjunto estas historias constituyen, editorial e historiográficamente, un paradigma en la historiografía de la región en tanto rompen con las historias nacionales tradicionales y “patrias” que alejaban la historiografía de nuestros países de interpretaciones globales, comparadas o internacionales.

9. AA. VV., *Historia de América Andina*, vol. 1-5 (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 1999-2003).

10. Consuelo Naranjo, coord., *La historia comparada de las Antillas* (Madrid: Doce Calles y otros eds., 2014).

11. AA. VV., *América Latina en la historia contemporánea* (Madrid: Fundación Mapfre / Editorial Taurus, 2008-2013).

12. Juan Pro, ed., *Utopias in Latin America: Past and Present* (Brighton-Portland-Toronto: Sussex Academic Press, 2018).

13. Leonardo G. Rodríguez Zoya, coord. gral., *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina* (Buenos Aires: Comunidad Editora Latinoamericana, 2018).

Desde luego, no pueden desconocerse otras vertientes originales como aportes y contribuciones frente a este tipo de estudios en América Latina. En 1918, historiadores académicos norteamericanos crearon la *Hispanic American Historical Review*, que llegó a su número 100 en 2020, y a quien nadie le discute su carácter pionero en los estudios sobre historia y cultura latinoamericanas, con inmenso reconocimiento en el escenario de las ciencias sociales. HAHR fue producto y al mismo tiempo impulso de cierta vida institucional que los temas sobre América Latina alcanzaron en las universidades estadounidenses gracias a los llamados *Area Studies*, conformados con especialistas de distintas disciplinas. El interés por los países al sur del río Bravo se fortaleció con la Good Neighbor Policy agenciada desde el gobierno de Franklin D. Roosevelt y, tiempo después, merced a la Guerra Fría, con el apoyo de agencias estatales y fundaciones privadas que respaldaron los estudios latinoamericanos y su difusión en el continente.

No es propósito de este prólogo revisar cronológicamente toda la producción académica sobre América Latina sistematizada en diferentes ediciones, revistas o libros y citarlas o enunciarlas por completo. Tal objetivo escapa a la escasa dimensión de este texto y excede nuestra dedicación y objetivo. En 1938, por ejemplo, se tiene noticia de la *Revista Historia de América*, fundada por Silvio Zabala, historiador y diplomático mexicano, con el apoyo de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que hoy depende de la Organización de Estados Americanos (OEA). Su norte, evidenciado por el creador, fue la discusión académica y la generación de conocimiento para fomentar el interés en la historia americana.¹⁴ Pero es claro que, en universidades nacionales o en el activismo político, aunque con menor trascendencia, las preocupaciones por América Latina estaban

14. La versión digital de dicha revista se encuentra en: <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam>

a la orden del día.¹⁵ Cabe destacar en este hilo de ideas otras publicaciones ulteriores como la *Revista Complutense de Historia de América*, aparecida en 1975; *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, publicada por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) desde mediados de los años ochenta, o las más recientes, cuya publicación se inició en los noventa: *Problèmes d'Amérique Latine*, a cargo de la Documentation Française, y *América Latina Hoy*, divulgada por el Instituto de Iberoamérica y Ediciones de la Universidad de Salamanca, entre muchos otros esfuerzos editoriales cuya enumeración sería ya prolija.¹⁶

Hoy por hoy, se cuenta con una importante presencia de revistas con temas sobre América Latina en las bases del Web of Science (WoS), del Arts and Humanities Citation Index (A&HCI), de Thomson Reuters: Science Citation Index (SCI) o en la Social Science Citation Index (SSCI). Un estudio de 2008 indicó, precisamente, ese notable incremento de las revistas latinoamericanas en las bases de datos, con una importante muestra de calidad y visibilidad.¹⁷ Otro estudio ha señalado que Scopus, de Elsevier, creada apenas en 2004, tiene una cobertura de cerca de 17 500 revistas científicas latinoamericanas de calidad en todos los campos del conocimiento.¹⁸ Por su parte, otros catálogos como Latindex, base de datos de la UNAM; Scientific Electronic Library

15. Un estudio inédito de Aimer Granados, desde la UAM de México, muestra precisamente el papel jugado por las revistas en América Latina, desde aquella publicada muy tempranamente por José Carlos Mariátegui. Aimer Granados. "Revistas en la historia cultural e intelectual de la América Andina. Del Modernismo al vanguardismo" (inédito, en proceso de publicación).

16. Estas revistas pueden hallarse hoy en la web o consultarse en bases de datos especializadas.

17. Francisco Collazo-Reyes *et al.*, "Publication and Citation Patterns of Latin American & Caribbean Journals in the SCI and SSCI from 1995 to 2004", *Scientometrics*, vol. 75, n.º 1 (2008): 145-161, doi:10.1007/s11192-007-1841-6.

18. Sandra Miguel, "Revistas y producción científica de América Latina y el Caribe: su visibilidad en SciELO, RedALyC y Scopus", *Revista Interamericana de*

Online (SciELO) y la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (RedALyC), que funcionan en la práctica como bibliotecas virtuales, poseen una existencia que puede superar las 7 000 revistas editadas en los países de América Latina, el Caribe, España y Portugal. Por supuesto, esta producción no refiere únicamente a las ciencias sociales y la historia, pero es un indicativo de los avances y la visibilidad que en todas las áreas alcanza Latinoamérica en los últimos años.

Nuestra compilación *América Latina. Episodios de historia social y política* retoma esta experiencia y hace suyo el propósito de promover y difundir el conocimiento que sobre la historia latinoamericana se construye y dicta en las Universidades Pedagógicas Nacionales Latinoamericanas agrupadas en la red REDUCAR y en universidades amigas cuyos docentes se han acercado con enorme comprensión y solidaridad a la investigación y enseñanza en nuestros centros académicos. Es el primer esfuerzo que sigue a un curso denominado “América Latina. Historia y sociedad”, dictado en modalidad virtual y en medio de la pandemia de la Covid-19 a estudiantes de varios países de América Latina y el Caribe en el mes de octubre de 2020, y que continuará con una versión inspirada en “Los años sesenta en América Latina”, la cual se dictará a finales del mes de abril de 2021. Con el presente texto se inicia, además, la colección editorial Educar en América Latina, que surge con el apoyo de REDUCAR y la participación específica, en este caso, de la Editorial Universitaria de la Unipe-Argentina y el Grupo Editorial de la UPN-Colombia.

Las metas propuestas son diversas y apenas se comienza. Enfatizamos su carácter de “manual” dispuesto para historiadores y estudiantes de historia; la visión de conjunto que

ofrece nuestra obra en términos de temas, cronologías, actores sociales, sucesos políticos y sociales de la historia moderna y contemporánea de nuestra América Latina, y su publicación pensada para la enseñanza y la didáctica. Se trata de impulsar el acercamiento de la historiografía latinoamericana desde sus bases, desde la práctica cotidiana de las clases, de los seminarios, del trabajo académico con jóvenes estudiantes, hasta el ejercicio colectivo del magisterio, el intercambio, la producción académica conjunta, la investigación colectiva y otras perspectivas que se espera se concreten con la consolidación a futuro del proyecto recién iniciado.

Acerca de este volumen

El libro que hoy editamos consta de cinco capítulos cronológicamente ordenados. El primero, “Independencias, ejércitos y Estados en América del Sur, 1810-1830”, de nuestra autoría, parte de una relación historiográfica acerca de las independencias, Bolívar y San Martín, seguida de un recorrido factual sobre los episodios y acontecimientos de estas dos décadas, para demostrar cómo, al final de las guerras emancipadoras, poco hubo de ejércitos y Estados en nuestros países de la América meridional.

En línea con la exposición anterior, el trabajo de Cristóbal Aljovín, “El caudillismo en América Latina. Algunas reflexiones generales”, que se presenta en el capítulo segundo, intenta abordar el fenómeno del caudillismo en Hispanoamérica, en particular durante la primera mitad del siglo XIX. La reflexión central gira en torno a la definición que hace John Lynch sobre el caudillismo, cuyo diálogo nos conmina a tratar la cuestión del carisma de los caudillos con sus lazos institucionales y clientelares, con el centro de la reflexión en los casos peruano, argentino y mexicano. Situado el tema de los caudillos en el amplio espectro

del vacío de poder de la era de las independencias, así como de los referentes de autoridad en este contexto y con los aportes de otros historiadores, se destaca la idea del caudillo como un ciudadano que busca el establecimiento o restablecimiento del orden dentro del imaginario republicano.

El capítulo tercero, titulado “La *banana republic*: imaginarios bananeros de la identidad hondureña representados en tarjetas postales”, aborda diversas representaciones sociales e imaginarios forjados en Honduras a partir de iconografías plasmadas en sus tarjetas postales a inicios del siglo xx. El autor, Jorge Alberto Amaya Banegas, expone algunas visiones de las representaciones del mito de la *banana republic* en la historia de Honduras y, a través del análisis interpretativo, reflexiona sobre los imaginarios difundidos y las ideas subyacentes a la concepción que tenían las compañías bananeras de Honduras, como una arquetípica “república bananera”.

El capítulo cuarto, escrito por Martín Marimón, nos transporta a “El peronismo y la incorporación sociopolítica de los sectores populares en la Argentina de posguerra”. Una vez establecido de qué se habla cuando se menciona al peronismo, el autor dilucida y pone en discusión la relación peronismo / populismo, contextualiza su origen en la Argentina de los años 1930 y 1940, aterriza en la coyuntura crítica de los años 1943 a 1945 y nos ofrece una aproximación concreta a los gobiernos de Juan Domingo Perón.

El último capítulo, la contribución de María Macarena Cordero y Carla Andrea Rivera titulada “Los largos años sesenta” nos muestra al Chile de aquella década del siglo pasado, su ubicación en medio de la Guerra Fría y los acontecimientos políticos que estremecieron al país austral bajo el gobierno de Eduardo Frei, el trasegar de las reformas presentadas por la vía institucional y

la cercanía indiscutible del triunfo electoral de Salvador Allende, sus propuestas en la “vía pacífica al socialismo” y su proyecto truncado tras el golpe de Augusto Pinochet en 1973.

Bibliografía

- AA. VV. *Colombia hoy*. México: Siglo XXI Editores, 1978.
- AA. VV. *Historia general de América Latina*. Madrid: Trotta / Unesco, 1999.
- AA. VV. *Historia de América Andina*. vol. 1-5. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 1999-2003.
- AA. VV. *América Latina en la historia contemporánea* (Madrid: Fundación Mapfre / Editorial Taurus, 2008-2013).
- Acosta, Yamandú, Waldo Ansaldi, Verónica Giordano y Lorena Soler, coords. *América Latina piensa América Latina*. Buenos Aires: Clacso, 2015.
- Bethell, Leslie, ed. *Historia de América Latina*. Barcelona: Cambridge University Press / Editorial Crítica, 1990.
- Boron, Atilio. *Bitácora de un navegante. Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana. Antología esencial*. Buenos Aires: Clacso / Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2020. Acceso el 15 de marzo de 2021. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20200925043525/Atilio-Boron-Antologia-esencial.pdf>.
- Collazo-Reyes, Francisco *et al.* “Publication and Citation Patterns of Latin American & Caribbean Journals in the sc_i and sc_{sc}i from 1995 to 2004”. *Scientometrics*, vol. 75, n.º 1 (2008): 145-161, doi:10.1007/s11192-007-1841-6.
- Florescano, Enrique, coord. *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México: Siglo XXI Editores, 1975.
- González Casanova, Pablo, coord. *América Latina. Historia de medio siglo. América del Sur*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM / Siglo XXI Editores, 1977.
- Granados, Aimer. “Revistas en la historia cultural e intelectual de la América Andina. Del Modernismo al Vanguardismo” (inédito, en proceso de publicación).

- Miguel, Sandra. “Revistas y producción científica de América Latina y el Caribe: su visibilidad en SciELO, RedALyC y Scopus”. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, vol. 34, n.º 2 (2011): 187-199. Medellín: Universidad de Antioquia. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179022554006&idp=1&cid=13390>.
- Naranjo, Consuelo, coord. *La historia comparada de las Antillas*. Madrid: Doce Calles y otros eds., 2014.
- Pro, Juan, ed. *Utopias in Latin America: Past and Present*. Brighton-Portland-Toronto: Sussex Academic Press, 2018.
- Rodríguez Zoya, Leonardo G., coord. gral. *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina*. Buenos Aires: Comunidad Editora Latinoamericana, 2018.

Independencias, ejércitos y Estados en América del Sur, 1810-1830

Adolfo León Atehortúa Cruz
Profesor titular
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Pedagógica Nacional
Bogotá, Colombia

Bolívar y San Martín. Historiografía de las independencias

Mucho se ha escrito sobre Simón Bolívar, José de San Martín y las Independencias en Suramérica. Tal vez, incluso, demasiado. Durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, fue el tema preferido de los historiadores. El *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia, está plagado de artículos dedicados al tema en la primera mitad del siglo XX. No hay una sola revista que no tenga al menos un artículo, una reseña o una página en relación con dicho asunto. La revista *Investigaciones y Ensayos* de la Academia Nacional de la Historia en Argentina se ocupó de trabajos relacionados con la historia castrense y orientados a la guerra de independencia, hasta los años cimeros de las dictaduras militares en pleno siglo XX.

Las Sociedades Bolivarianas, que operan en varios países del continente, han dedicado todas sus publicaciones al tema y a la difusión de los escritos de Bolívar. Entre ellas, las más reconocidas son precisamente la de Caracas y la de Venezuela; la primera fue fundada en 1842 por el general Rafael Urdaneta, y la última, creada mediante Decreto del Ejecutivo Nacional en 1938, bajo la tutela académica de Vicente Lecuna.

Aún hoy, si buscamos en Google Chrome información sobre “Independencia de la Nueva Granada”, el navegador nos arroja 12 800 000 resultados en 0,66 segundos y 60 200 000 resultados en 0,72 segundos para la “Independencia de Chile”. Con respecto a Simón Bolívar, el mismo navegador encuentra 23 200 000 resultados en 0,73 segundos y para José de San Martín cerca de 119 000 000 de resultados en 0,84 segundos.¹ Todo lo anterior, utilizando únicamente el castellano.

Con razón, Gerhard Masur, uno de los biógrafos más leídos de Bolívar al comenzar la segunda mitad del siglo xx, se declaró perdido y como náufrago en el amplio torrente documental en relación con el Libertador.² En Argentina, por su parte, los escritores de la llamada Generación del 37, entre los cuales se destacan Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, incluyeron en su literatura amplias reflexiones sobre la independencia, hasta que Bartolomé Mitre dedicó su colosal obra a San Martín y la emancipación suramericana.³ Al igual que Mitre, José Manuel

1. Consultas hechas en Google Chrome el 30 de mayo del 2019 y el 17 de febrero del 2021.

2. Gerhard Masur, “Prólogo” a *Simón Bolívar* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980).

3. Juan Bautista Alberdi, *La Revolución de Mayo. Crónica dramática* (Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1960); Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o Civilización y Barbarie* (Buenos Aires: Biblioteca Quiroga Sarmiento, 2007) y *Biografía del General San Martín* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010); Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (Buenos Aires: Peuser, 1887).

Restrepo adquirió en Colombia el título de “padre de la Historia como disciplina” con su temprana *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, dedicada en vida al Libertador y publicada en París en 1827,⁴ mientras Diego Barros Arana se consagró en Chile con su ardua producción sobre la historia general del país austral.⁵

Restrepo, Barros y Mitre fueron seguidos por una pléyade de escritores que a lo largo del siglo XIX puso sobre la mesa una discusión de capital importancia para entonces: ¿construir nación sobre bases hispanas y reivindicar el pasado, o valorar la elaboración propia, fundar e inventar sobre lo nuevo? Sus textos, observados hoy con prevención y desconfianza, que junto a las versiones positivistas inundaron la primera mitad del siglo XX, alimentaron las “historias patrias” y facilitaron el uso público del pasado, representan una época.⁶ Los límites de su producción son los límites de una élite exclusiva que no alcanzó a mirar más allá de sus hábitos intelectuales o de las urgencias decimonónicas. Las convenciones sociales y culturales del tiempo en que escribieron, como lo sustenta Germán Colmenares,⁷ no solo lo explican: lo justifican. En el mejor de los casos, sus esquemas analíticos se plegaron sin inventario a las modas doctrinales europeas.⁸

4. José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de Colombia* (Medellín: Bedout, 1969).

5. Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999).

6. Véase Sandra Rodríguez, *Memoria y olvido. Usos públicos del pasado en Colombia, 1930-1960* (Bogotá: Universidad Nacional / Universidad del Rosario, 2017).

7. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Bogotá: Universidad del Valle / Tercer Mundo, 1997).

8. Para un análisis de la historiografía sobre Bolívar y las Independencias, consúltese de mi autoría: “La historiografía sobre Bolívar y las independencias”, en *Bicentenario de la independencia de Colombia 1810-1830*, ed. por Daniel Raisbeck (Bogotá: Credencial / Banco de la República, 2019). Gruesa parte de las consideraciones aquí expuestas se basan y trasladan de este aporte. Heraclio Bonilla en su libro *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú* (2001) confronta con un

En la segunda mitad del siglo xx, como respuesta motivada a este tipo de historias nacionales, surgieron nuevas propuestas historiográficas supranacionales o continentales. La Independencia hispanoamericana se ubicó en el contexto de las llamadas revoluciones atlánticas y como producto de la revolución de las ideas. Las contribuciones de Jacques Godechot y Robert Palmer fueron importantes pero no contundentes.⁹ Si se toman como referentes los conceptos anglosajones o se subsumen con error todas las luchas independentistas hispanoamericanas en una revolución única, cronológica y geográficamente determinada, caemos en un extremo opuesto que desconoce las dinámicas y especificidades de las movilizaciones sociales. Muchas evidencias nos enseñan que, en diferentes momentos y espacios, la consigna anticolonial estuvo presente como motor de las luchas emancipadoras en América Latina.

Así mismo, con rigor histórico y juiciosos argumentos, las historias totales volvieron a su curso. De allí, precisamente, el plural otorgado al término Independencia(s). Ellas permitieron, por ejemplo, recalcar el examen de las causalidades socioeconómicas situándolas con las políticas, al calor de las Reformas Borbónicas, como propuso John Lynch,¹⁰ o sobre la base de la disolución de los imperios, como plantea Tulio Halperin Donghi,¹¹ inspirado en la Escuela de *Annales*. Michael Costeloe, en la línea de las mentalidades, se propuso explorar también cómo veían

interesante juego de palabras la bibliografía en referencia: una es la idea nacionalista de la independencia *conseguida* y otra la independencia *concedida* a través de la intervención de San Martín y Bolívar.

9. Jacques Godechot, *Histoire de l'Atlantique* (París: Bordas, 1947); Robert Palmer, *Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)* (Barcelona: Editorial Labor, 1969).

10. John Lynch, *América Latina, entre colonia y nación* (Barcelona: Crítica, 2001) y *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826* (Barcelona: Ariel, 2010).

11. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1969).

los españoles en España las revoluciones por la Independencia en América.¹² Como resultado, se trajo de vuelta una especie de Historia con explicaciones generales y preocupaciones singulares; se ubicaron las Independencias como producto lógico de la disolución de los imperios y se contrastaron sus tragedias bajo la perspectiva de las revoluciones inconclusas, en la voz de Manfred Kossok.¹³ La propuesta historiográfica de Reinhart Koselleck referida a la historia conceptual y su relación con la historia social, así como su teoría de los estratos temporales, alcanzó ventajas analíticas y ganó adeptos, pero también críticos en el mundo iberoamericano.¹⁴

A veces ajenas a dichos avances historiográficos, consultándolos o como parte de ellos, surgieron las mejores biografías que en nuestro criterio se han escrito de Bolívar: la de Indalecio Liévano explora la sociedad americana que rodea al prócer;¹⁵ la escrita por Miguel Acosta Saignes, Premio Casa de las Américas 1977, que ubica a Bolívar como síntesis de miles y miles de combatientes a quienes él condujo y de los que aprendió;¹⁶ y la de John Lynch, con un vasto acervo histórico para mostrar a Bolívar como un hombre excepcionalmente complejo: “Un libertador que desdeñaba el liberalismo, un soldado que menospreciaba el militarismo, un

12. Michael Costeloe, *La respuesta a la Independencia* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1989).

13. Manfred Kossok y Sergio Guerra Vilaboy, eds., *Historia del ciclo de las revoluciones de España y América Latina (1790-1917)* (La Habana: Editorial UH, Universidad de La Habana, 1990).

14. Un balance sobre dicha propuesta se encuentra en: José Javier Blanco, “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad e histórica”, *Politeia*, Universidad Central de Venezuela, vol. 35, n° 49 (julio-diciembre del 2012): 1-33.

15. Indalecio Liévano, *Bolívar* (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1971).

16. Miguel Acosta Saignes, *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1983).

republicano que admiraba la monarquía”.¹⁷ Aunque no puede dejar de mencionarse el texto escrito sobre San Martín por Luis Navarro¹⁸ o el más reciente de Beatriz Bragoni,¹⁹ John Lynch ha escrito, sin duda, la mejor biografía sobre este prócer,²⁰ en la cual atribuye su grandeza a la inspiración que brindó a los pueblos de Suramérica para “seguir a sus ejércitos y aceptar sus estrategias”.

Finalmente, las discusiones más recientes de los historiadores han girado en torno a la propuesta de asumir los eventos ocurridos entre 1808 y 1824 como un proceso único que abarca a la península ibérica con la crisis de la monarquía, y conduce a la independencia de sus dominios en América con la prevalencia de lo político en asociación con los fenómenos de la cultura del discurso y de los procesos mentales. La tesis, que tiene en François-Xavier Guerra su máximo exponente²¹ y que ha ganado seguidores con Jaime Rodríguez y Antonio Annino,²² ha encontrado como fuerte contradictor a Medófilo Medina:²³ el peligro de la propuesta radica en asumir determinismos en desmedro de las causalidades que señalan fenómenos ligados a lo social y lo económico, además de eventos particulares que asomaron a lo largo de los procesos independentistas. No se trata, como arriba hemos advertido, de

17. John Lynch, *Simón Bolívar* (Barcelona: Crítica, 2009).

18. Luis Navarro García, *José de San Martín y su tiempo* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999).

19. Beatriz Bragoni, *San Martín. Una biografía política del libertador* (Buenos Aires: Edhasa, 2019).

20. John Lynch, *San Martín, soldado argentino, héroe americano* (Barcelona: Crítica, 2009).

21. François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias* (Madrid: Mapfre, 1992).

22. Jaime Rodríguez, *La independencia de la América española* (Ciudad de México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1996); Antonio Annino, coord., *La revolución novohispana* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

23. Medófilo Medina, “En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las ‘revoluciones hispánicas’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 37, n.º 1 (2010): 149-188.

desconocer el papel jugado por las formas sociales y los lugares en que se movieron las ideas de la Modernidad, como las tertulias, los impresos o las logias masónicas. Por el contrario, todo ello debe concatenarse con otros factores que no deben despreciarse junto al descontento general que, por otras lógicas y situaciones concretas, existía en criollos, mestizos, indios y negros, en la prolongada duración del dominio español.

La discusión está abierta. Sobre Bolívar, San Martín y las Independencias hay mucho por decir todavía. Volvemos aquí a Edward Carr: “No hay indicador más importante del carácter de una sociedad que el tipo de historia que escribe o deja de escribir”.²⁴

La tarea, por cierto, ha venido abordándose con sentidos de continuidad entre el pasado y el presente, con relaciones de causalidad, rupturas y saltos, que otorgan a las Independencias el carácter de procesos interdependientes que se inscriben en una época cuyos protagonistas recogen todo un acervo histórico-cultural que incluye a España, Europa y América, y que se sincretiza con lo propio en la compleja problemática socioeconómica del colonialismo hispano en la coyuntura política de la emancipación.

Las nuevas preguntas que los historiadores formulan son múltiples. Al tenor de Clément Thibaud, por ejemplo, se vuelve al papel de la guerra en la construcción de las identidades políticas y las formaciones nacionales.²⁵ El Ejército Libertador se construye en consonancia con la realidad histórica; resume los intereses de los sectores participantes en la lucha y refleja en sus dirigentes los requerimientos objetivos para impulsar la historia en la dirección que avanza. Manuel Chust e Ivana Frasset han

24. Edward Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Seix Barral, 1984), 57.

25. Clément Thibaud, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela* (Bogotá: Planeta / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003).

sugerido establecer una periodización que contenga diferencias marcadas por las distintas fases de las Independencias.²⁶ Medófilo Medina y Rigoberto Rueda proponen abordar el estudio de las Independencias como proceso continental: se trata del uso de un prisma de observación que destaca problemas nuevos de análisis o descubre facetas inéditas en las temáticas consagradas.²⁷ En mi más reciente texto sobre el tema, y excúseseme la referencia personal, se propone abordar la enseñanza histórica de las Independencias como ejercicio pedagógico que permita la comprensión de los hechos a partir de interpretaciones con sentido y significado que el propio estudiante proyecta y construye.²⁸

Siguiendo la línea de Medina y Rueda, el presente ensayo aborda las Independencias bajo un eje plural y subcontinental, para demostrar que las guerras de emancipación en el sur del continente americano no dejaron como legado la formación de ejércitos nacionales poderosos y centralizados. Tampoco Estados porque, en la historia, ejércitos y Estados se reúnen a menudo de manera consustancial en el tiempo y se ligan con el surgimiento de las naciones, creación *sine qua non* del capitalismo. Aunque Alain Rouquié considera que tras la expulsión de España las nuevas repúblicas quedaron con ejército pero no con Estado,²⁹ en realidad, poco hubo de ambos.

26. Manuel Chust e Ivana Frasset, *Tiempos de revolución* (Madrid: Fundación Mapfre, 2013).

27. Medófilo Medina y Rigoberto Rueda, *Bolívar y San Martín. La independencia como proceso continental* (Bogotá: Aurora, 2019).

28. Adolfo León Atehortúa Cruz, *La Independencia jamás contada* (Bogotá: Aurora, 2019).

29. Alain Rouquié, *L'État militaire en Amérique Latine* (París: Seuil, 1982), 59-60.

Ejércitos para la guerra

En la América de habla castellana, hace más de doscientos años, la aristocracia criolla encabezó por doquier un movimiento emancipador que dio al traste con tres siglos de dominio colonial. El contexto y los actores entre 1808 y 1814 han sido ampliamente abordados por la nueva historiografía, escrita desde la academia universitaria.³⁰ Para nuestro interés, lo destacable al final de este período es que, indecisa frente a la independencia y enredada en sus propias contradicciones internas, las élites civiles en los territorios suramericanos no soportaron con sus débiles administraciones el embate hispano por la reconquista y cedieron el lugar más importante de la lucha a los hombres en armas. La lógica de la defensa tampoco exigía cosa diferente. El más temprano caso ocurrió en Venezuela, donde el Triunvirato encargado del poder le otorgó el cargo de dictador plenipotenciario y jefe supremo a Francisco de Miranda, en 1812, o cuando se traspasó la soberanía al ejército y se le permitió instaurar el Primer Congreso Constitucional realizado en Angostura a partir de 1819. En el Río de la Plata, a su vez y casi al mismo tiempo, el Primer Triunvirato fracasó cuando ordenó el repliegue a Manuel Belgrano sin conocer las condiciones que le favorecían para enfrentar combate contra los realistas. Su desobediencia, el triunfo en Tucumán y el golpe de Estado de San Martín llevaron a los militares a ocupar la supremacía en el poder.

Atrás quedaron los efervescentes discursos del 20 de julio en Santa Fe, del 19 de abril en Caracas o de la Semana de Mayo en Buenos Aires. En el norte del subcontinente se puso al orden del día la llamada “Expedición Pacificadora” encabezada por Pablo Morillo y el amparo de los patriotas frente a ella. Desde Cádiz, la

30. Algunos de sus títulos más importantes pueden observarse en la bibliografía del presente escrito. V. gr. Pablo Rodríguez, *Días de gloria en la Independencia Hispanoamericana* (Bogotá: Universidad del Rosario / Memoria Viva, 2011).

Corona española envió un poderoso ejército con más de 40 000 soldados y oficiales, 42 transportes y 18 buques de guerra con su destino en un sobre sellado que fue abierto en alta mar: la Nueva Granada. Su primer puerto: la Isla Margarita en Venezuela. Los hombres venían a reforzar lo conseguido ya por las fuerzas que permanecían en América con soldados del continente. Por su lado, las derrotas de la segunda Expedición Auxiliadora al Alto Perú en Vilcapugio y Ayohuma, octubre y noviembre de 1813 respectivamente, llevaron al retiro y dimisión de Belgrano que, junto al inicio de las guerras civiles, dejaron en claro la difícil prolongación del conflicto por la independencia.

¿Qué ejércitos se construyeron para enfrentar la expedición de Morillo y la arremetida virreinal en el Alto Perú? La respuesta no es homogénea ni concisa. Antes de la llegada de Morillo, como sabemos, los patriotas improvisaron en Venezuela una fuerza derrotada finalmente en Puerto Cabello que abrió el paso a pequeños pero fuertes grupos de resistencia y guerrilla como el formado por Santiago Mariño en el oriente. La Nueva Granada, por su parte, se estremeció con conflictos internos y, aunque antes había propiciado la Campaña Admirable de Bolívar, cayó finalmente ante el sitio de Cartagena ejecutado por Morillo desde el 20 de agosto hasta el 6 de diciembre de 1815. Hambrientos, sin medios para subsistir, azotados por pestes y agotados, los cartageneros se rindieron; sus soldados ya no podían tenerse en pie y cerca de trescientos habían muerto por física hambre. Gruesa parte de los sobrevivientes, hombres y mujeres, fueron fusilados o azotados hasta la muerte sin juicio alguno. La resistencia se emprendió a través de guerrillas, como la formada por Santander, hasta el nuevo ciclo reiniciado por Bolívar en Angostura y su paso por los Andes para enfrentar las batallas del Pantano de Vargas y Boyacá.

En Argentina, los primeros ejércitos de la independencia se formaron con base en las milicias urbanas de Buenos Aires, cuya experiencia se remontaba a los combates contra las invasiones inglesas. La Expedición Auxiliadora al interior logró derrotar la contrarrevolución en Córdoba y se creó el Ejército del Norte que, al mando de Manuel Belgrano, forzó el grito de independencia en Paraguay. Empero, el proceso no fue lineal; los conflictos internos no faltaron y se fracasó en los primeros intentos de extender la revolución al Virreinato del Perú penetrando por la Puna de los Andes centrales. El triunfo en la batalla de Tucumán, como arriba se dijo, logró la transformación del gobierno e impuso fortaleza a la causa patriota, hasta la victoria de San Martín en el combate de San Lorenzo. A principios de 1815, con la Tercera Expedición Auxiliadora al Alto Perú, la rebelión alcanzó a Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, pero fracasó en Cuzco y cayó definitivamente en la batalla de Sipe Sipe.³¹ Igualmente, el Batallón de Auxiliares, enviado a Chile para resistir la ocupación virreinal, cayó en Rancagua (1.º y 2 de octubre de 1814) y no pudo evitar el control de la vecina región por los realistas. Bernardo O'Higgins a duras penas logró romper el cerco y huyó con los sobrevivientes a Mendoza. Fue el fin de la "Patria Vieja" y el comienzo de la Reconquista.

Los relatos de lo ocurrido en el norte de Suramérica y el Río de la Plata, aquí presentados, son desde luego fragmentarios y excesivamente sintéticos. No obstante, su propósito persigue mostrar una cierta similitud en su desarrollo: las confrontaciones de los patriotas traspasaron sus propios territorios originales y los ejércitos empezaron a construirse con la participación de soldados procedentes de diversos y distantes lugares geográficos, con una

31. Acerca de la guerra independentista en el sur del continente, consúltese: Isidoro Ruiz Moreno *Campañas militares argentinas* (Buenos Aires: Emecé, 2004). Medófilo Medina y Rigoberto Rueda ofrecen también una interesante y completa síntesis de los sucesos en su texto atrás citado.

ocupación económica diferenciada. Ya en 1815 los venezolanos se habían involucrado con los granadinos en la comunidad de su causa, tanto como bonaerenses o rioplatenses se habían involucrado con los patriotas de Montevideo, de Chile, de las provincias del norte y del Alto Perú. La guerra, dadas las condiciones de la presencia española, no pudo circunscribirse a estrechos márgenes. Por el contrario, las fronteras de la hostilidad se ampliaron y su perspectiva continental comenzó a hacerse necesaria.

Al frente del Ejército del Norte, San Martín comprendió que era imposible derrotar a los realistas en el Alto Perú mientras estos conservaran el poder en Lima. La estrategia no pasaría ya por el derrotado Ejército del Norte. Implicaba cruzar los Andes, tomar Chile y marchar a Lima por el océano Pacífico. Bolívar, por su parte, ideó el ataque a la Nueva Granada y Santa Fe, atravesando también los Andes, como paso previo y necesario para liberar a Caracas. Luego de ello, la victoria definitiva solo podía lograrse marchando al sur. Mientras los españoles conservaran algún tipo de espacio en el subcontinente, su fortalecimiento era tan posible como inevitable el contraataque.

El análisis de los hechos nos permite plantear cinco tesis que pretenden demostrar cómo el destino de la guerra impidió la formación de ejércitos con carácter nacional al calor de su propio desarrollo y cómo ello formó parte de la inmediata imposibilidad de construir Estados nacionales.

Ejércitos de composición cambiante y sin fronteras

En relación con la formación de los ejércitos independentistas para el último período de las guerras, la primera tesis que argumentamos consiste en afirmar que Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia no tuvieron un ejército estrictamente propio para la independencia. Los dirigentes civiles de la Nueva Granada, forjados

en su concepción aristotélica, inspirados en su carácter cívico y educados en la regencia borbónica bajo valores burocráticos y legales, no comprendieron, desde los tiempos de la llamada “Patria Boba”, la importancia vital de la preparación militar. Las milicias con que en algún momento intentaron organizar la resistencia no estaban tampoco preparadas para una guerra de verdad. Lejos de experticia en el combate, la oficialidad detentaba simples sinecuras de pergamino que el andamiaje colonial les obsequiaba. Antes que decidirse por la guerra, algunos de los más ilustres granadinos, como Camilo Torres y el sabio Francisco José de Caldas, marcharon inocentes, engañados y abatidos al cadalso.³²

El ejército que selló el triunfo granadino contra el dominio español en la batalla de Boyacá fue un ejército forjado en las llanuras del Apure y en la región Orinoquia de la lejana Angostura. No fue un ejército surgido en las entrañas de la flamante pero futura Colombia; fue un ejército fundamentalmente extranjero. Su construcción se gestó gracias a la reconquista española que empujó a los criollos venezolanos a protegerse y reagruparse en remotos territorios del dominio colonial. Allí empezó una guerra irregular basada en el apoyo de la población parda y mestiza, que la encumbrada élite granadina miró con desdén, pero forzosa aceptación. Oficiales como Páez, Flores o Sucre, no pertenecían siquiera a la casta de mantuanos más distinguida de Caracas o de

32. La élite venezolana estuvo más cerca de las armas. Francisco de Miranda se alistó con el ejército de Washington y sirvió como oficial en el ejército de Napoleón. De hecho, es el único latinoamericano cuyo nombre aparece estampado por la gloria en el Arco del Triunfo que abre los Campos Elíseos de París. Bolívar fue a la Escuela Militar en la propia España y se recibió como teniente. Con cierta visión política y aun antes de que Napoleón abandonara la ocupación ibérica, los venezolanos pensaban ya en la proximidad de la guerra. Los criollos argentinos y chilenos también comprendieron en forma inmediata la importancia de lo militar. San Martín fue oficial del ejército español y las primeras disposiciones de la Junta en Chile se dedicaron a formar batallones, crear escuadrones de caballería y ampliar la artillería. Incluso cedieron reclutas para reforzar la defensa bonaerense y O'Higgins fundó, en 1817, la primera Escuela Militar de Hispanoamérica emancipada.

Coro.³³ Las tropas no eran resultado de una leva en territorios de clientela o hacienda: adustos llaneros semejantes en su aspecto hosco y plebeyo a los huasos de Chile o a los gauchos argentinos; esclavos reclutados a cambio de la libertad, labradores o desocupados atraídos por el botín que ofrecía la guerra, aventureros ansiosos del éxito y la recompensa. Luego de Ayacucho, nos dice Clément Thibaud, el 37 % del ejército era venezolano, el 17 % peruano y el 27 % granadino; solo el 6 % ecuatoriano y el 14 % chileno o argentino. Esta diversidad geográfica contrasta con la homogeneidad social de los infantes: 80 % eran labradores y el resto artesanos.³⁴

El Ejército Libertador no fue un ejército cualquiera. Ante la incomprensión absoluta del aristócrata santafereño que nunca fue a las armas, los pardos y los negros reclamaron con su heroísmo su rápida promoción como oficiales y ciudadanos. El ejército se convirtió en eficaz herramienta de transformación y movilidad social. La adopción de la táctica guerrillera con la alta participación de la caballería, colocó en primer lugar la jerarquía de los combates; el valor, el talento militar y el patriotismo, por encima de cualquier distinción de clase o casta.³⁵ Bolívar fue aceptado por los llaneros gracias a su destreza en el caballo; Sucre fue llamado inicialmente al lado de Bolívar gracias a su pureza como jinete. Pero no solo ello. El ejército se liberó de las “antiguas obediencias estatales y locales como de la estructura social colonial por la promoción de minorías étnicas”; el ejército se constituyó en la “prefiguración concreta y cuna de los valores

33. José Antonio Páez nació en Curpa y su padre era un modesto funcionario del estanco del tabaco; Juan José Flores era originario de Puerto Cabello y su padre un comerciante español; Antonio José de Sucre era natural de Cumaná y su padre militar.

34. Véase Thibaud, *Repúblicas en armas*.

35. Véase Thibaud, *Repúblicas en armas*. Testimonios sobre el desprecio que los criollos granadinos compartían contra el ejército bolivariano pueden observarse en: Miguel Acosta Saignes y Gerhard Masur en las obras citadas.

constitutivos de la república: igualdad, virtud, libertad. Se impuso la reducción del pueblo al ejército y la equivalencia entre la comunidad combatiente”.³⁶ Por esa razón, los altos mandos no fueron tampoco granadinos. La significativa excepción de Francisco de Paula Santander fue a la sazón advertida por Bolívar para realzar la participación de sus aliados en la frontera y en el cruce por el Páramo de Pisba.

El ejército de Bolívar, vencedor en Boyacá, fue visto en sectores de la Nueva Granada como intruso e invasor, con extranjeros parias de Venezuela y oficiales ingleses.³⁷ Así ocurrió, igualmente, con la “Campana Admirable” de 1814 cuando el Libertador marchó con oficiales granadinos sobre Caracas. Por esa razón, precisamente, nació el mito de Ricaurte en San Mateo. Tal como lo reconoció el Libertador tiempo después, la inmólación de Ricaurte para evitar que todo un polvorín cayera en manos españolas fue una leyenda ideada en el campo de batalla para conceder prestigio al mando granadino en una tierra extraña; para ganar el respeto de la tropa y atemorizar al enemigo.³⁸ Y sucedió también en Perú, cuando la aristocracia limeña expresó su rechazo ante la rigidez de los hombres de Bolívar, curtidos por la guerra y señalados como foráneos.

36. Clément Thibaud, “La república es un campo de batalla en donde no se oye otra voz que la del General. El Ejército bolivariano como ‘cuerpo-nación’ (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1830)”, en *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, coord. Juan Ortiz Escamilla (Ciudad de México: El Colegio de México, 2005), 162.

37. No debe olvidarse la importante participación en la guerra de cerca de 7000 extranjeros que sirvieron al ejército de Bolívar entre 1816 y 1825. Véase Matthew Brown, *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la independencia de la Gran Colombia* (Tunja: UPTC / La Carreta, 2010).

38. Obsérvense, al respecto, las confesiones del Libertador en el *Diario de Bucaramanga*, entrevista concedida al francés Luis Perú de Lacroix (Madrid: Editorial América, 1924).

El ejército de San Martín, como quedó dicho, se forjó en diversas expediciones y campañas con diferentes oficiales a su mando. Fue presa de la desconfianza de los civiles y finalmente aceptado como mal necesario. Las milicias bonaerenses perdieron su esencia para transformarse en el Ejército del Norte, se nutrieron con la revolución de Cochabamba, el levantamiento en Asunción y la acción de José Artigas con la batalla de Las Piedras y el sitio a Montevideo. El control de los ríos interiores y del estuario del Plata se logró con la participación de marinos extranjeros, incluido su comandante, el irlandés Guillermo Brown. La campaña de Chile se impulsó con tropas de este país, voluntarios de la Logia de Lautaro y soldados procedentes de la Intendencia de Cuyo que, aunque obedecían a San Martín, no comprendían ni aceptaban una adhesión a los intereses rioplatenses.³⁹ El ejército que ocupó Santiago tuvo variaciones importantes en su composición y oficialidad para la Campaña a Concepción y la batalla decisiva en Maipú. Las fuerzas que zarparon con el Ejército Libertador del Perú desde Valparaíso en 1820 poco tenían ya de las milicias bonaerenses y de los iniciales destacamentos de Belgrano. La élite limeña tampoco los vio con buenos ojos y, a diferencia de Chile, donde San Martín depuso su reconocimiento en O'Higgins, no halló en Perú un hombre de confianza y asumió por sí mismo el título de Protector.

Una guerra heterogénea

Los episodios de la guerra no fueron iguales en todas partes. Para el caso colombiano, el asunto no reside en discutir si la guerra se subordina a la política o la política a la guerra, porque la identidad grancolombiana no logra reafirmarse con su desenlace. Simplemente, las relaciones sociales se inscriben en el proceso

39. La composición del Ejército de los Andes es descrita en detalle por Mitre, *Historia de San Martín*, 278.

de conformación de lo político y, por esa razón, la guerra por la independencia no fue igual en Venezuela, en la Nueva Granada y sus diferentes regiones o en Perú. En este último lugar, por ejemplo, el caos estalla cuando el ejército, odiado por la oligarquía limeña, no puede controlar el orden. ¿La razón? El ejército, en sí mismo, es ajeno a la nación que intenta liberarse y construirse. Si bien el Ejército Libertador alcanza a dibujar la noción nacional bolivariana de la “Patria Grande”, no es este un sentimiento generalizado en las regiones que solo se unieron por la irremediable fuerza de la guerra. De allí que, derrotado el enemigo externo, el escenario se colma con las luchas intestinas que las relaciones sociales imponen a la política doméstica.

En este sentido, la élite granadina no pudo plantearse la guerra como asunto exclusivo de nación porque a duras penas fue consciente de la guerra misma. Es más, como arriba se dejó expuesto, las fracciones más importantes de la élite santafereña y granadina aborrecieron a los militares. Quisieron exiliarlos aprovechando el desarrollo mismo del conflicto; enviarlos al vecino Ecuador, al remoto Perú o remontarlos sobre los Andes bolivianos. Por eso rechazaron la Constitución Bolivariana que otorgaba la ciudadanía a los soldados por el simple hecho de ostentar el galardón de héroes. En la misma Nueva Granada la oposición popular del sur a los ejércitos independentistas fue furiosa; contra Antonio Nariño primero y después contra Bolívar. Alguna parte de la historiografía procedente de esta región aún los sigue condenando.⁴⁰

La guerra en el antiguo virreinato del Río de la Plata varió de contextos y paisajes, razones y estrategias: para obtener el poder en Buenos Aires, para evitar el fortalecimiento de los realistas en Montevideo y sobre el Río de la Plata, para aplastar

40. Véase, por ejemplo, Rafael Sañudo, *Estudios sobre la vida de Bolívar* (Medellín: Bedout, 1975).

la contrarrevolución en Córdoba o enfrentar las expediciones de ocupación portuguesas, marchar sobre la pampa, combatir en el altiplano de la Puna, cruzar los Andes o navegar el Pacífico. A todo ello se suma la guerra de guerrillas y levantamientos en limitados sectores geográficos que recibieron la nominación de “republiquetas”, las confrontaciones internas, incluso con Artigas o entre miembros de la élite civil con San Martín, y el continuo vaivén entre victorias y derrotas, repliegues y avances.

La lucha contra los caudillos

La lucha por la independencia en Suramérica planteó la contradicción de dos vertientes importantes: el constitucionalismo centralista y el caudillismo de las regiones. La tesis es ampliamente desarrollada por John Lynch.⁴¹

El caudillo era un jefe regional que obtenía su poder a partir del control sobre los recursos locales. La rígida estructura de la hacienda y de la estancia se traslada a la milicia en forma de bandas armadas de patronos y clientes, unidas por lazos personales de dominación y sumisión y por un deseo común de obtener riqueza mediante las armas. Las lealtades originales se utilizan en la política y el dominio del caudillo se levanta sobre el vacío de poder que deja la desaparición del Estado colonial en dimensiones no solo locales, sino también nacionales. No hubo un Estado en germen; hubo múltiples, pequeñas y regionales expresiones de Estado. Igualmente, no hubo un ejército; hubo múltiples y regionales expresiones de ejércitos.

41. Lynch, “Bolívar y los caudillos”, en *América Latina, entre colonia y nación*, cap. 8, 247-290.

En su lucha, los ejércitos libertadores no solo enfrentan al ejército de la Corona española, sino también a los pequeños ejércitos de caudillos. Conocidos desde entonces bajo el epíteto de “montoneras”, estos no estuvieron siempre al lado de la emancipación. La rivalidad de unos con otros, y entre todos, afectó el desarrollo de la guerra liberadora y dificultó la naciente construcción de Estado en los diversos países de América Latina.

Quizás, el hecho más contundente frente a la realidad de los caudillos fue el temprano fusilamiento de Manuel Piar por orden de Bolívar, o en Chile, la sentencia de muerte decretada contra los hermanos Juan José y Luis Carrera por los oficiales de O’Higgins. Pero, por encima de los hechos y de los detalles históricos, la producción historiográfica reconoce hoy, en términos generales, la existencia de una singular contradicción en la lucha por la independencia: el sueño de Bolívar contempló una patria grande; una nación-Estado con un gobierno central fuerte y un poderoso ejército capaz de institucionalizar la revolución. Los caudillos, por el contrario, no solo carecieron de un concepto nacional de la guerra; en un principio, tampoco lograron asimilarlo para la construcción de un Estado: ni objetiva, ni subjetivamente, las condiciones coloniales de la sociedad lo permitieron.

Las dificultades de Bolívar para imponer una estructura armada unificada e institucionalizar un ejército con una clara orientación de mando se crearon sobre el terreno de la política mucho antes del triunfo en Ayacucho. En José Manuel Restrepo, como en historiadores más recientes, existe incluso la convicción de que la anarquía sucede en primer término a la declaración apenas incipiente de independencia.⁴² Las rivalidades y divergencias que ya existían entre diversas fuerzas y regiones se trasladaron *ipso facto* al marco de las nacientes construcciones estatales y

42. Restrepo, *Historia de la Revolución de Colombia*.

coactivas. El caso colombiano será siempre ilustrativo con su definición de “Patria Boba”, y el de Chile como “Patria Vieja”. El breve directorio de Carlos María de Alvear en Buenos Aires (1815), que quiso ejercer como dictador, remover a San Martín en la Intendencia de Cuyo y enfrentar al mismo tiempo oposiciones en la Banda Oriental, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y Córdoba, muestra el fruto y cierto desquiciamiento del caudillismo.

No obstante, lo sucedido en Perú luego del triunfo en Ayacucho se convierte en la más clara muestra de la real situación hispanoamericana y del peso histórico de los caudillos. Los seguidores de Bolívar, dispuestos a imponer un Estado central de inspiración liberal, serán derrotados por distintos jefes militares de origen peruano. Sin embargo, lejos de construir su propio modelo, los jefes se enfrentan entre sí y declaran la guerra a las vecinas naciones bolivarianas. Las fuerzas peruanas invaden, pero su territorio también es invadido. La discusión de la política aduanera, los intereses británicos por establecer el libre comercio y el proteccionismo que reclaman los productores nativos para protegerse de la avalancha textil inglesa, inflaman la contienda. Los grupos de intereses, el regionalismo y la lealtad personal se convirtieron en factores claves del poder político y, en este contexto, los hombres de acción apoyados por sus seguidores armados disputan y dominan el gobierno.⁴³ Entre docenas de caudillos, el cuzqueño Agustín Gamarra logra controlar el Ejecutivo en medio de insurrecciones y movimientos separatistas.⁴⁴ No obstante, las guerras civiles se desatan y el poder sobre la

43. Heraclio Bonilla, “Perú y Bolivia”, en *Historia de América Latina*, ed. por Leslie Bethell, vol. 6, *América Latina independiente, 1820-1870*, cap. 6 (Barcelona: Crítica, 1991), 207-208. Igualmente, “Continuidad y cambio en la organización política del Estado independiente”, en *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, ed. por Inge Buisson (Colonia: Boehlau, 1984).

44. Cristóbal Aljovín de Losada ha esbozado un interesante cuadro sobre la transformación social peruana a partir de la independencia. Las expectativas e imaginarios de los peruanos, la forma como se enfrenta la participación en la

capital transita entre diversas manos y ocupaciones. El incipiente Estado peruano sucumbe a la desintegración y se convierte en escenario bélico desde 1829 hasta 1845 cuando el general Ramón Castilla, apoyado por un pacto entre caudillos regionales, logra establecer una estructura cuya unidad se funda en el advenimiento de la era del guano y el desarrollo de las actividades comerciales en el marco de las instituciones del Estado.⁴⁵

El destino de Buenos Aires como ciudad nacionalizada desde la cual se abrieran las barreras provinciales al tráfico internacional; la lucha en contrario por la autonomía provincial y la imposición de aduanas para favorecer a las industrias locales, o la oposición a la nacionalización de Buenos Aires y la perpetuidad sobre el monopolio provincial y sobre sus ingresos aduaneros dividieron a la naciente Argentina y la enfrascaron en un conflicto interno que culminó su primera etapa con Juan Manuel Rosas, pero se extendió en realidad hasta su caída, en 1852, bajo la alianza opositora del general Justo José de Urquiza apoyado por los gobiernos de Brasil y Uruguay.

Desde luego, no es nuestra intención abordar en detalle los diferentes episodios que caracterizaron las disputas de caudillos y las guerras civiles del siglo XIX en América Latina. Colombia tuvo tantas guerras que ni siquiera los historiadores han podido ponerse de acuerdo en su cuenta exacta. El propósito es solo resaltar la existencia de ejércitos regionales por encima de ejércitos centralizados y realmente nacionales; de montoneras privadas

política y la vida pública, así como la construcción de identidades y redefinición de la nacionalidad, constituyen el propósito de su obra *Caudillos y Constituciones: Perú 1821-1845* (Lima: Fondo de Cultura Económica / Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero, 2000).

45. Véase al respecto Paul Gootenberg, *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano. 1820-1860* (Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos, 1997). La historia de Argentina tampoco es distante a la guerra entre caudillos.

y personales como herencia de las guerras por la independencia, en lugar de cuerpos armados estatales. El propósito es concluir finalmente que, si alguna articulación se presentó entre coerción y capital para la construcción de los Estados nacionales en América Latina, esta ocurrió no con el ejército de independencia sino, de acuerdo con las condiciones de cada país, tiempo después, conforme al desarrollo interno de los conflictos propios y en relación con el desenlace de cada situación particular.

Ejércitos temidos por élites civiles

Los ejércitos de independencia fueron a menudo odiados o temidos por las élites civiles. En la Nueva Granada y en la naciente Gran Colombia, no fue el ejército el elector del Congreso de Cúcuta ni menos aún el constituyente en la frustrada Convención de Ocaña. Por el contrario, el propio Bolívar, máximo comandante de los alzados en armas, no pudo presentarse con la autoridad fundacional que merecía y adoptó incluso una posición de súplica o desconsuelo frente a dichos eventos. Ante sus coetáneos, Santander se vislumbró como “el hombre de las leyes” para plasmar de hecho una clara diferencia con aquellos que emulaban la gloria de la espada.

Las élites civiles optaron por diversos mecanismos para restarle importancia al ejército de independencia. En Ecuador, por ejemplo, cooptaron a los oficiales o refrendaron alianzas matrimoniales para obtener su compromiso. En Chile, el ejército se redujo y se expulsó a sus altos mandos bajo la decisión de Diego Portales. En Venezuela, la institución castrense se debilitó al extremo luego de la Guerra Federal que enfrentó a liberales y conservadores entre 1859 y 1863, y que culminó con la derrota del ejército patriota encabezado por José Antonio Páez a manos de Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón. Debido a ello,

el ejército se disolvió por completo y se abrió el paso a bandas civiles armadas conducidas por caudillos provinciales que se transformaron en jefes políticos, presidentes de estados federados y dueños de tierras.

En Colombia y en Perú, la alternativa fue la ingobernabilidad de los breves períodos de administración bolivariana y el aislamiento de sus seguidores. El requisito de una edad superior a los cuarenta años para ser presidente o vicepresidente de la Gran Colombia, por ejemplo, fue aprobado como reforma constitucional en 1830 para cerrarle el paso a Sucre que solo tenía treinta y cinco. La agitación “antibonapartista”, los señalamientos “monarquistas” y “dictatoriales”, la movilización de las tradicionales clientelas regionales, o incluso el atentado, fueron algunos de los expedientes utilizados para obtener el retiro de Bolívar y su ejército. Detrás de ello parecía esconderse la construcción incipiente de una identidad nacional congraciada con la autoridad y la autonomía política de las élites neogranadinas.

Tras la muerte de Bolívar y el acuerdo de Urdaneta con los civiles constitucionalistas en 1831, la depuración del ejército de independencia fue total. En 1832, más de doscientos oficiales bolivarianos fueron llamados a calificar servicios. Derrotada la conspiración de José Sardá, quien protestaba por el hecho y pretendía derrocar a Santander, las medidas se tornaron aún más drásticas. El ejército fue reducido a su mínima expresión y se le arrebataron importantes funciones en la vida nacional. Al tiempo que la élite civil consolidaba su hegemonía en lo político y lo social, la acción del ejército pasó al servicio de correspondencia y a la vigilancia de prisiones. El presupuesto se redujo a la miseria, los salarios de los oficiales descendieron a más de la mitad para forzar el regreso de los venezolanos a su país, se eliminó el fuero militar y se inició un reclutamiento que buscaba entre vagos, desocupados y enfermos mentales a los nuevos soldados. La

situación es bastante diferente a la chilena. Portales somete al ejército, pero no le niega su carácter, no busca su aniquilamiento. Por el contrario, le otorga un rol fundamental en la lucha por la expansión territorial y la soberanía, lo convierte en pilar del orden político e institucional.

Si retrocedemos a 1822 para hablar de Argentina, al encontrarse San Martín con Bolívar en la famosa Entrevista de Guayaquil, el primero era consciente de sus debilidades. Su papel y avance en la guerra se encuentra paralizado y no existen posibilidades de un giro total que le permita retomar la iniciativa. No cuenta con recursos para continuar la guerra; el Río de la Plata es escenario de cruentos enfrentamientos civiles y no hay manera de obtener un respaldo efectivo. En Chile, el propio O'Higgins ha perdido poder y se encuentra amenazado por diversas vertientes de la oposición.

En la práctica, después de Guayaquil, el ejército de San Martín se desintegra y el final personal del comandante es tan dramático como el de Bolívar. De regreso a Mendoza, en 1823, el prócer argentino pide autorización para visitar Buenos Aires con el propósito de acompañar a su esposa en sus horas de muerte. La autorización le es negada por Bernardino Rivadavia, entonces ministro de Gobierno de Martín Rodríguez. Se argumenta su apoyo a los caudillos del interior y su desobediencia para perseguir a los federales. Poco después se le acusa de conspirador. Abatido por las luchas internas entre unitarios y federales, abandona el país en compañía de su hija con destino a Europa. Si bien intenta el regreso y se le ofrece por el general Juan Lavalle la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, San Martín se niega como Bolívar se negó en sus días postreros a asumir la dictadura. En su última proclama, Bolívar advierte que “bajaré tranquilo al sepulcro si cesan los partidos y se consolida la unión”.

San Martín, al abandonar definitivamente Argentina, dirá que “jamás desenvainará su espada para combatir a sus paisanos”. Sus últimos días transcurrirán en el exilio.

Debilidades económicas para la construcción inmediata de Estados

Las guerras de independencia en Suramérica no lograron construir transformaciones y desarrollos económicos de gran envergadura. Ellas ostentan algunas especificidades que, cuando menos, obstaculizan su papel transformador y revolucionario. Se financian, por ejemplo, con empréstitos que establecen relaciones financieras y de comercio que constituyen pesados fardos para la capacidad fiscal de los nacientes Estados. La deuda debe pagarse con metales monetizables y con los viejos artículos de producción colonial a bajos precios. Las posibilidades de la industria son inexistentes y la acumulación no se estimula. Las estructuras económicas difícilmente satisfacen las necesidades de consumo creadas por la guerra, pero no impulsan el desarrollo de nuevos tipos productivos que integren un mercado nacional y permitan la creación de herramientas político-administrativas que modifiquen el orden colonial preexistente. El incipiente aparato de Estado, por el contrario, se convierte en un costoso organismo con capacidad reducida para construir alternativas económicas de carácter nacional y edificar una coerción como soporte básico del mismo Estado.

Bolívar, es cierto, representa la lucha de todo un pueblo y sintetiza el esfuerzo y la experiencia de miles de combatientes. Pero, quizás por ello mismo, su derrotero final expresa la suerte definitiva de la guerra. La independencia produjo un salto en cuanto a la organización política pero no una mutación histórica

en cuanto al sistema de propiedad ni al modo de producción.⁴⁶ La articulación entre coerción y capital, entre los civiles de la dirección económica y los militares de la guerra, no fue el prototipo de la independencia. Tampoco lo fue, siquiera, entre los ejecutivos de la dirección política y legislativa, y los militares.

La coyuntura de la independencia entronca tardíamente dos grandes movimientos sociales: el de los criollos por la conquista del poder político, la libertad de comercio y el reconocimiento de su condición nacional, y la lucha de los mestizos pobres, esclavos e indígenas para lograr la abolición de los sistemas de castas, de esclavitud y de propiedad sobre la tierra. La guerra produce nuevas formas de representación republicanas y nuevos sujetos políticos con diversas fuentes de legitimidad. Si bien estos dirigen el destino de la guerra, la influencia de lo social invade con azar toda revolución. Sin embargo, más allá del triunfo de Ayacucho, las mismas características del Ejército Libertador le impiden aplicar en la política el imaginario igualitario desencadenado y propuesto por la guerra.

La campaña de liberación hacia el sur, iniciada por Bolívar con la seguridad de sus victorias en Boyacá y Carabobo, fue apoyada también por la élite santafereña como una forma de deshacerse de su incómoda presencia y de enviar a su ejército de pardos, negros y llaneros venezolanos tan lejos como fuera posible. El cruce de correspondencia entre Bolívar y Santander refleja a menudo el esquema real de las contradicciones. Pero, pese a todo, el Libertador se hizo grande en Junín y estuvo dispuesto a librar la última batalla contra el ejército de la Corona española en los Andes peruanos. Entonces, el Congreso Granadino le exigió que

46. Acosta Saignes, *Bolívar*, 303.

abandonara la dirección del ejército, le retiró sus facultades de jefe y lo presionó para que renunciara a sus aspiraciones políticas plasmadas en la Constitución Boliviana.

A los santafereños les asustaba, sobre todo, el ejército de Bolívar; la posibilidad de que, por el solo hecho de ser soldado de la independencia, se adquiriera la ciudadanía y con ella el derecho a elegir y ser elegido. Por eso, inmediatamente después del triunfo, Bolívar será rechazado y la lucha por el despojo de su poder llevará hasta la oscura noche septembrina en que se atenta contra su vida. Por eso se asesina a Sucre en las montañas de Berruecos y se legisla contra el ejército hasta reducirlo.⁴⁷ Por eso Bolívar muere solo, sin los honores de héroe que merecía y con la única camisa decente que le prestó un español para vestirlo en su última morada. El coletazo postrero del ejército de independencia, el de José María Melo en 1854, será aplastado por la unión de las élites regionales más representativas, y su tropa definitivamente disuelta. El final de San Martín, como arriba vimos, no fue tampoco admirable. Se radicó en Francia, como en algún momento lo pensó Bolívar. Se convirtió en maestro de los hijos de Alejandro Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir, para sobrevivir, y murió sin más relación con Suramérica que la correspondencia y las visitas de algunos de sus coterráneos. La conciencia nacional se encontraba en ciernes como permaneció por mucho tiempo el desarrollo capitalista que habría de impulsar la construcción de Estados y naciones.

47. Fue el propio Bolívar quien advirtió a manera de queja la tendencia legislativa en contra del ejército de independencia: "Nuestro ejército era el modelo de América y la gloria de su libertad... Se cubría con sus armas, porque no tenía uniformes; pereciendo de miseria, se alimentaba de los despojos del enemigo, y sin ambición, no respiraba más que el amor a la patria. Tan generosas virtudes se han eclipsado delante de las nuevas leyes". Citado por Acosta Saignes, *Bolívar*, 365-366.

Conclusiones

La génesis de los Estados en Suramérica sigue un proceso acerca del cual es preciso discutir diversas hipótesis teóricas. En primer lugar, es claro que tras las Independencias no estamos frente a Estados propiamente *nacionales* en el sentido estricto de la palabra. Algunas formaciones como la Gran Colombia terminaron diluidas y, a lo largo y ancho del subcontinente, el proceso de formación estatal atravesó repetidas confrontaciones entre caudillos, rebeliones o levantamientos, cruentas guerras civiles y hasta conflictos con la Iglesia católica.⁴⁸ En otros momentos se propició la consolidación estatal gracias a agudas contiendas internacionales como las ocurridas entre Chile, Perú y Bolivia, la sostenida por la Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay, o la pérdida del poder moderador de la monarquía, como ocurrió en Brasil. En otros casos, la identidad lingüística, religiosa y simbólica no alcanzó los términos de *Nación-Estado* y en muchos países la condición pluriétnica, multicultural o plurinacional de sus habitantes solo fue reconocida en la alborada del tercer milenio, como ocurrió con Colombia (1991), Paraguay (1992), Argentina (1994) y Bolivia (2009).⁴⁹

48. Al respecto, una mirada cronológica puede hallarse en Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930* (Barcelona: Crítica, 1982).

49. Se han retomado para el presente texto diversos escritos y consideraciones formuladas por el autor en anteriores producciones académicas, V. gr. "La influencia prusiana en los ejércitos de América latina y de Colombia", *Revista Sociedad*, Cali, Universidad Santiago de Cali, Departamento de Ciencias Sociales, n.º 6 (2004): 157-176; "De montoneras de caudillos a ejércitos nacionales en América Latina", *Revista Colombiana de Educación*, Universidad Pedagógica Nacional, n.º 59 (segundo semestre del 2010): 189-207; "La construcción de ejército y estado en la guerra por la independencia", en *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, ed. por Jaime Rosenblitt (Santiago de Chile: Biblioteca Nacional / DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2013), 165-184. Asimismo en libros como: *Construcción del Ejército Nacional en Colombia, 1907-1930. Reforma Militar y Misiones extranjeras* (Medellín: La Carreta, 2009); *1810. Ni revolución ni nación* (Medellín: La Carreta, 2010); y *La Independencia jamás contada*.

El punto central del análisis propuesto en el presente ensayo no pretendió examinar ni discutir el devenir tan complejo e intrincado de estos procesos. Su objetivo giró en torno al papel y efectos de las guerras por la independencia en las estructuras sociales para producir los cambios necesarios en la construcción de Estados. Cuando menos, esta preocupación ha sido compartida por quienes han intentado una explicación similar con respecto a los Estados europeos. Para Paul Kennedy, por ejemplo, la guerra es el pilar del crecimiento económico desigual dirigido a garantizar el respaldo de un poder militar que permite fortalecer o debilitar el poder nacional.⁵⁰ Para William McNeill, la centralidad de las cambiantes formas y escalas de la guerra resultan aún más decisivas y determinantes en las transformaciones organizativas del sistema de Estados europeos.⁵¹

No descartada por Perry Anderson, para quien el aparato político del absolutismo aristocrático se levanta sobre la represión y la fuerza,⁵² la tesis recibirá, sin embargo, la mejor demostración con Charles Tilly: en la Europa del segundo milenio, los hombres que controlaban los medios concentrados de coerción intentaban por lo común emplearlos para ampliar el ámbito de población y de recursos sobre los que ejercían poder. Los soberanos más fuertes de toda la región dictaban a los demás los términos de la guerra; los gobernantes menores podrían optar entre ajustarse a las exigencias de sus vecinos poderosos o realizar esfuerzos excepcionales en la preparación de la guerra. Estas acciones empeñaban a los gobernantes en la labor de extraer los medios para la guerra entre quienes poseían los recursos esenciales y entre quienes se resistían a entregarlos sin fuertes presiones o

50. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Nueva York: Random House, 1987).

51. William McNeill, *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since A.D. 1000* (Chicago: University of Chicago Press, 1982).

52. Perry Anderson, *El Estado absolutista* (Madrid: Siglo XXI Editores, 1989).

compensaciones. Dentro de los límites fijados por las exigencias y compensaciones de otros Estados, la extracción y la lucha por los medios necesarios para la guerra, las diversas articulaciones de capital y coerción, produjeron tipos diferentes de estructuras organizativas de Estados.⁵³

La interpelación de los hechos ocurridos con las guerras por la independencia en Suramérica y su deriva para la construcción de los Estados no es similar en absoluto. La coerción no quedó en manos de los ejércitos libertadores tras la independencia. Tampoco fue centralizada y reconstruida como función de Estado. Por el contrario, el escenario fue dominado por “montoneras de caudillos” que se convirtieron, solo tras procesos relativamente espontáneos, sangrientos y a veces anárquicos, en “gendarmes necesarios”⁵⁴ o en agentes del orden social como Juan Manuel Rosas en Argentina. En gracia de discusión, la tesis de Tilly tendría que trasladarse en el tiempo.

Dado el marcado carácter regional y caciquil de los dominios detentados por la élite civil, es claro que un ejército de estampa nacional se oponía de manera diametral a sus privados intereses. Por eso se negaron a impulsarlo cuando ocuparon el centro del poder. Los argumentos expuestos pasaron en el presente texto por cinco tesis argumentadas con hechos concretos: la composición cambiante de los ejércitos, forzada por el carácter continental de la lucha; la escasa uniformidad de la guerra en sus diversos escenarios o contextos; el fratricida enfrentamiento contra y entre los caudillos; la animadversión y temor de los civiles contra los insurgentes armados, y las debilidades económicas que

53. Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990* (Madrid: Alianza Universidad, 1992), 38-40.

54. El término pertenece a John Lynch, *Caudillos en Hispanoamérica* (Madrid: Mapfre, 1993).

impidieron la relación estrecha entre coerción y capital que, por el contrario, se presenta en forma diáfana para la construcción de los Estados nacionales europeos como advierte Charles Tilly.

Lo sucedido finalmente en la Nueva Granada puede ilustrarse como comprobación clara. Si bien los hacendados granadinos se hicieron generales, antes que su condición de tales primó el carácter ancestral de su posición en las tradicionales esferas productivas. El generalato no era producto de la carrera militar sino adjetivo del poder económico y territorial. Tomás Cipriano de Mosquera y José María Obando, por ejemplo, se fueron a la guerra, primero, para defender la causa de los realistas contra el avance de los patriotas que amenazaban la persistencia de la esclavitud, sus propiedades y su andamiaje de poder. Luego, literalmente derrotados, cambiaron de bando y sirvieron al Ejército Libertador para garantizar su posición de clase. Sin embargo, no vacilaron en participar de la destrucción del ejército bolivariano para asegurar el control regional y fundar el dominio caciquil. Finalmente, en cuanto caudillos, fueron a las guerras civiles más como políticos y hacendados en armas que como militares. El “civilismo” que la élite regional argumentaba para desbaratar al ejército bolivariano fenecía rápida y abiertamente cuando se trataba de imponer sus montoneras armadas en las luchas fratricidas del siglo XIX.

Las esporádicas montoneras regionales que les permitían disputar la supremacía política con sus partidos parecían suficientes, más funcionales y menos peligrosas. Así se demostró en 1854 cuando cuatro generales –Herrán, Mosquera, López y Herrera– armaron ejércitos improvisados para atacar con catorce mil hombres al millar que defendía la capital con el general José María Melo a la cabeza. Como sostiene Álvaro Tirado Mejía, esta experiencia de ejércitos particulares era propicia para desarrollar las ideas civilistas: el ejército central fue reducido a 588 hombres

en 1855, y poco después a 373 unidades.⁵⁵ Lo que quedaba del ejército de independencia murió con la insurrección finalmente abortada de José María Melo. Fue el último intento de los soldados por restaurar el respeto frente a su uniforme, unido a los intereses democrático-liberales de los artesanos.

Finalmente, la guerra de 1859 ratificó la preeminencia de los ejércitos regionales sobre el débil ejército central. La Constitución de Rionegro, al limitar la posibilidad de que el Estado medular declarara la guerra a los “Estados Soberanos”, simplemente llevó a la letra un hecho establecido por la realidad. El paso siguiente fue reconocer a los Estados regionales la facultad de mantener en tiempo de paz la fuerza pública que juzgaran conveniente. El gobierno de la Unión, por el contrario, contó tan solo con una “Guardia Nacional” cuya principal función se redujo a los tradicionales desfiles de las fiestas patrias. En síntesis, el ejército de independencia fue destruido para dar paso a la construcción nacional que se gestaba. El ejército nacional, en el estricto sentido sociopolítico del término, tuvo que esperar las definiciones del Estado nacional para surgir en el escenario histórico.

55. Álvaro Tirado Mejía, “El Estado y la política en el siglo XIX”, en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, cap. 4 (Bogotá: Planeta, 1989), 173 y 174. La concepción de un Estado federal tenía que oponerse a la perspectiva de un fuerte ejército central. Tal fue la observación de Alexis de Tocqueville con respecto a Estados Unidos: un ejército numeroso será siempre el germen de un grave peligro. La mejor manera de contrarrestarlo será, entonces, reducir el tamaño del ejército.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel. *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1983.
- Alberdi, Juan Bautista. *La Revolución de Mayo. Crónica dramática*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1960.
- Aljovín de Losada, Cristóbal. *Caudillos y Constituciones: Perú 1821-1845*. Lima: Fondo de Cultura Económica / Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero, 2000.
- Anderson, Perry. *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1989.
- Annino, Antonio, coord. *La revolución novohispana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Atehortúa Cruz, Adolfo León. “La influencia prusiana en los ejércitos de América latina y de Colombia”. *Revista Sociedad*. Cali, Universidad Santiago de Cali, Departamento de Ciencias Sociales, n.º 6 (2004): 157-176.
- *Construcción del Ejército Nacional en Colombia, 1907-1930. Reforma Militar y Misiones extranjeras*. Medellín: La Carreta, 2009.
- *1810. Ni revolución ni nación*. Medellín: La Carreta, 2010.
- “De montoneras de caudillos a ejércitos nacionales en América Latina”. *Revista Colombiana de Educación*. Universidad Pedagógica Nacional, n.º 59 (segundo semestre del 2010): 189-207.
- “La construcción de ejército y estado en la guerra por la independencia”. En *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, editado por Jaime Rosenblitt, 165-184. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional / DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2013.
- *La Independencia jamás contada*. Bogotá: Aurora, 2019.
- “La historiografía sobre Bolívar y las independencias”. En *Bicentenario de la independencia de Colombia 1810-1830*, editado por Daniel Raisbeck. Bogotá: Credencial / Banco de la República, 2019.

- Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*, 2.^a ed., Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999.
- *Historia de América*. Buenos Aires: Editorial Futuro, 1962.
- Blanco, José Javier. “La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica”. *Politeia*, Universidad Central de Venezuela, vol. 35, n° 49 (julio-diciembre del 2012): 1-33.
- Bonilla, Heraclio. “Continuidad y cambio en la organización política del Estado independiente”. En *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, editado por Inge Buisson. Colonia: Boehlau, 1984.
- “Perú y Bolivia”. En *Historia de América Latina*, editado por Leslie Bethell, vol. 6, *América Latina independiente, 1820-1870*, cap. 6. Barcelona: Crítica, 1991.
- *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2016 [2001].
- Bragoni, Beatriz. *San Martín. Una biografía política del libertador*. Buenos Aires: Edhasa, 2019.
- Brown, Matthew. *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la independencia de la Gran Colombia*. Tunja: UPTC / La Carreta, 2010.
- Carmagnani, Marcello. *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*. Barcelona: Crítica, 1982.
- Carr, Edward. ¿Qué es la historia? Barcelona: Seix Barral, 1984.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas: Instituto de Antropología e Historia, Universidad Central de Venezuela, 1969.
- *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1972.
- Chust, Manuel e Ivana Frasset. *Tiempos de revolución*. Madrid: Fundación Mapfre, 2013.

- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Universidad del Valle / Tercer Mundo, 1997.
- Costeloe, Michael. *La respuesta a la Independencia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- De Tocqueville, Alexis. *La democracia en América*. Madrid: Trotta, 2018.
- Godechot, Jacques. *Histoire de l'Atlantique*. París: Bordas, 1947.
- *Les Révolutions (1770-1799)*. París: Presses Universitaires de France, 1963.
- Gootenberg, Paul. *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano. 1820-1860*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos, 1997.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Guerra, François-Xavier y Antonio Annino. *Inventando la nación*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1969.
- Kennedy, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Nueva York: Random House, 1987.
- König, Hans-Joaquim. *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*. Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Kossok, Manfred y Sergio Guerra Vilaboy, eds. *Historia del ciclo de las revoluciones de España y América Latina (1790-1917)*. La Habana: Editorial UH, Universidad de La Habana, 1990.
- Liévano, Indalecio. *Bolívar*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1971.
- Lynch, John. *Caudillos en Hispanoamérica*. Madrid: Mapfre, 1993.
- *América Latina, entre colonia y nación*. Barcelona: Crítica, 2001.

- *San Martín, soldado argentino, héroe americano*. Barcelona: Crítica, 2009.
- *Simón Bolívar*. Barcelona: Crítica, 2009.
- *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel, 2010.
- Masur, Gerhard. *Simón Bolívar*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.
- McNeill, William. *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since A.D. 1000*. Chicago, IL: University of Chicago Press, 1982.
- Medina, Medófilo. “En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las ‘revoluciones hispánicas’”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 37, n.º 1 (2010): 149-188.
- Medina, Medófilo y Rigoberto Rueda. *Bolívar y San Martín. La independencia como proceso continental*. Bogotá: Aurora, 2019.
- Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires: Peuser, 1887.
- *Ensayos históricos*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1918.
- *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Barcelona: Editorial Juventud, 1945.
- Navarro García, Luis. *José de San Martín y su tiempo*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999.
- Palacios, Marco, coord. *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Bogotá: Vitral / Grupo Editorial Norma, 2009.
- Palmer, Robert. *Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)*. Barcelona: Editorial Labor, 1969.
- Paz, Mariano. *Historia del Perú independiente, 1819-1827*, 3 tomos. Lima: F. Oberti, 1868-1888.
- Perú de Lacroix, Luis. *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*. Madrid: Editorial América, 1924 [Medellín: Bedout, 1967].

- Ramos, Aristides, Oscar Saldarriaga y Radamiro García, eds. *El Nuevo Reino de Granada y sus provincias. Crisis de la independencia y experiencias republicanas*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2009.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de Colombia*. Medellín: Bedout, 1969.
- Rodríguez, Jaime. *La independencia de la América española*. Ciudad de México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Rodríguez, Pablo. *Días de gloria en la Independencia Hispanoamericana*. Bogotá: Universidad del Rosario / Memoria Viva, 2011.
- Rodríguez, Sandra. *Memoria y olvido. Usos públicos del pasado en Colombia, 1930-1960*. Bogotá: Universidad Nacional / Universidad del Rosario, 2017.
- Rosenblitt, Jaime. *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional / DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2013.
- Rouquié, Alain. *L'État militaire en Amérique Latine*. París: Seuil, 1982.
- Ruiz Moreno, Isidoro. *Campañas militares argentinas*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Sañudo, Rafael. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Medellín: Bedout, 1975.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo. Civilización y Barbarie*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1961 [Buenos Aires: Biblioteca Quiroga Sarmiento, 2007].
- *Biografía del General San Martín*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010.
- Soler, Ricaurte. *Clase y nación: problemática latinoamericana*. Barcelona: Fontamara, 1981.
- Thibaud, Clément. *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003.

- “La república es un campo de batalla en donde no se oye otra voz que la del General. El Ejército bolivariano como ‘cuerpo-nación’ (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1830)”. En *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, coordinado por Juan Ortiz Escamilla. Ciudad de México: El Colegio de México, 2005.
- Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza Universidad, 1992.
- Tirado Mejía, Álvaro. “El Estado y la política en el siglo XIX”. En *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, cap. 4. Bogotá: Planeta, 1989.
- Vicuña, Benjamín. *La revolución de la independencia del Perú*. Lima: Garcilaso, 1924.

El caudillismo en América Latina. Algunas reflexiones generales

Cristóbal Aljovín de Losada
Docente
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Lima, Perú

Este capítulo presenta algunas ideas centrales en torno al fenómeno del caudillismo decimonónico, tema sobre el que he trabajado en las últimas décadas. La cultura política republicana no se comprende sin los caudillos. De algún modo, el caudillismo fue nuestro paso hacia un republicanismo signado, sin duda, por el autoritarismo. Caudillismo sin violencia política no existe. El acceso al poder se lograba a través de la violencia, y nuestros caudillos se concibieron a sí mismos como ciudadanos, patriotas que tenían el derecho y la obligación de cuidar el buen gobierno republicano frente a sus enemigos, internos y externos.

El caudillismo es un fenómeno hispanoamericano que marcó buena parte de la historia social del siglo XIX en nuestra región. Es un fenómeno complejo y contradictorio, porque los países hispanoamericanos se declararon repúblicas; es decir, le apostaron a un régimen representativo en el que las autoridades debían ser

elegidas por los ciudadanos de acuerdo con las constituciones proclamadas antes de la independencia. Lo complejo y lo contradictorio se relaciona con los vínculos entre el fenómeno del caudillismo, que implica la violencia como método de acceso al poder político, y el republicanismo, que aboga por las elecciones para acceder al poder y la defensa de la constitución.

El caudillismo es un fenómeno hispanoamericano porque en Brasil –país extremadamente importante en América del Sur–, a diferencia de lo que sucedía en los antiguos territorios españoles de América, se desarrolló una monarquía constitucional que continuó casi hasta fines del siglo XIX; Brasil, pues, no padeció el fenómeno que nos interesa y del que pocos países latinoamericanos salidos del Imperio español pudieron escapar. Chile, ciertamente, es un caso atípico, ya que si bien no fue totalmente inmune al caudillismo, es un caso distinto sobre el que se podría reflexionar.

Buena parte de las reflexiones del presente artículo versan sobre el caudillismo en Hispanoamérica. Abarcan un marco temporal que va desde las independencias hasta casi finales del siglo XIX; esto, naturalmente, depende de las diferencias específicas entre unos países y otros. Considero que se va dando un proceso de declive paulatino del fenómeno conforme se avanza en la segunda mitad del siglo XX. Cabe resaltar que una de las personas que más ha trabajado el tema de los caudillos es John Lynch, sobre todo en su famoso libro *El caudillismo en Hispanoamérica. 1800-1850*; lo mismo debe decirse en líneas generales sobre Tulio Halperin Donghi, otro gran historiador que se ocupó del tema.¹

1. John Lynch, *Caudillismo en Hispanoamérica 1800-1850* (Madrid: Mapfre, 1993); Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra; la formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1972); *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1969) y *De la revolución de independencia a la Confederación rosista* (Buenos Aires: Paidós, 2000).

Como resulta natural, condicionado por mis propias investigaciones, voy a poner cierto énfasis en la cuestión del caudillismo en Perú; se trata de un tema en el que he trabajado personalmente y conozco bastante, aunque no descuidaré otros casos latinoamericanos, que tocaré pero en menor medida.

Los orígenes

Vayamos ahora al origen del caudillismo. Este se halla en las guerras de independencia americana y en sus propias dinámicas de formación de liderazgo. Como es sabido, durante la vigencia de la monarquía hispana en América hubo una cierta paz prolongada y estable, exceptuando el periodo de la conquista y la traumática etapa de las reformas borbónicas y su secuela hasta la ruptura con España. En Perú, por ejemplo, después de las guerras civiles del siglo xvi, la autoridad de los virreyes no fue cuestionada.

Aunque suene ingenuo, es conveniente anotar que no hay nada semejante al caudillismo en la época española; el caudillismo es un fenómeno cuyo origen –como ya dijimos– son las guerras de independencia y se relaciona con que la violencia comienza a tener un signo político. En este sentido, en Perú, por ejemplo, no hubo intentos de derrocamiento de los virreyes u otras autoridades o cambio del sistema desde el final de las guerras civiles del siglo xvi hasta fines del siglo xviii (según la lectura de los historiadores de la rebelión de los comuneros en Colombia o la rebelión de Túpac Amaru en Perú a fines del siglo xviii), o con bastante claridad en las primeras décadas del siglo xix.

Sobre la rebelión de Túpac Amaru, es manifiesto que hubo violencia de orden político; pero no hay claridad acerca de los fines, ya que esta fue definiéndose con el paso de un tiempo

acelerado. En todo caso, Halperin Donghi menciona que uno de los legados de la independencia fue la violencia política para adquirir el poder político.²

Definir el término caudillo

Lo más difícil de definir en este asunto es la cuestión central de qué cosa es un caudillo o qué es, qué define el caudillismo. La palabra *caudillo* no era muy usada en la época española; tampoco durante el siglo XIX republicano. Desde el inicio, su uso es peyorativo; se emplea como categoría social reservada principalmente para los historiadores y otros científicos sociales del siglo XX. Este detalle es interesante, porque implica que los propios actores sociales considerados caudillos por la historiografía no se describían a sí mismos como tales. En efecto, los caudillos se describían más bien como ciudadanos, generales, héroes y patriotas. De igual modo, sus contrincantes políticos no utilizaban con frecuencia el término. Este es un tema significativo que desarrollaremos a continuación.

La definición aceptada de caudillo es muy común. Según John Lynch, “el caudillo, tanto su autoridad como su legitimidad, estaban representadas por su propia persona y no dependían en lo absoluto de las existencias de una serie de instituciones formales, constituía una fuerza desestabilizadora para el gobierno”. Esta suerte de definición informal sobre los caudillos es peculiar porque sintetiza la idea típica que uno tiene cuando piensa en los caudillos. Aunque no la comparto, la utilizo con el fin de criticar y definir un poco el mundo de los caudillos, porque evoca la idea de un líder con una fuerte personalidad, cuyo carisma lo hace atractivo y que, ciertamente, no depende de la existencia de una serie de instituciones formales (en contraste con agentes de

2. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*.

liderazgo que se describirían de otra manera, como los obispos o los virreyes). Estamos, entonces, ante la idea típica que se tiene cuando se piensa en el caudillismo.

El citado libro de Lynch es una obra compleja que no se reduce a una definición poco acertada. Antes de criticarlo, en su defensa, cabe añadir las líneas que siguen: “la definición que encontramos aquí no resulta completa ni tampoco es aplicable a cualquier época, pero nos transmite la percepción que se tenía del tema en aquellos años, al tiempo que define ciertas orientaciones políticas”.³ También dice: “el caudillo poseía tres rasgos definitorios: una base social, una implantación social y un proyecto político”.⁴ En pocas palabras, considero la definición de Lynch un extremo poco afortunado de su reflexión histórica que, como él mismo señala, era muy aceptado en los debates sobre el caudillismo, sobre todo en las conversaciones en torno a temas históricos.

Como ya dije, para mí la definición de Lynch refleja una concepción errada de lo que es un caudillo en términos históricos, pues pareciera enfatizar la figura del caudillo como un agente autónomo, algo que es difícil de pensar en términos políticos: no es factible que un personaje cualquiera sea atractivo como líder y no dependa de nadie, que con base institucional muy pobre o poco respetada puede haber un agente social exitoso. Uno podría hacerse a la idea de que Lynch está pensando en los caudillos que tuvieron un fuerte componente carismático, en el sentido en que se define el liderazgo carismático en la obra de Max Weber, aquel al que la gente sigue casi por arte de magia. Algo que no sucedió en el siglo XIX y, creo yo, no tendría por qué ocurrir. Weber menciona dos tipos de dominación, la patrimonial y la racional, que nos ayudan a comprender el fenómeno del

3. Lynch, *Caudillismo*, 17.

4. Lynch, *Caudillismo*, 18.

caudillismo. La dominación patrimonial implica que una persona gobierna y su burocracia está vinculada con el gobernante antes que con las funciones correspondientes a su cargo. En cambio, la dominación racional, de orden burocrático, está basada en el uso de la razón y en la existencia de una burocracia profesional ligada a sus funciones. En realidad, el caudillismo combinó todos estos factores, según los casos determinados.⁵

Alianzas y autonomía del caudillo

No quiero decir que los caudillos no fueran personajes interesantes o atractivos, pues puede demostrarse que, en efecto, muchos de ellos contaron con un fuerte carisma. No creo que esto haya sido el sustento de su poder, sin embargo el arrastre de multitudes aparentemente llevadas por emociones repentinas es real. Para mí el rol de los caudillos iba aparejado con sus relaciones, que eran básicamente de tipo clientelar, de negociación constante, y también con las clientelas relativas al mundo de la hacienda y del ejército. Considero que la relación clientelar es algo opuesto a la autonomía que Lynch atribuye a los caudillos, en el sentido de que aunque uno sea el que reparte lo que negocia con el cliente, su ejercicio (y esto quien conoce algo de política o ha estado en cargos de poder lo sabe) implica una pérdida enorme de autonomía.

La pregunta aquí sería: ¿cómo se forman los ejércitos o grupos armados de los caudillos? La respuesta en buena parte está en el mundo de la hacienda o del ejército, y tiene que ver con el tipo de vínculo que establecían los caudillos con sus bases de apoyo. Esto nos ayuda a comprender la autonomía que tenían en la toma de decisiones y qué tipo de legitimidad política tenían.

5. Max Weber, *Economía y sociedad*, vol. 1 (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 334-442.

El mundo de los caudillos no es solo el de los grandes personajes a los que la población sigue por su propio liderazgo. Es, sobre todo, el mundo de la hacienda, el mundo rural o del ejército, fuente de su prestigio y eficacia social. Tulio Halperin menciona que la época de los caudillos implicó una cierta ruralización de la política, la ciudad perdió cierta influencia y el poder se trasladó en parte al mundo rural; sin duda, Halperin piensa más bien en el caso argentino, pero en lo sustancial la idea es esa.⁶ Sea como fuere, las dos fuentes más elementales del poder de los caudillos fueron el mundo de la hacienda y el del ejército. Es fundamental comprender esto porque, para incidir en el segundo caso, una parte sustancial de la práctica de los caudillos, su acceso al poder y la posibilidad de mantenerse allí es la cantidad de tropas que tienen. Ser caudillo implicaba una organización de sustento para las tropas.⁷

De repente, se apuesta por el dominio significativo de las tropas, del mundo de las estancias, relacionado con el nuevo Virreinato de Río de la Plata o la Capitanía General de Venezuela, con un sistema institucional menos afinado que el de los antiguos virreinos de Perú y México. En estos últimos el ejército fue predominante en los conflictos por el poder entre los caudillos. Con cierto cuidado, se puede afirmar que el mundo político hispanoamericano estuvo marcado también por el legado colonial de cada país. Lo institucional arraigado en el tiempo fue importante.

Hay un pequeño esquema que Lynch hace en relación con las precisiones anteriores, que dice que en Perú y en México el ejército es fundamental.⁸ Esto es verdad en Perú, por ejemplo, especialmente en personajes como los generales Gamarra, Castilla o Santa Cruz, este último considerado por la historiografía

6. Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, 425-451.

7. Lynch, *Caudillismo*, 159.

8. Lynch, *Caudillismo*, 159.

entre boliviano y peruano. Y en el general Salaverry, en no menor grado que los caudillos que se mencionan en los textos históricos. Se trata de militares vinculados con el ejército; si hay en ellos influencia, esta se relaciona con las tropas o batallones que tiene cada uno. El tamaño de las tropas sin duda era un factor decisivo, y en Perú deben considerarse en concreto las montoneras. Tanto en la sierra central cerca de Lima como en la costa norte del Perú en la segunda mitad del siglo XIX, estas fueron importantes, pues en ellas se combinaba el ejército con otro tipo de grupos armados.

Para dar a un caudillo poder e influencia, lo fundamental era el tamaño de su tropa y la cantidad de oficiales a los que mantenía. El poder del número debe ser enfatizado tomando en cuenta que en el contexto, las tropas estaban extremadamente politizadas; eran mantenidas con complejos odios y rencores, en un sistema de control endeble, algo que ocurría tanto en Perú como en México. El tema varía en otros escenarios. En Venezuela y en Argentina, modelo de Lynch, el mundo rural es fundamental, parte de la tropa de Rosas y de Páez vienen del mundo rural; ambos países, además, se diferencian de Perú y de México porque ese mundo rural estuvo muy vinculado con el mundo de los trabajadores rurales o de las haciendas, gente que montaba a caballo y que se podía movilizar a grandes distancias.

Volviendo a la definición de Lynch y a la idea de la autonomía del caudillo, lo que propongo al respecto es que el mundo de los caudillos implicó mucha negociación, y esta en ocasiones se vinculaba con las relaciones clientelares, con el hecho de que “el caudillo tuviera que repartir”, lo cual niega su autonomía. Digamos que, más importante y decisiva que la cuestión carismática, es la cuestión clientelar. Algo que Lynch no niega, pero tampoco relaciona con la autonomía del caudillo.

Orden político

Lynch dice que los caudillos nacieron de un vacío del poder, y que construyeron una imagen de poder en relación con el hecho de ser “gendarmes necesarios” de una sociedad con tendencias anárquicas. Ofrece una descripción ambigua: los caudillos eran percibidos como garantes del orden, lo que impedía el progreso de la sociedad. El caudillismo se relaciona con la anarquía política, con un mal endémico de la historia política de Hispanoamérica. Lynch dice que:

En las sociedades post coloniales de Hispanoamérica, los caudillos cumplieron una función vital para la elite republicana, ya que fueron los guardianes del orden y garantizaron el mantenimiento de las estructuras sociales existentes. En épocas adversas y llenas de tensiones, nadie dudaba de que su poder personal era más efectivo que la teórica protección de una constitución.⁹

La explicación de Lynch tiene verdades y errores. Esta cita recuerda más a un conflicto del siglo xx, con una concepción crítica de la sociedad. Dudo que en esa época haya habido una masa crítica en contra del sistema de propiedad, aunque hubo movimientos violentos de campesinos contra los hacendados. Pero estos no fueron orgánicos ni con un sustento ideológico que cuestionara el orden socioeconómico. Para ello, deberemos esperar a fines del siglo xix y al conjunto de los siglos xx y xxi.

No hay duda de que se clama por un orden ante la anarquía política que genera, bajo ciertas circunstancias, fuertes tensiones sociales. Pero el discurso del gendarme necesario no se aprecia con claridad en los actores históricos, como se nota en ciertos

9. Lynch, *Caudillismo*, 239.

actores históricos del siglo xx. En cambio, hay clamores por la paz y el fin de la guerra. Esto se resuelve con el triunfo del caudillo que impone un orden, que busca arrojarse en formas constitucionales. Busca imponer un orden republicano impuesto por las armas. Es un orden autoritario que no se desliga del discurso y de las prácticas electorales.

Hay que comprender que el caudillismo creaba una dinámica en que la resolución de conflictos iba siempre por el lado de la violencia; el caudillismo genera una cultura política en la cual la violencia es fundamental, por lo que tampoco los caudillos eran sinónimo de orden para mucha gente, que los veía más como un problema que como una solución. En los países hispanoamericanos existe una fuerte tendencia a imaginar un futuro político que escape del caudillismo. Casi desde el inicio del caudillismo se dieron fuertes debates acerca de cómo acabar con ese mal, de ahí la pasión constitucional durante los tiempos de los caudillos en torno a crear un sistema en el cual, de algún modo, se impusiera un orden constitucional. Este fenómeno es común no solo en los tiempos de los caudillos hispanoamericanos, sino también, por ejemplo, en las luchas y conflictos vinculados con la Revolución francesa. En Francia, se generó a la par una pasión intelectual ligada a la idea de terminar con el legado de la revolución, de poner fin al mundo revolucionario. De igual modo, si uno revisa los papeles del siglo xix, notará que uno de sus grandes temas es cómo imponer un orden constitucional, un orden republicano que escape a la lógica de la violencia política.

La reflexión constitucional busca soluciones jurídicas para frenar la pasión revolucionaria de los golpes de Estado de los caudillos. No hay evidencia de que los pensadores de hasta casi finales del siglo xix defendieran un gobierno autoritario *per se*. Hubo, sí, la posibilidad de una dictadura concebida a la romana, en el sentido de un estado de emergencia ante una situación

excepcional. Es decir, se suspendían por un tiempo determinado un conjunto de derechos y/o su aprobación. Pero estas figuras formaban parte del imaginario republicano que no rompe, en teoría, con el orden constitucional.

¿Qué tan cierto es el orden impuesto por los caudillos? Detrás de esta pregunta se esconde la idea de que el autoritarismo tiene, al menos, la posibilidad de imponer el orden frente a la anarquía. En la lectura de Lynch, un orden relacionado con el bienestar de los propietarios.

En verdad, la funcionalidad de los caudillos para imponer orden en la política y la sociedad es relativa. No hay una relación directa entre orden y autoritarismo. Hay caudillos, como Juan Manuel Rosas, que impusieron un gobierno de larga duración. Muchos de los caudillos peruanos tuvieron una duración mediana respecto de la de Rosas. De ninguno puede decirse que haya sido demasiado poderoso; salvo Santa Cruz, por un corto periodo durante la Confederación Perú-Boliviana entre 1836-1839, ninguno se quedaba mucho tiempo en el poder. En la segunda mitad del siglo XIX, Castilla es un caudillo que se queda más tiempo en el poder, pero los caudillos también pueden ser muy débiles, digamos, se trata casi siempre de gente cuya historia se concentra en el afán de no ser derrocada. Pero la lista de caudillos que no lograron imponer el orden por mucho tiempo es larga. Varios gobernaron por periodos cortos, o parte del país en tiempos de revolución. Recordamos, usualmente, a los que se quedaron más tiempo en el poder.

Sin embargo, el problema del caudillismo es que siempre el fin del caudillo estaba relacionado con el uso de la violencia, con el desorden. En este sentido, es un mal gendarme del orden.

Lo ideológico

Los caudillos siempre utilizaron justificaciones ideológicas o argumentaciones de índole constitucional en su accionar político. Debían justificar sus actos revolucionarios marcados necesariamente por la violencia. En general, el lenguaje a través del cual se expresaban los caudillos estaba teñido del lenguaje republicano y, en menor medida, del derecho natural. En ese sentido, sus acciones no solo expresaron relaciones clientelares o de interés, sino que contenían una carga de ideas en torno al bien del país. El debate ideológico le daba legitimidad a la violencia; sin ella, era difícil o imposible el accionar político de los caudillos.

La visión de los caudillos tenía similitudes pero, en muchos casos, estas se expresaban de maneras fuertemente contrapuestas. Lo similar eran las típicas acusaciones de que el gobierno era despótico, tiránico, anticonstitucional o corrupto, con una cierta elaboración ideológica, que podía ser fácilmente intercambiada. Pero lo que me interesa enfatizar son las visiones contrapuestas, como fueron las pugnas a favor o en contra del federalismo que impregnó los debates, sobre todo, en la primera mitad del siglo XIX, con bases de apoyo regionales.¹⁰

En la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo, un fenómeno marca las pugnas políticas con mucha fuerza y, por supuesto, las luchas de los caudillos: la cuestión de la relación entre la república y la Iglesia católica. No fue un conflicto entre católicos y no católicos. Hubo algunos no creyentes o agnósticos entre los liberales. Sin embargo, el conflicto se relacionó básicamente con

10. Carole Leal Curiel, "De los muchos, uno: el federalismo en el espacio iberoamericano", en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, dir. por Javier Fernández Sebastián (Madrid: Fundación Carolina / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Centro de Estudios Políticos y constitucionales, 2009), 425-450.

una pugna entre liberales mayoritariamente católicos y conservadores católicos. Para muchos historiadores, estos conflictos se describen como guerras culturales que abarcaron no solo el continente americano, sino también el europeo.¹¹

Los europeos apostaron a una república católica influenciada por las doctrinas de Pío IX, que nutrieron lo que se tildó de ultramontanismo. Consideraban que la América hispana era católica y no debía perder ese carácter, de modo que se oponían, por ejemplo, a los actos públicos de otras Iglesias y a la tolerancia de culto. En muchos países, hubo una pugna muy fuerte al respecto. Hubo dos países con gobiernos que adscribían a lo que podemos llamar republicanismo católico: Ecuador, con las presidencias de Gabriel García Moreno (1861-1865 y 1869-1875), y Colombia, con las cuatro presidencias de Rafael Núñez en las dos últimas décadas del siglo XIX. Sin duda, las presidencias de García Moreno fueron más fervorosas en relación con la defensa de una república católica.¹²

La cuestión republicana

El otro componente de la definición de Lynch es la cuestión de la pobreza de la vida institucional. En muchas de sus reflexiones históricas se enfatiza la pobreza institucional como un vacío que se debe llenar, y la pobreza en términos de construcción estatal y del mundo político republicano. Esa es al menos parte de mi lectura del libro de Lynch. Personalmente, me inclino a la lectura de lo político que realiza Xavier-François Guerra, que aporta

11. Christopher Clark, "The New Catholicism and the European Culture Wars", en *Culture Wars Secular-Catholic in Nineteenth-Century Europe*, ed. por Christopher Clark y Wolfram Kaiser (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 18-23.

12. Cristóbal Aljovín de Losada, "República y conservadurismo católico", *Discursos del Sur, Revista de teoría crítica en Ciencias Sociales*, n.º 5 (julio del 2020): 31-66, <https://doi.org/10.15381/dds.v0i5.18142>.

un conjunto de reflexiones bien interesantes sobre la cuestión republicana en Hispanoamérica, en clave de una lectura de la cultura política que pasaremos a tomar en cuenta.¹³

La experiencia republicana en el mundo del siglo XIX está sobre todo en América, tanto en la América anglosajona (lo que reconocemos como Estados Unidos de Norteamérica en nuestros días) como en Hispanoamérica; esto es muy contrastante con el contexto europeo, donde la tensión entre la monarquía y la República es constante en el siglo XIX, con matices de intensidad. Es preciso comprender el mundo político hispanoamericano en clave republicana, lo que no implica necesariamente una visión homogénea de lo que es el republicanismo. Afirmo lo anterior porque hay muchos estudios sobre los caudillos, por ejemplo sobre Rosas en Argentina o sobre los caudillos peruanos, y lo que vemos es un conjunto de imaginarios políticos y prácticas vinculadas con la cuestión republicana, leídos de un modo bastante peculiar si lo vemos desde nuestros días. Para un caudillo, ser ciudadano y reconocerse como ciudadano era fundamental, porque era el ciudadano el que participaba en la política.

Como se ve, la cuestión de los caudillos no escapa a la cuestión republicana, pues los caudillos no pudieron imaginar otra forma de vivir que no fuera la república. Eso es más importante de lo que parece, porque los caudillos no actúan en un vacío de imaginario político y no tienen imaginarios políticos que no se vinculen con la república; hay casos peculiares, ciertamente, como el del general Santa Cruz en la Confederación Perú-Boliviana, cuyo lenguaje de ninguna manera sale del marco del republicanismo. En este sentido, los caudillos se vieron envueltos en el lenguaje y las prácticas republicanas, en especial en el sistema electoral. Otra cosa es que los estudios históricos hispanoamericanos des-

13. Cfr. François Guerra, *Modernidad e independencia: ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993).

cubran de manera permanente esta cuestión del mundo electoral, una maquinaria que (si se quiere) desde las Cortes de Cádiz en adelante fueron primordiales para comprender la política, las prácticas republicanas y la legitimidad de los caudillos.

Los caudillos muchas veces llegan al poder por medio de la violencia, pero no basta el uso de la fuerza; una vez en el poder, tienen que ratificarse mediante elecciones. No quiero decir que las suyas fueran elecciones limpias, muchas veces estas tienen un sabor bonapartista y el valor objetivo del voto es dudoso, pero no pueden escaparse de la práctica republicana de votar, que es lo que aquí resulta interesante. Lo que vemos en Hispanoamérica en la época del caudillismo es una experiencia republicana, en la cual subyace una comprensión de las prácticas sociales bajo un lenguaje republicano de nación, ciudadanía, república y federalismo. En este sentido, como he anticipado, la guerra civil o las revoluciones que traían los caudillos venían acompañadas de la exigencia de elecciones. Y algo que también importa y se ha rescatado –por ejemplo en la historiografía argentina que conozco–, son los debates constitucionales que idealmente buscaban volver a fundar la república. Se trata de un fenómeno común en la América hispana.

Algo que puede parecer curioso es que si uno se toma literalmente la definición de Lynch, el mundo de los caudillos está signado por la violencia en virtud del capricho del caudillo. Uno puede leer la historia de Santana y es entretenidísima; el general Santana es un personaje que podría haber salido de una novela de García Márquez. Sea como fuere, los caudillos pertenecen a un mundo que no escapa a la acción constitucional de buscar volver a fundar la república, de pensar en términos institucionales.¹⁴

14. Cfr. Guerra, *Modernidad*; Cristóbal Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones. Perú 1821-1845* (Lima: IRA / Fondo de Cultura Económica, 2000); Jorge Meyer, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1995), entre otros textos.

Una de las obsesiones de los caudillos era llegar al poder, pero parte del horizonte de interpretación de esto es fundar una república estable; se trata de quedarse en el poder, pero para fundar una república estable y muchas veces pensada en términos constitucionales. En resumen, hasta aquí, lo que trato de decir es que el mundo de los caudillos va más allá del hecho de que haya un líder a caballo con su tropa organizando o defendiéndose de un golpe de Estado o revolución. Los caudillos están inmersos en un lenguaje republicano, en prácticas republicanas y en debates constitucionales acerca de cómo edificar constitucionalmente el país, de cómo construir la república. Los debates constitucionales son fundamentales para comprender la política decimonónica. Se trata de encontrar la fórmula mágica de establecer un orden republicano. Eso sí, sin perder el poder.

Si bien la idea de construir la república es bastante heterogénea, sobre los caudillos recaía siempre la maldición (incluso entre los más poderosos y populares), de que habían llegado al poder por medio de la violencia, un estigma que les restaba siempre legitimidad. En el contexto formativo de la experiencia republicana de la que los caudillos eran parte, el mismo motivo que mermaba la legitimidad iba de la mano de una cultura política en la cual llegar al poder por la vía de la violencia era concebido también como algo legítimo, como una acción legítima a favor de la patria o de la república. No debe nunca perderse de vista esta situación paradójica del caudillismo republicano, que a la vez que generaba la pasión por la persona del caudillo, se volcaba a los debates constitucionales, uno de cuyos tópicos era, justamente, frenar y acabar con el mundo de la violencia política de los caudillos.

Hay varias paradojas ligadas a la cultura política del caudillismo. Una de las principales, o quizá la principal, se vincula con lo siguiente: por un lado, los caudillos acceden al poder de modo violento y, por otro, están pensando cómo crear un orden

constitucional, cómo acabar con el mundo revolucionario, por lo menos en el sentido peruano de golpe de Estado. La pregunta acerca de cómo terminar con la pasión revolucionaria-golpe de Estado e imponer un orden constitucional con el caudillo de turno, fue parte esencial de los debates y proyectos políticos decimonónicos en clave republicana.

Derecho natural

Si hablamos de lenguajes sociales, junto con el lenguaje republicano, también el derecho natural influyó en la interpretación que los caudillos hacían de su rol en el nuevo orden de cosas surgido de la separación de España. El derecho natural se basa en una concepción contractual de la política, como el republicanismo. Digamos que la política es como un contrato social que se puede romper si las voluntades lo consideran pertinente. En este sentido, la política se concibe en relación con la voluntad y el contrato de ciudadanos racionales. Este punto puede ser más importante de lo que se piensa, y es un debate sobre todo complejo para la independencia, en el sentido de que la guerra de la independencia se justificaba bajo una concepción nacionalista o bien como un combate por derechos.

José Carlos Chiaramonte, gran historiador argentino, arguye que las cabezas de las personas del siglo XIX están formateadas en términos de derecho natural, de contratos y no tanto de una fuerte noción nacionalista. El nacionalismo es algo importante para la guerra de independencia del siglo XX en Asia, en el suroccidente asiático, etcétera. ¿Por qué digo esto? Porque dependiendo de los países, en tiempos de caudillismo se piensan diferentes modos de concebir los territorios nacionales. Hay países con experiencias más o menos fuertes en torno al hecho de repensar el mapa nacional. Volviendo a Chiaramonte, muchas veces los Estados que formarían el Río de la Plata no se consideran un solo

país sino (de algún modo y por lo menos en las primeras décadas) Estados independientes que forman de una u otra manera una confederación política.¹⁵

Es interesante ver en la historia política de la Hispanoamérica del siglo XIX cómo hay países en los que coexiste una concepción del territorio nacional junto con la idea del derecho natural. Esto, en el caso de Perú, que es el que más conozco, no fue tan importante, excepto, posiblemente, cuando se crea la Confederación Perú-Boliviana, que defendía en términos no nacionalistas que era posible crear un país entre ambos Estados, que Perú y Bolivia se podían juntar y formar un solo país; hartos de los males que había ocasionado la independencia, con una mala formación de país, una mala concepción territorial, pensaban que la unión entre Perú y Bolivia era la solución para gerenciar un futuro posible exitoso.

A comienzos del siglo XIX, el republicanismo se hallaba más ligado a una concepción de los derechos naturales, así como a una concepción contractual de la política; se visualizaban los desórdenes institucionales en relación con un pacto social que, en circunstancias especiales de “incumplimiento”, se podía volver a elaborar. De allí que la elaboración de varios mapas con territorios estables era común en la América hispana, y estaba sustentada por argumentos propios del derecho natural. Dependiendo de los países, los caudillos acompañaron diferentes concepciones territoriales, que muchas veces se argumentaban en términos del derecho natural.

Muchos historiadores, siguiendo a Chiaramonte, sostienen que la guerra de independencia fue concebida bajo argumentos de derecho natural, y no de concepciones nacionalistas, como ocurrió en la guerra de independencia de la segunda mitad del

15. José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias* (Buenos Aires: Sudamericana, 2004).

siglo xx.¹⁶ Esta concepción de la política es muy fuerte a inicios del siglo xix, y va desapareciendo paulatinamente para dar lugar a una visión guiada por el nacionalismo. En el caso argentino, muchos dicen que el fenómeno nacionalista está vinculado con la generación romántica de 1837, a partir de los trabajos de escribir la historia, los mapas, etcétera. Durante los tiempos de los caudillos, los intelectuales van forjando la identidad nacional.

El fin del ciclo de los caudillos del siglo xix

¿Cuándo comienza a morir el mundo del caudillismo? En primer lugar, todo depende de cómo se defina el caudillismo. En este mismo instante podría discutir sobre el caudillismo político actual de la política peruana, argentina o venezolana, y de otros países hispanoamericanos, en relación con la pérdida de la presencia de los partidos políticos, pero el mundo de los caudillos del siglo xix difiere muchísimo de lo que ocurre en el siglo xx. No es fácil definir el caudillismo decimonónico. Hay algunas características: su fecha de nacimiento, su uso de la violencia, su lenguaje republicano, el tipo de sociedad agraria, la ausencia de un discurso alternativo (como los de derecha o izquierda en el siglo xx), entre otras características. Podemos ser más precisos con la pregunta, es decir, reducir su espectro: ¿cuándo comienza a morir el caudillismo decimonónico que nació con las guerras de la independencia?

La decadencia del caudillismo es un proceso propio de la segunda mitad del siglo xix, pero eso no quiere decir que no siguiera habiendo caudillos incluso en ese periodo de tiempo; en Perú, por ejemplo, los generales Ramón Castilla y Rufino Echenique son caudillos que reclaman un mayor orden en la economía, en la sociedad y en la política. De igual modo, se puede mencionar a otros caudillos de otros países hispanoamericanos.

16. Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica*.

Es sobre todo a fines del siglo XIX y comienzos del XX que se van instaurando gobiernos constitucionales que van eliminando el vaivén de los golpes de Estado de los caudillos. En este sentido, los militares pierden preferencia en el orden político. Hay diferentes tipos de gobiernos constitucionales: desde el largo gobierno de Porfirio Díaz (28 de noviembre del 1876-6 de diciembre del 1876; 17 de diciembre del 1876-5 de mayo del 1877; 5 de mayo del 1877-30 de noviembre del 1880; 1º de diciembre del 1884-25 de mayo del 1911), que tuvo una fuerte impronta autoritaria, hasta los gobiernos centrados por los civilistas en Perú en las primeras décadas del siglo XX, o el gobierno del Partido Autonomista General argentino que estuvo en el poder desde 1874 hasta 1919.

Con una globalización que se inicia a fines del siglo XIX y que termina con la crisis de 1929, hay un proceso de concentración del poder económico, social y político en la oligarquía que tiene como correlato político la ausencia de caudillos y una sucesión de gobiernos constitucionales. En palabras de Natalio Botana, en Argentina se impuso un orden conservador¹⁷ que terminó con el ascenso al poder de la Unión Cívica Radical, de cierta tendencia populista, bajo el liderazgo de Hipólito Yrigoyen en 1916.

El fin del caudillismo está relacionado con el proceso de modernización, digamos que la cultura política de los caudillos comienza a ser *old fashion*, vista como algo del pasado. Sin duda es un proceso que abarca la segunda mitad del siglo XIX, en especial las últimas décadas con los inicios de los *booms* de exportación. Para muchos historiadores, el fin del caudillismo implicó la apuesta por regímenes más institucionales pero a la vez más cerrados, más oligárquicos.¹⁸

17. Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916* (Buenos Aires: Sudamericana, 1998).

18. Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930* (Barcelona: Crítica, 1994).

Reflexiones finales

¿Cómo explicar el caudillismo? Hemos afirmado que el caudillismo nace de las guerras por la independencia, lo que implicó una ruptura. Lynch explica el caudillismo como un vacío de poder. La ruptura con España deja huecos que ocupar; la idea es que si hay un vacío de poder alguien lo tiene que llenar; se trata casi de una premisa en la política, que nada quede vacío. En términos generales esto es cierto, no hay duda. Pero es necesario expandir la explicación. Lo que dice Lynch es sencillo y cierto, pero simplificador. Un buen día desaparece la administración pública y alguien tiene que llenar el espacio político; alguien tiene que llenar un espacio que no puede quedar vacío y se puede llenar de múltiples formas.

El vacío del poder es una explicación general que no explica una serie de aspectos. Hay que enfatizar que las guerras por la independencia implicaron una doble ruptura: con España y con la cultura política. Aunque la cultura política de la monarquía hispana sufrió cambios radicales en las primeras décadas del siglo XIX. Hay que pensar que, desde las Cortes de Cádiz, desde los tiempos monárquicos o desde el nacimiento de las repúblicas independientes, se busca fundar un régimen representativo. Algo nuevo en la cultura política, iberoamericana primero e hispanoamericana después. No hay una tradición que lo ampare, como sí ocurrió en el nacimiento de los Estados Unidos. Se carece de una tradición en términos de imaginarios políticos, así como de prácticas. Es una gran debilidad que fue observada por varios pensadores de la época.

Las observaciones políticas de Edmund Burke nos ayudan a pensar en la problemática de la carencia de una tradición que ampare el sistema político. Edmund Burke es un destacado filósofo conservador inglés, contemporáneo y crítico de la Revolución

francesa. Burke decía que parte sustancial de la legitimidad de un régimen es la tradición, la repetición de prácticas a las que la gente se acostumbra, y que lo ideal es que si hay modificaciones se hagan poco a poco. Esta es su crítica fundamental contra la Revolución francesa, que según Burke no tenía sustento real y por lo tanto era muy peligrosa.¹⁹ Yo creo que una explicación burkeana puede funcionar en la América hispana.

La América hispana no tenía una tradición de gobierno representativo. Por ejemplo, en los Estados Unidos y las trece colonias existían los *townships*, una serie de prácticas políticas que después se empalmaron con las prácticas republicanas a partir de la independencia. Hay diferentes explicaciones de la independencia norteamericana –hay quienes dicen que lo que florece después de la independencia norteamericana son las prácticas coloniales, al estilo de Luis Hartz; otros, como Gordon Wood, dicen que es algo más radical.²⁰ No es mi deseo llenar de flores el modelo norteamericano, ya que parte de su éxito se relaciona con la permanencia de la esclavitud, y en la complicidad con el esclavismo radica buena parte de la problemática norteamericana hasta nuestros días. Pero es cierto que la tradición, débil o fuerte, le permitió al régimen federal representativo norteamericano ir por cauces más institucionales en su historia.

La explicación burkeana tiene sus límites. Darle mucha fuerza puede ser peligroso. Hay casos como el de Chile que de algún modo escapan al mundo de los caudillos que marcó la política de la mayoría de los países hispanoamericanos. En la década de 1830, Chile logró crear una suerte de tradición republicana conservadora, que se rompe en cierto momento por guerras civiles

19. Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (Indiana: Hackett, 1987).

20. Gordon Wood, *The Radicalism of the American Revolution* (Nueva York: Random House, 1993) y Louis Hartz, *The Founding of New Societies* (Nueva York: Harcourt / Brace and World, 1964).

decimonónicas que hacen que la continuidad republicana se vea en peligro. Algo que se nota con toda claridad en el siglo xx de fuertes rupturas democráticas en Chile. Pero el Chile del siglo xix, desde un ángulo hispanoamericano, para muchos historiadores es un caso atípico. ¿Cuál es la explicación que se ofrece para el caso chileno? Revisemos brevemente este punto.

Para muchos el éxito del republicanismo en Chile se relaciona con una división de la elite chilena, con el hecho de que después de la reelección de un presidente luego de un periodo de diez años tiene que haber un nuevo personaje en el gobierno, y eso se logró para algunos con la presidencia de Manuel Bulnes, héroe de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Bulnes, después de diez años, deja la presidencia creando una suerte de tradición chilena bajo un control conservador y un ejecutivo fuerte. Digamos que el tema de las tradiciones también adolece de cierta debilidad conceptual, porque una tradición puede ser interrumpida pero también puede ser creada y, con el paso del tiempo, aceptada.

Bibliografía

- Aljovín de Losada, Cristóbal. “República y conservadurismo católico”. *Discursos del Sur, Revista de teoría crítica en Ciencias Sociales*. Lima, n.º 5 (julio del 2020): 31-66. <https://doi.org/10.15381/dds.v0i5.18142>.
- *Caudillos y constituciones. Perú 1821-1845*. Lima: IRA / Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Botana, Natalio. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Burke, Edmund. *Reflections on the Revolution in France*. Indiana: Hackett, 1987.
- Carmagnani, Marcello. *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*. Barcelona: Crítica, 1994.

- Chiaromonte, José Carlos. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- Clark, Christopher. "The New Catholicism and the European Culture Wars". En *Culture Wars Secular-Catholic in Nineteenth-Century Europe*, editado por Christopher Clark y Wolfram Kaiser, 11-46. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- Guerra, François. *Modernidad e independencia: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Halperin Dongui, Tulio. *Revolución y guerra; la formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1972.
- *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1969.
- *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Hartz, Louis. *The Founding of New Societies*. Nueva York: Harcourt / Brace and World, 1964.
- Leal Curiel, Carole. "De los muchos, uno: el federalismo en el espacio iberoamericano". En *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, dirigido por Sebastián Javier Fernández. Madrid: Fundación Carolina / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Centro de Estudios Políticos y constitucionales, 2009.
- Lynch, John. *Caudillismo en Hispanoamérica 1800-1850*. Madrid: Mapfre, 1993.
- Meyer, Jorge. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Wood, Gordon. *The Radicalism of the American Revolution*. Nueva York: Random House, 1993.

La *banana republic*: imaginarios bananeros de la identidad hondureña representados en tarjetas postales

Jorge Alberto Amaya Banegas
Profesor de Historia
Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM)

*La República de Honduras, tal como está diseñada
en la Constitución, no es una República para el común,
es una República de la propiedad, es para proteger
a la propiedad privada.*

Manuel Gamero,
periodista hondureño (QDDG)

Dedico este trabajo a mis amigos y camaradas
Guillermo Varela, Arnulfo Ramírez y Edgar Soriano.

Introducción

El presente trabajo forma parte de un estudio más amplio en el que estamos investigando y abordando diferentes imaginarios y representaciones sociales que se han forjado en Honduras a partir de iconografías plasmadas en tarjetas postales a lo largo del siglo xx y en lo que va del xxi. En este caso nos interesa examinar cuáles son algunos de los imaginarios expresados en torno de lo que hemos denominado “postales bananeras”, es decir, las cartas

y tarjetas postales que sitúan sus representaciones en ámbitos que fueron controlados por el capital transnacional de las compañías bananeras, pero también las que corresponden al ámbito del “enclave minero” de la compañía Rosario Mining Company, instalada en San Juancito, próximo a Tegucigalpa, en 1880, y propiedad del magnate neoyorquino Washington Valentine.

En este sentido, es de nuestro interés poder explorar y problematizar algunos puntos esenciales del tema en cuestión, entre otros: ¿cómo contribuyeron estas imágenes a crear una idea interna y externa de Honduras como el arquetípico país *banana republic*?, ¿cómo intentaban expresar la introducción de la noción de Modernidad en el país?, ¿cómo esas postales “bananeras” plasaban discursos y dicotomías como civilización *versus* barbarie?, ¿cómo era representado el producto –el banano como tal– en las postales?, ¿de qué modo se representaba al proletariado obrero y al paisaje rural y urbano del entorno bananero?

El acervo documental que ha servido de soporte para el análisis de este estudio proviene de varias fuentes, sobre todo colecciones privadas a las que he tenido acceso, como la colección fotográfica del poeta José González Paredes y la de tarjetas postales del artista fotógrafo Jorge Handal, el archivo del artista fotógrafo Guillermo Bulnes de La Ceiba, además de mi propia colección privada de tarjetas postales. Asimismo, se han consultado fondos provenientes de las colecciones de sitios de internet como eBay y Delcampe.

Aproximación al concepto de la *banana republic*

El término *banana republic* es hoy de uso corriente. Ha sido incorporado a los diccionarios de lengua inglesa con tres connotaciones distintas aunque complementarias: a) país pequeño, especialmente en América Central, especializado en la exportación de bananas (o de otro producto tropical); b) país dominado por

intereses extranjeros, representados por unas pocas compañías dueñas de grandes concesiones; y c) país con un gobierno inestable, usualmente dictatorial, en el que se presentan revoluciones frecuentes o golpes de Estado y una continua presencia de los militares en la política.¹

Asimismo, *banana republic* es un término peyorativo que se usa para referirse no solo a un país considerado políticamente inestable, sino también empobrecido y atrasado, cuya economía depende de unos pocos productos de escaso valor agregado (simbolizados por las bananas), gobernado por un dictador o una junta militar que encabezan un Ejecutivo muchas veces autoritario o fraudulentamente legitimado. A estos países también se los suele llamar “republicuetas bananeras”.

Otro rasgo notorio de este estereotipo es que en la “república bananera” la corrupción constituye una práctica corriente en cada aspecto de la vida cotidiana; que la desobediencia de las leyes es algo común. También suele identificarse como característica el poder casi absoluto que ejerce sobre el gobierno de ese país una gran empresa extranjera (o varias de este tipo), ya sea mediante sobornos a los gobernantes o por simple ejercicio de su poder financiero, apoyando a las élites o a la oligarquía local en la defensa de la ideología imperialista e impulsando un discurso anticomunista a través de los medios.

El término *banana republic* fue acuñado por O. Henry, escritor de cuentos cortos y humorista estadounidense que, entre 1896 y 1897, se estableció durante varios meses en la costa norte de Honduras, en la zona bananera, cerca de La Ceiba. La experiencia y las aventuras que allí vivió, así como las historias de los campos

1. Véase Héctor Pérez Brignoli, “El fonógrafo en los trópicos: sobre el concepto de *banana republic* en la obra de O. Henry”, *Revista Iberoamericana*, Berlín, Instituto Iberoamericano, vol. 6, n.º 23 (2006): 127-142.

bananeros, le sirvieron de inspiración para escribir en 1904 la novela *Cabbages and Kings* (*Repollos y reyes*), en la que retrata momentos de la vida de unos personajes que habitan la República Centroamericana de Anchuria (una caricatura de Honduras), donde la sociedad está al servicio de las compañías bananeras.

Además de O. Henry, también Eugene O'Neill –otro importante literato estadounidense, a la sazón premio Nobel de Literatura– contribuyó al montaje de discursividades que alimentaron el mito de Honduras como esencia de la *banana republic*. Entre finales de 1910 e inicios de 1911 O'Neill vivió en Honduras, alternando entre San Juancito y Tegucigalpa, adonde se había afincado escapando de las responsabilidades de un matrimonio frustrado; en Honduras se dedicó a buscar fortuna lavando oro. Pronto contrajo malaria, y tuvieron que trasladarlo en mula hasta Tegucigalpa; ahí lo alojaron para su recuperación en el antiguo edificio de la embajada (donde estaba el Viejo “Hotel McArthur”). En su convalecencia, O'Neill se dedicó a escribir algunos de sus primeros textos, infortunadamente, retratando a Honduras –según el parecer de don Julio Escoto– como “un infierno”. Por supuesto, pocos extranjeros han escrito tan dura y maliciosamente sobre el país como este gringo. Una de sus “perlas” fue la siguiente: “Después de haber estado en todas las diferentes zonas de este país me rindo a la idea fija de que Dios obtuvo la inspiración para el infierno solo tras haber creado a Honduras”.² Unos días después, en carta remitida a su hermana, firmada el 15 de mayo de 1910, despotrica con odio contra los hondureños, expresando que eran “El más bajo, perezoso, el más ignorante puñado de bípedos descerebrados que jamás haya contaminado la tierra”.³ Y remata diciendo:

2. Citado en Julio Escoto, “Con ojos ajenos”, *Revista Imaginación*, San Pedro Sula, Centro Editorial, etapa III, n.º 7 (2016): 80.

3. Escoto, “Con ojos ajenos”, 80.

Hasta que algún justo destino se cansa de observar los tantaleos en la oscuridad de esta larva humana y entonces los extermine; hasta que el universo sacuda a estos piojos de sus costados, Honduras carece de futuro, sin esperanza de ser otra cosa que lo que es al presente –una Siberia de los trópicos–.⁴

En suma, esta imagen ha sido la que ha imperado en gran parte del extranjero con respecto a Honduras, la cual se convirtió, en el imaginario internacional, en la arquetípica *banana republic*. De manera que el peso de la injerencia bananera en la economía y la política del país, así como la descomunal fuerza del capital transnacional, sirvieron para que la imagen de Honduras como una sociedad “bananera” fuera divulgada también a través de las tarjetas postales; así, una gran cantidad de postales de esta temática fueron diseminadas por el mundo, exportando la imagen de Honduras como una *banana republic* por antonomasia. Por ello, este apartado dedicado en nuestro ensayo a las postales bananeras es de los que tiene más extensión, debido a la profusión de postales que se publicaron; en fin, tuvimos que hacer una exhaustiva selección para mostrar un panorama general de los imaginarios que se quisieron divulgar a través de estas postales, los cuales la mayoría de las veces iban en consonancia con los intereses de las compañías bananeras transnacionales.

El grado de hegemonía que alcanzaron estas compañías fruteras sobre nuestros países fue aplastante. En la práctica, las naciones que quedaron sometidas al poder de las bananeras se convirtieron en “apéndices” o en “enclaves” de esas empresas y del imperialismo norteamericano. Para ilustrar esa aseveración, citamos el comentario de uno de los oficiales del cuerpo de Marines estadounidenses que fueron usados por las compañías

4. Escoto, “Con ojos ajenos”, 80.

bananeras para sofocar rebeliones, huelgas o para obligar a las élites locales a ponerse al lado del capital extranjero; nos referimos al general Smedley Butler:

He servido durante treinta años y cuatro meses en las unidades más combativas de las Fuerzas Armadas estadounidenses: en los Marines. Tengo la sensación de haber actuado durante ese tiempo de bandido altamente calificado al servicio de las grandes empresas de Wall Street y sus banqueros. En otras palabras, he sido un pandillero al servicio del capitalismo. [...] En 1923 “enderecé” los asuntos en Honduras en interés de las compañías fruteras estadounidenses... Cuando miro hacia atrás considero que pude haber dado a Al Capone algunas sugerencias. Él, como gánster, operó en tres distritos de una ciudad. Yo. Como *marine*, operé en tres continentes.⁵

Ha sido tan fuerte el peso del término *banana republic*, que incluso recientemente su connotación se ha extendido a sinónimo de corrupción y manipulación en la política. El conocido economista Paul Krugman escribió hace poco: “many states [en los Estados Unidos] are being run like *banana republics*”, mientras que un biólogo aplicó el término para caracterizar la forma en que en los Estados Unidos se distribuían los fondos para investigación en ese campo.⁶ Y en 1998 un descorazonado periodista (Aníbal Antonio Romero Sanabria) comentaba titulares de la prensa paraguaya en que se aseguraba, citando al *Washington Post*, que Paraguay era la “última república bananera”.⁷

5. Véase Hans Schmidt, *Maverick Marine: General Smedley D. Butler and the Contradiction of American Military History* (Lexington: University Press of Kentucky, 1987).

6. Gregory A. Petsko, “Comment: Banana Republic”, *Genome Biology*, vol. 3, n.º 12 (2002).

7. Aníbal Antonio Romero Sanabria, *De la tierra sin mal a la... Republiqueta Bananera* (Asunción: edición del autor, 1998).

El otro término asociado con el que se conoció la incursión de Honduras al capitalismo mundial a través de la economía bananera fue el de enclave, el cual alude a la situación de sometimiento de un Estado por otro o por parte de corporaciones, es decir, de la inserción de “un Estado en otro Estado”; esta perspectiva fue desarrollada especialmente en América Latina, y fue conocida como “la teoría de la dependencia”, por autores tales como Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, quienes teorizaban que el desarrollo de los países centrales (Estados Unidos y Europa), se basaba en la explotación y expoliación de los recursos de los países periféricos.⁸

La noción de *banana republic* para caracterizar a Honduras no solamente fue funcional en el siglo xx, sino que incluso en la actualidad tiene eco y repercusión a nivel interno y a nivel internacional, y se manifiesta tanto en la vida política como en aspectos diarios de la vida.

Por poner un ejemplo cotidiano, en el ámbito futbolístico, en el año 2013, en el marco de las eliminatorias para el Mundial de Brasil 2014, el polémico periodista mexicano David Faitelson, previo al partido entre México y Honduras en el Estadio Azteca, publicó una fotografía con un mazo de bananos en la mano, mientras sus compañeros de tertulia reían como monos, evidentemente mofándose de Honduras y los hondureños. Por infortunio para ellos, Honduras dio el batacazo en ese *match*: lo ganó 2 a 1 e hizo realidad lo que desde entonces se conoce como “el aztecazo” propinando a dicha selección una de sus mayores humillaciones futbolísticas.

8. Cfr. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005).



Figura 1. David Faitelson burlándose de los hondureños al posar con un mazo de bananos.

Fuente: Aristegui Noticias, Denuncian a David Faitelson por promover el odio contra Honduras, <https://aristeguinoicias.com/0911/kiosko/denuncian-a-david-faitelson-por-promover-el-odio-contra-honduras/>, acceso el 15 de marzo del 2021.

El mismo Estado de Honduras, a través de uno de sus emblemas, se arrogó ese “imaginario bananero” cuando en 1943 mandó a emitir una serie de sellos postales con la estampa de una mata de bananos, reconociendo por ende su territorio, paisaje, identidad e historia vinculados al cultivo de bananos.



Figura 2. Estampilla de la colección de sellos postales emitida por la República de Honduras en 1943 en la que sobresale el banano como símbolo de la cultura, historia e identidad hondureña.

Fuente: <https://www.delcampe.net/es/coleccionismo/sellos/honduras/search>

Asimismo, en la esfera de la producción artística y cultural, varios intelectuales y artistas hondureños, a lo largo del siglo xx, han creado obras que recurren al tópico de la presencia bananera en los imaginarios y mentalidades colectivas catrachas; uno de ellos, el renombrado artista Arturo López Rodezno, fundador en 1940 de la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) y forjador de las estéticas y vanguardias artísticas hondureñas en los años cuarenta, aportó una de las primigenias obras pictóricas de temática bananera, en la cual se hace una lectura interesantísima de la posición y lugar del banano dentro de la nación: es una estampa o dibujo al grafito en el que posa una mujer desnuda (obviamente, la metáfora es Honduras o, mejor, la Madre Patria), en medio de un campo cubierto de bananos.⁹

Naturalmente, la exposición de la mujer desnuda en el bananal sugería que Honduras, como territorio virginal y sin desarrollo, se “ofrecía” al destino de las compañías bananeras para convertir al banano en la fuente de su futura “riqueza”. Es decir, se repiten los mismos tópicos e imaginarios que sobre Nuestra América se han reiterado desde la Conquista europea.

Por otro lado, con relación a la literatura, algunas de las principales obras hondureñas están inspiradas en la temática bananera: la más antigua es la novela antiimperialista *Prisión verde* de Ramón Amaya Amador, obra fundamental y referencia obligada en los estudios sobre literatura bananera de América Latina, junto a *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas, y el *El Papa verde* de Miguel Ángel Asturias. La otra más reciente es la magistral novela de Roberto Quesada *Los barcos*, publicada en los años ochenta.

9. Remitimos a la imagen en cuestión, dibujo a lápiz reproducido en Joel Barahona, “Arturo López Rodezno y su aporte a la identidad nacional”, *Revista Arte&Cultura* (CAC-UNAH), Tegucigalpa, vol. I, n.º 1 (junio-diciembre del 2014): 44-60, concretamente en la p. 56. [N. de E.]

Igualmente, en la producción cinematográfica hondureña destaca una obra trascendental donde se desafía e interpela el significado del mito de la *banana republic*, cuando se filmó la irreverente película *Utopía*, del famoso cineasta chileno Raúl Ruiz, en 1975. Efectivamente, Raúl Ruiz¹⁰ llegó a Honduras procedente de Francia, donde se encontraba exiliado, y filmó la película *Utopía*. La película, titulada en francés *Le corps divisé et le monde à l'envers*, fue otra obra –además de experimental– sorprendente, irreverente y única dentro de la cinematografía hondureña de todos los tiempos, rayando en lo que el cineasta hondureño Carlos Ordóñez ha denominado como la “cinematografía del absurdo”.¹¹ En efecto, *Utopía* es una historia no solo irreverente y atrevida, sino que está fuera de todo paradigma dentro de la cinematografía que se solía hacer en América Latina por aquella época. La escena inicial es de por sí insolente y transgresora: en ella aparece un indígena hondureño –óigase bien– ¡cagando bananos! En un país caracterizado peyorativamente como *banana republic* y con una oligarquía sumisa y supeditada al imperialismo yanqui, esta escena resulta absolutamente rebelde y perturbadora a los ojos de una sociedad conservadora y santurróna.

10. Raúl Ruiz nació en Puerto Montt, Chile, en 1941. Después del golpe de Estado de 1973, se radicó en Francia, país en el que alcanzó notoriedad internacional a principios de los años ochenta con películas como *Las tres coronas del marinero* (1983) y *La isla del tesoro* (1985).

Se destaca por su amplia producción cinematográfica, ha dirigido más de doscientas películas, en las que se alternan los formatos 35 mm, 16 mm y video, entre las cuales también figuran superproducciones con grandes estrellas europeas y norteamericanas como John Malkovich, Marcello Mastroianni, Catherine Deneuve o John Hurt. Durante un tiempo formó parte de una generación de directores chilenos políticamente comprometidos, como Miguel Littín y Helvio Soto, pero gradualmente se le catalogó como un autor distinto, que creaba películas cada vez más intelectuales, surrealistas, irónicas y experimentales. Es considerado por muchos como el cineasta chileno más importante de la historia.

11. Carlos Ordóñez, “Utopía: el espejo roto de la hondureñidad”, *Revista Nosotros*, Tegucigalpa, año I, n.º 1 (abril del 2009): 40-41.

En concreto, es difícil exponer el argumento de esta obra, pues incluso originalmente carecía de guion, pero en general, Ordóñez describe sobre *Utopía* lo siguiente:

La película plantea como tesis dramática la desnudez del absurdo imperante en nuestros países latinoamericanos, tomando como punto de partida el *modus vivendi* de los hondureños, rodeados de la miseria cultural, de la politiquería, del salvajismo, de lo bucólico, lo onírico. Esta película, incluso, bien tiene un dejo quijotesco, expuesto en el hecho de que, si existe trama, la trama es muy simple... la historia de *Utopía* es solo la de dos personajes, Eduardo (Eduardo Bähr), y un vendedor (Fosi Bendeck), que buscan a un amigo por todo el país hasta que dan con la confirmación de que ha muerto.¹²

Además de lo anterior, Ordóñez también distingue otros aspectos y escenas “del absurdo” que simbolizan elementos importantes de nuestra identidad y cultura política, como por ejemplo la escena de un político encerrado en un gallinero, otra escena de un pueblo hondureño donde se caga plátanos y otra más donde se exhibe el trueque de aceite de tiburón por una linterna. En general, todas estas escenas, por absurdas o irreales que parezcan a espectadores de otros contextos –como al público estadounidense o europeo–, en verdad suelen ser historias cotidianas en países como Honduras. En este sentido, pues, la película *Utopía* linda entre esa “cinematografía del absurdo” y por supuesto con las temáticas que para esa década del setenta ya empezaban a explotar los autores del *boom* del realismo mágico latinoamericano como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y otros más.

En todo caso, *Utopía* también parecía responder a un diálogo con las tendencias cinematográficas en boga en el resto de América Latina, especialmente con el llamado “Nuevo cine”, una perspectiva cinematográfica de tendencia social, que proponía un

12. Ordóñez, “Utopía”, 41.

cine crítico, realista, antiimperialista y revolucionario, divorciado de las prácticas monopólicas del cine de Hollywood. A este cine también se le llamó “cine de la pobreza” o “estética del hambre” según Glaubert Rocha; Julio García Espinoza lo denominó “cine imperfecto”¹³ y Octavio Getino y Fernando Solanas lo llamaron “tercer cine”,¹⁴ pero en general se conoció simplemente como “Nuevo cine latinoamericano”.



Figura 3. Fotograma de la película *Utopía*, donde se aprecia la escena del indígena hondureño defecando bananos.

Fuente: película *Utopía*: www.youtube.com

En suma, el filme *Utopía*, más allá de los cúmulos de facetas surrealistas planteadas en la cinta ya reiteradas por la crítica, plantea con esa escatológica escena inicial del indígena defecando bananos una abierta crítica contra la construcción discursiva peyorativa que el imperialismo norteamericano concibió para Honduras y otros países de la región al atribuirle el mote de *banana republic*. No hay que olvidar las recientes declaraciones del expresidente Donal Trump al referirse a El Salvador y otros países centroamericanos como “países de mierda”. Es como si la escena dijera –parafraseando el verso del escritor hondureño Oscar Esquivel–: “De este estiércol nacerá la flor”...

13. Julio García Espinosa, “Por un cine imperfecto (Veinticinco años después)”, en *La doble moral del cine* (Bogotá: Editorial Voluntad, 1995).

14. Octavio Getino, *Cine latinoamericano* (Ciudad de México: Editorial Trillas, 1990).

Por otro lado, en lo que va del siglo XXI, varios procesos de carácter estructural, como la incidencia del narcotráfico, la expansión de la violencia, la entronización de las pandillas juveniles conocidas como “maras” y la corrupción, han acentuado la inestabilidad social y política que han evidenciado la fragilidad del Estado, por lo cual varios científicos sociales hasta afirman que Honduras es un “Estado fallido”. Sin embargo, dos acontecimientos políticos han marcado de nuevo la visión de Honduras como la típica *banana republic*. Desde luego, el primero fue el golpe de Estado de 2009 contra el presidente constitucional José Manuel Zelaya Rosales; el segundo fue el fraude electoral de noviembre de 2017, mediante el cual el oficialista y conservador Partido Nacional, liderado por el dictador Juan Orlando Hernández Alvarado, más conocido como JOH, ejecutó un colosal fraude (reconocido por instancias como la OEA y los demás partidos de oposición) contra el virtual ganador de las elecciones, la Alianza de Oposición contra la Dictadura, liderada por Salvador Nasralla y el ex presidente Manuel Zelaya Rosales. Estos dos episodios han mancillado la dignidad y la imagen del país a escala regional e internacional, resucitando el estigma de Honduras como la típica *banana republic*. Recientemente por ejemplo, a partir del fraude electoral, un artículo describía a Honduras como “el Jurassic Park de América Latina”.¹⁵

En suma, como afirma el Padre Melo (SJ), de nuevo se ha impuesto en Honduras la geopolítica imperial por sobre los dinamismos nacionales. De nuevo ha pesado en Honduras la lógica de la *banana republic*. Los asuntos hondureños se definen sin el país, fuera del país y en contra del país. El Departamento de Estado y el Comando Sur decidieron cerrar filas en contra del peligro que para ellos supone un gobierno de centro-izquierda al mando de Salvador Nasralla y “Mel” Zelaya.¹⁶

15. Roberto Regalado, “Honduras: el Jurassic Park de América Latina”, 8 de diciembre del 2017, acceso el 17 de marzo del 2021, <https://www.alainet.org/es/articulo/189722>.

16. Padre Melo, “Un fraude con sabor a Golpe de Estado con modalidad electoral”, 2 de marzo de 2018, acceso el 17 de marzo de 2021, <https://www.resumenlatinoamericano.org/2018/03/02/honduras-un-fraude-con-sabor-a-golpe-de-estado-con-modalidad-electoral/>.

El enclave bananero

El desarrollo del enclave bananero en Honduras ligó de manera definitiva el país al comercio capitalista internacional a principios del siglo xx, proceso que coincidió con la transición a una fase superior del capitalismo determinado por el surgimiento del capital monopolista. Por otro lado, hacia finales del siglo xix y principios del xx, la producción minera hondureña y mundial entró en receso y paralelamente comenzó a hacerse patente la creciente importancia de la producción y comercialización del banano en la costa norte del país.

En esta primera etapa, el control de la producción bananera estaba aún en manos de pequeños y medianos productores hondureños y extranjeros. No obstante, a principios del siglo xx, una serie de factores tanto internos como externos determinaron que la producción y comercialización del banano fuera absorbida totalmente por el capital estadounidense. El aumento del volumen de las embarcaciones, su más rápido desplazamiento, la aparición del transporte refrigerado y la mayor demanda de bananos del mercado consumidor estadounidense provocaron que a principios del siglo xx, los comercializadores estadounidenses de bananos se convirtieran en plantadores directos en Honduras con lo cual se dio inicio al desarrollo del enclave bananero en Honduras.¹⁷

En resumen, durante la primera etapa de la producción bananera en Honduras, las compañías bananeras solamente controlaban la comercialización de la fruta, mientras que eran los hondureños los que controlaban su cultivo y producción. Sin embargo, desde principios del siglo xx las compañías estadounidenses pasaron a controlar la producción y la comercialización del banano merced a la inversión de sus capitales en el

17. Mario Posas, *Luchas del movimiento obrero hondureño* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana EDUCA, 1981), 29.

establecimiento de compañías bananeras, lo cual también se vio favorecido por un amplio programa concesionario de parte del Estado de Honduras a dichos inversionistas estadounidenses.

La primera compañía bananera estadounidense que se estableció en el país fue la Vaccaro Brothers and Company en 1899, durante el mandato del presidente Terencio Sierra, la cual obtuvo una ventajosa concesión para dedicarse al cultivo del banano en La Ceiba. Posteriormente, en 1911, Samuel Zemurray, que fue el empresario bananero que más incidió en la vida política y económica del país durante ese tiempo, organizó la Cuyamel Fruit Company. Finalmente, en 1912, penetró en Honduras la United Fruit Company (UFCO), a través de sus subsidiarias, la Tela Railroad Company y la Truxillo Railroad Company, con lo cual se consolidó el establecimiento del enclave bananero en el país.

Si bien la producción y comercialización de banano en gran escala se inició desde principios del siglo xx, no es hasta la segunda década de ese siglo cuando dicho proceso alcanzó dimensiones importantes. De tal forma que para el año de 1924 Honduras se convirtió en el mayor exportador de banano del mundo, posición que mantuvo hasta el año de 1948. Según Kepner y Soothill, para el año de 1929 Honduras aportaba el 45,9% del total de la producción mundial de banano.¹⁸

Todo este éxito alcanzado por las compañías bananeras en Honduras respondió en gran parte a dos factores: el *régimen concesionario* facilitado por el Estado de Honduras a los inversionistas estadounidenses y el *caudal de inversión* de dichas compañías. Las concesiones que otorgó el Estado a las compañías para que estas se establecieran en Honduras fueron extremadamente generosas. En resumen, el régimen concesionario por lo general era el

18. Charles David Kepner y Jey Henry Soothill, *El imperio del banano. Las compañías bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe* (Madrid: Akal, 2015).

siguiente: uso gratuito de maderas y todo material existente en tierras nacionales para construcción de oficinas, bodegas y talleres para servicios de la ferrocarrilera de las compañías; exención de todo derecho fiscal o municipal establecido o que en lo sucesivo se estableciera, importación libre para toda maquinaria, carros, herramientas, rieles y todo lo necesario para la producción bananera; pero quizá el más importante, el usufructo de tierras nacionales a cambio de la construcción de ferrocarriles. En cuanto al caudal de inversión estadounidense en las compañías bananeras, el monto representó, en 1928, el 31 % del total de inversiones de los Estados Unidos en Centroamérica y Panamá.

De toda suerte, esta riqueza generada por las compañías bananeras era una *riqueza desnacionalizada*, y a pesar de que reportaba ciertos beneficios al país, la enorme cuantía de los recursos obtenidos de la producción y comercialización del banano era reexportada a los Estados Unidos. Por esta razón es que Honduras recibió el apelativo de *banana republic* por antonomasia, imaginario que fue reproducido ampliamente en las tarjetas postales, tal como se verá en la sección que estamos reseñando.

De esa forma, las empresas transnacionales (mineras y bananeras) lograron controlar lo sustancial de la economía de Honduras, ya que aparte del control ejercido por ellas sobre los principales productos exportables del país, *también controlaron el incipiente sector industrial y comercial del país* en ese tiempo. Así, las compañías transnacionales tuvieron bajo su control las principales fábricas del país, los ingenios azucareros, la producción eléctrica, las flotas que trasladaban el banano y el más importante aún: el de convertirse en prestamista de los gobiernos de ese entonces o ser los financistas de las guerras civiles en el país con el propósito de colocar presidentes que recompensaran y gratificaran sus necesidades económicas esenciales. Por todo lo anterior, las compañías transnacionales,

en virtud de su capacidad empresarial y de los capitales de que dispusieron, lograron copar el espacio económico del país a través de *economías de enclave*, es decir, dominando casi por completo el panorama económico, político y social del país.

Los imaginarios de la *banana republic* en las tarjetas postales hondureñas

Con respecto a la temática de las postales bananeras, el repertorio es posiblemente de los más relevantes en la historia de las tarjetas postales hondureñas, en vista de que fueron de las series más ampliamente reproducidas y difundidas, expresando por lo tanto una imagen bastante estereotipada del país como *banana republic*.

Las imágenes son variadas y manifiestan varios significados que queremos resaltar. En primer lugar, hay un conjunto de postales que muestran simplemente los racimos de bananos; en estas imágenes el banano ocupa el sitio principal. Muchas de esas postales fueron mandadas imprimir por las mismas compañías bananeras, como la Standard Fruit Company y la United Fruit Company a través de sus subsidiarias la Tela Railroad Company y la Truxillo Railroad Company, desde los años veinte hasta la segunda mitad del siglo xx. El objetivo era difundir propaganda del producto por excelencia que producían y exportaban las compañías fruteras. Por lo tanto, son postales donde el elemento humano –el obrero trabajador hondureño o “campeño”– está totalmente ausente. En este sentido, tal como analizó para el caso costarricense el historiador Enrique Camacho Navarro,¹⁹ con estas postales de racimos de bananos se promocionaba la idea de un futuro esperanzador sustentado en los frutos tropicales. De este modo, mediante la lectura de postales en las que la temática

19. Cfr. Enrique Camacho Navarro, “Memorias de Costa Rica. Imaginarios en tarjetas postales”, *Revista Tzinzunt*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe (UNAM), n.º 55 (enero-junio del 2012).

gira alrededor del cultivo del banano, se puede evidenciar la existencia de un discurso visual que formularía una propuesta de imaginario en la cual los mensajes auguraban un futuro optimista y promisorio para Honduras a través de los bananos.

Este tipo de postales de racimos de bananos fueron tan recurrentes que aún se imprimían a finales del siglo xx (como por ejemplo una editada por la Librería Evangélica de San Pedro Sula en los años setenta), o bien a principios del siglo xxi por la empresa IMAPRO de la ciudad de El Progreso, el corazón de la producción bananera, denotando el peso del banano como “imaginario de la nación” aún en la actualidad.

Este tópico de las “postales de racimos de bananos” era asimismo fundamental para las empresas fruteras como la UFCO y la “Standard” porque desde la primera mitad del siglo xx la producción de la mercancía se enfrentó al desafío de producir un mercado de consumo que fuera capaz de absorber niveles de producción de escala industrial. Para hacer sostenibles altos niveles de producción, la empresa requirió de un público ávido del producto y del consumo.

Para producir el deseo de consumir bananas, la UFCO utilizó todas las herramientas propias de la “sociedad de masas” del siglo xx: los medios de comunicación de masas inauguran inimaginables alternativas para llegar a grupos de población utilizando los progresos técnicos a través de un discurso publicitario adecuado a las necesidades de los consumidores y de la empresa. La compañía generó así un aparato publicitario de primer nivel: afiches, dibujos animados, documentales, libros, música, personajes (el más eficaz fue sin duda el personaje de “Carmen Miranda” identificada también como “Chiquita Banana”) y por supuesto tarjetas postales.²⁰

20. Camila Silva Salinas, 4 de diciembre del 2007 (6:58), “La United Fruit Company, construcción cultural del consumo y defensa armada del capital”, http://debananasybatallas.blogspot.com/2007_12_01_archive.html.

Carmen Miranda, cantante brasileña identificada con “Chiquita Banana”, será entonces uno de estos claros estereotipos que trascienden largamente la estrategia mercantil de la UFCO, que más bien habla de una representación cultural creada, producida y difundida en los Estados Unidos. Esta imagen de los hondureños (y por extensión de los latinoamericanos) como personas eminentemente festivas, exóticas, lúdicas, sensualizadas y ociosas es parte del “sistema de argumentos que autorizaba la presencia y producción cultural de los estadounidenses en el extranjero, así como de su Imperialismo”,²¹ y que sobre todo consolidaba la identidad “del otro” en la diferencia y la lejanía. Tal exotismo establece una relación de poder entre ambas partes, al no tratarse de relaciones horizontales, sino de *una parte civilizada* y productora frente a *otra parte* lúdica y festiva, en una caricaturización cultural y una esencialización de la identidad latinoamericana. Como señalara Edward Said para la relación entre Oriente y Occidente, la visión *del otro* era una construcción preestablecida y, en ese sentido, los occidentales, en este caso los estadounidenses, ven lo que quieren ver, para describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él.²²

Por otro lado, el público al que se deseaba llegar era el ciudadano promedio de clase media norteamericano, cuyo nivel de ingresos le permitiera sostener un nivel de consumo constante. Para ello se utilizaba un “discurso de carácter pedagógico” que buscaba educar a la población en las bondades del consumo de bananas, destacando sus cualidades nutricionales, la rapidez y simpleza de su consumo, lo cual convertía al banano en un producto adecuado para toda la familia, en especial para los niños.

21. Véase Ricardo Salvatore, *Imágenes de un imperio: Estados Unidos y las formas de representación de América Latina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2006), 27.

22. Cfr. Edward Said, *Orientalismo* (Madrid: Debate, 2002).

Por otro lado, era necesario derribar prejuicios y mitos respecto al consumo de la banana, como por ejemplo, el que condenaba que las mujeres comieran plátanos en espacios públicos por una clara alusión sexual. Muy al contrario, la propaganda creada y difundida por la UFCO vio en las dueñas de casa de clase media uno de los personajes centrales a quienes dirigir su aparato publicitario, ya que a partir de la “conquista de las madres”, se procuraba imponer el consumo al resto de la familia. En suma, la UFCO se preguntó a través de esa publicidad en afiches y tarjetas postales: ¿quién se comería los plátanos producidos en Honduras y América Central? La respuesta que esperaban era que TODA Norteamérica –y desde luego el resto del mundo–.²³

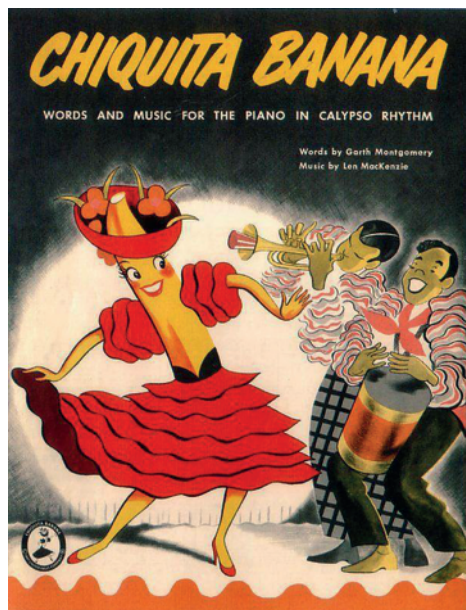


Figura 4. Carmen Miranda o “Chiquita Banana”, uno de los personajes publicitarios clave de la UFCO para imponer el consumo del banano en Norteamérica y el mundo.

23. Silva Salinas, “La United Fruit Company”.

La “sensualización” y “exotización” del cuerpo de las mujeres hondureñas habitantes de las regiones bananeras con la finalidad de explotar el mito del “Jardín del Edén” –similar a la función erotizante de Carmen Miranda– ha sido estudiada magistralmente por el historiador Kevin Coleman,²⁴ en una investigación sobre la obra del artista fotógrafo don Rafael Plateros, quien desarrolló su labor en la ciudad de El Progreso. En dicho artículo, Coleman comparte una estampa de un fotógrafo anónimo que trabajaba para la reconocida y popular revista *Life Magazine*, quien tomó un fotografía de una muchacha indígena hondureña (la “Eva tentada” la llamó el artista), cubriéndose con una hoja de banano gigantesca.²⁵

La revista *Life* fue pionera en el periodismo fotográfico y para 1938 tenía una circulación masiva de aproximadamente 80 000 suscriptores, con unas ventas adicionales de ejemplares al menudeo que alcanzaban el millón de copias.²⁶ Según Coleman, los tropos que guían esta “representación” del “Jardín de Edén hondureño” son la vergüenza de esconder el cuerpo ante los ojos del *otro*. La hoja vertical se convierte en esa foto en un significativo divisorio de la vergüenza y del órgano sexual masculino que visualmente intercepta el cuerpo de la mujer. Empero, la “vergüenza” es parcial y artificial en la medida en que la imagen ha sido claramente producida por el fotógrafo con la aparente complicidad y consentimiento del sujeto. La escala de la hoja de banano y la mujer que se utiliza para demostrar el aspecto “gigante” de esa hoja acentúan la proeza de la horticultura estadounidense, ofreciendo otro ejemplo del poder de la United

24. Kevin Coleman, “Una óptica igualitaria: autorretratos, construcción del ser y encuentro homo-social en una plantación bananera en Honduras”, *Revista Diálogos*, San José, Universidad de Costa Rica (UCR), Escuela de Historia, vol. 16, n.º 2 (julio-diciembre del 2015).

25. La imagen en cuestión puede verse en la galería de Getty Images (<https://tinyurl.com/n288zt78>). [N. de E.]

26. Coleman, “Una óptica igualitaria”, 151.

Fruit Company en Centroamérica. Es posible imaginar la reacción de algunos lectores estadounidenses: “¡Una sola hoja de banano empequeñece a esta dama de piel oscura!”.

Esta fotografía tomada por *Life* no era claramente un autorretrato y se tomó para los ojos de los espectadores estadounidenses. La mujer era un objeto para la vista de esos estadounidenses y calzaba dentro de los estereotipos que los estadounidenses tenían sobre los centroamericanos a inicios del siglo xx. Esta mujer es, para parafrasear a Homi Bhabha, un objeto apropiado “de una cadena de mando colonialista”, una versión autorizada de la otredad.²⁷ Esta visión estadounidense del “Paraíso” indica que la imagen busca retratar la “belleza” y la “inocencia” no de una sola persona, sino de un lugar y un pueblo (antes del pecado original). Y si la joven es de hecho un reflejo del país entero, entonces Honduras es “exótica, modesta, inocente y posiblemente curiosa” respecto de quien la mira. Aun así, también es precavida y no quiere revelarse completamente. Por tanto, estamos en presencia de una bien arreglada alegoría de las relaciones entre Estados Unidos y Honduras, una recreación de la mirada dominante estadounidense y de *la Honduras* que los norteamericanos deseaban ver: la *banana republic*.²⁸

La *banana republic* se transpone del país al texto y al ícono. Las relaciones capitalistas y neocoloniales no se codifican solamente de forma visual en este espécimen botánico y antropológico; fueron repetidas e intensificadas cuando el fotógrafo se iba con su negativo. Es muy probable que la modelo no recibiera ni dinero ni una copia de la imagen. En su lugar, la foto fue vendida a la revista, donde se unió a una sucesión de imágenes y textos que los lectores compraron y que ahora se pueden rentar en la

27. Homi K. Bhabha, *The Location of Culture* (Londres y Nueva York: Routledge, 2003).

28. Coleman, “Una óptica igualitaria”, 150.

compañía Getty Images por \$331. Esa foto se volvió parte de una más amplia gama de imágenes paisajísticas que alimentaron el apetito estadounidense por las aventuras imperialistas.²⁹

Finalmente, Coleman señala que a pesar de los mensajes explícitamente transmitidos por decisión del editor del pie de página de la foto y por los arreglos hechos por el fotógrafo de los participantes representados, es posible realizar una lectura no intencionada y antiimperialista de esta imagen. Mientras que la “naturaleza” y la “inocencia perdida” son significados intencionados, comunicados textual y visualmente, al mirarlos más detalladamente nos damos cuenta de que esos significados se contradicen por efecto de la casa o el edificio, que intencionalmente aparecen difusos por el uso de una toma más abierta de la fotografía. Incluso, aunque esas construcciones aparecen difusas, los bordes cuadrados y los aleros del techo sugieren la presencia de la “modernidad” y niegan la interpretación intencional de un “Jardín del Edén” o de una comunidad indígena “natural”. Otro detalle que pone en problemas la mirada imperialista es la presencia de un pedacito de la enagua de la mujer asomándose en la parte de abajo de la hoja: ¡ella no es una “india” desnuda, sino que tiene ropa! Estos detalles subrayan la naturaleza artificial de este hecho fotográfico, y revelan involuntariamente que la imagen fue hecha para los ojos estadounidenses, que querían ver una particular Honduras “tribal”. Así, lo que vemos y lo que un astuto espectador en 1925 podía mirar es el proceso de creación de la ideología cultural que suscribió las actividades de las compañías fruteras estadounidenses en Centroamérica.

Por otro lado, un segundo eje temático de las tarjetas postales del enclave bananero serán las imágenes que exponen el proceso del ciclo de producción: desde la cosecha y corte de bananos por parte de los obreros o campesinos (a quienes se denominaba como

29. Coleman, “Una óptica igualitaria”, 150.

“cortadores”), quienes realizaban una dura faena cortando la fruta con machete, para luego acarrear el banano en mulas o con bueyes hasta bodegas de los campos bananeros o fincas donde eran empacadas y depositadas en los ferrocarriles; de allí se conducían hasta los muelles por un ejército de “cargadores” que subían los bananos a los barcos de la “Gran Flota Blanca” en muelles como Puerto Cortés, Tela, La Ceiba y Trujillo en el litoral Caribe hondureño. Esta serie denotaba un gran proceso de “racionalización” de la producción en el sentido weberiano del término.

Finalmente, hay un tercer tópico temático en el cual se ve la impronta de la cultura estadounidense estampada y trasplantada a los espacios y territorios de la costa norte hondureña, manifestada en la arquitectura de los poblados bananeros; de este modo, en San Pedro Sula, La Lima, Puerto Cortés, El Progreso, Tela, La Ceiba, Olanchito y Trujillo se ven espacios urbanos construidos (o mejor reconstruidos) al estilo de la arquitectura victoriana del sur de los Estados Unidos (especialmente de la zona de Lousiana y del Medio Oeste del país), con casas y edificaciones de madera y techos de zinc, fabricadas en Estados Unidos y enviadas a Honduras para ser ensambladas *in situ*.³⁰

Los efectos sociales de la presencia de estas empresas fruteras en Honduras fueron profundos, modificaron la vida cotidiana en las plantaciones y los patrones culturales de las sociedades locales. Las plantaciones se extendieron profusamente entre 1900 y 1930, época en que la producción de bananas alcanzó mayor relevancia.

La primera reacción a la presencia estadounidense provino de parte de los mismos sujetos que vivían en contacto directo con la bananera en los enclaves de las Compañías. La introducción del

30. Este tema ha sido ampliamente estudiado por Daniela Navarrete. Cfr. *Diversidad patrimonial de las ciudades en Honduras* (Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAN), Colección Centros Históricos, 2008).

modo de producción capitalista modificó las prácticas económicas de los pequeños campesinos y comunidades indígenas de la región, estableciendo un nuevo concepto de trabajo remunerado con efectos de carácter social. Los trabajadores de las compañías, asentados en enclaves habitacionales especialmente contruidos para ellos, llamados en Honduras barracones –separados de las zonas residenciales americanas–, carecían por lo general de los mismos servicios con que se dotaba a los funcionarios gringos; esto llevó a la mano de obra de los campeños hondureños (indígenas y mestizos en su mayoría), así como a los inmigrantes negros de habla inglesa arribados desde Jamaica, a reivindicar sus derechos a través de huelgas, plantones y otras formas de protesta casi siempre reprimidas por las fuerzas de choque de las compañías y por las fuerzas represivas del Estado hondureño.

Es entre estos trabajadores que la UFCO comenzó a ser conocida como la “prisión verde” (en alusión a la novela de Ramón Amaya Amador),³¹ y que para los obreros simbolizó en ocasiones la oportunidad de sobrevivir con un trabajo, pero en otros momentos implicó un verdadero infierno o prisión: era la compañía la que daba trabajo, vivienda, salud, educación; y también imponía con mano dura orden, control, vigilancia y castigo. En este sentido, las fruterías llegaron a operar como un Estado paralelo, un Estado dentro de otro Estado, en cuanto cumplía funciones que los gobiernos locales eran incapaces de cumplir por múltiples motivos. Mientras tanto, para los funcionarios, administradores y trabajadores gringos especializados, la compañía recreó la sociedad estadounidense original, creando verdaderas ciudades separadas del resto (conocidas como la “zona americana”) que permitieran a sus funcionarios mantener un tren de vida similar al que vivían en Estados Unidos.

31. Véase Ramón Amaya Amador, *Prisión verde*, 26.º ed. (El Progreso: Editorial Ramón Amaya Amador, 2010).

Asimismo, en este eje temático exponemos un conjunto de tarjetas postales que expresan la idea de una especie de misión civilizadora de las compañías bananeras en Honduras, a través de imágenes que representan los “adelantos” y la “Modernidad” que son introducidos en Honduras por medio de una serie de prácticas culturales diversas y representativas: arquitectura de estilo *art nouveau*, sobre todo el estilo *art déco*, al igual que una gama de nuevas diversiones como “carreras de caballos”, los deportes norteamericanos como el béisbol, el golf; servicios modernos como los ferrocarriles (quizás el símbolo máximo de la Modernidad), automóviles, muelles, barcos (de nuevo la Gran Flota Blanca), avenidas y bulevares asfaltados, puentes de hierro (símbolo de la Revolución industrial), hospitales, escuelas bilingües, tiendas de raya o comisariatos, productos enlatados, hoteles, bares, cervecerías, restaurantes.

En este sentido, la producción de bananas se planteó por parte de las transnacionales en “términos civilizadores”, lo cual se reflejó en las tarjetas postales, destacando el progreso que la UFCO estaba introduciendo en Honduras y en los países centroamericanos, al impulsar “polos de desarrollo” en la región. Como parte de los esfuerzos por consolidar un mercado interno, se desarrolló por medio de la publicidad y de las tarjetas postales una serie de propaganda interna que difundía el “sentido civilizador” de la presencia de Estados Unidos en el panorama regional del istmo. De este modo, se difundieron millares de postales que transmitían este discurso civilizador y modernizador que intentaba potenciar el mercado interno y generar una imagen positiva en la opinión pública, en cuanto la empresa estaba supuestamente cumpliendo y aportando en la misión nacional de lograr el desarrollo y la Modernidad ante el resto del mundo. Por su parte, cuando las postales eran remitidas al exterior –especialmente a los Estados Unidos y a Europa–, se pretendía plasmar con ellas un referente para que los anglosajones percibieran la magnitud del progreso que traía la UFCO a estos territorios antes dominados por la “barbarie”.

Efectivamente, la parafernalia y la estética moderna que se visualizaban en las postales de temática bananera (con los paisajes urbanos modernizados al estilo del sur de los Estados Unidos), en las que se ilustraban estampas de calles y bulevares asfaltados, edificios de arquitectura moderna, ferrocarriles, automóviles, hoteles, restaurantes, diversiones modernas como el béisbol o el golf, etcétera, pretendían referir que las compañías bananeras habían llegado no solamente a subyugar y dominar los espacios selváticos de la costa norte hondureña, sino también que habían llegado a “civilizar” el cuerpo de los hondureños, insinuando que habitaban por tanto en la “barbarie”.

Finalmente, a pesar de la gravitación negativa que ha tenido el apelativo de *banana republic* sobre Honduras, tenemos que matizar que la realidad social e histórica del país es mucho más compleja que esa imagen anodina de “republicueta bananera” que ha querido atribuírsele al país; Honduras es más compleja y diversa; a lo largo de su historia, intelectuales, artistas y personajes populares se rebelaron contra la penetración del imperialismo y de las compañías bananeras, lucharon contra las injusticias generadas por la instalación de ese capitalismo extractivista importado con el enclave bananero; prueba de ello fueron las gestas patrióticas de Froylán Turcios en 1924 cuando enfrentó la invasión de los Marines yanquis en Tegucigalpa, la gran huelga bananera de 1954 o las luchas de los movimientos campesinos, sindicales, magisteriales y estudiantiles, y más recientemente el movimiento indígena liderado por la inmolada compatriota lenca Bertita Cáceres. A la memoria de todos esos patriotas que creyeron que Honduras es y debe ser más que una *banana republic* va dedicado también este ensayo. Que el mundo entero sepa entonces que ha habido y hay hondureños y hondureñas que resisten y defienden con dignidad, la soberanía y el derecho del Estado de Honduras a ser una república libre, soberana e independiente.

A continuación, para complementar el análisis teórico con el visual, pasamos a compartir una selección de tarjetas postales para intentar explicar a través de ellas el mito de la *banana republic* en Honduras.



Postal 1. Tarjeta postal impresa por encargo de la Standard Fruit Company, de finales de los años veinte. Este tipo de postales muestra simplemente los racimos de bananos, como si *per se* el banano fuera un “personaje” dotado de ser; en estas imágenes el banano ocupa el sitio principal. El objetivo era difundir propaganda del producto por excelencia que producían y exportaban las compañías fruterías; por lo tanto, son postales donde el elemento humano –el obrero trabajador hondureño o campeño– está totalmente ausente.

Postal 2. Otra magnífica fotografía de los años cuarenta, obra del emblemático artista fotógrafo de origen jamaicano Arnold Theodore Williams, quien vivió en La Ceiba, Atlántida, y se convirtió quizás en el principal documentalista visual de la época en la costa norte. Como se observa, se reitera la estampa de los racimos de bananos como emblemas del paisaje y rostro del territorio donde se asentaron las compañías transnacionales fruterías.





Postal 3. Hermosa postal coloreada, de principios del siglo xx, obra del artista fotógrafo hondureño don Rafael Ugarte, posiblemente el primer fotógrafo hondureño profesional, quien documentó el paisaje y territorio hondureño como pocos autores, y que ilustra la zona bananera de Puerto Cortés, con la vista de la Bahía y el Campamento de Grace. El exuberante paisaje, contrasta con la arquitectura de las casas de los *company towns*, al estilo estadounidense, con casas de madera y techos de zinc. Igualmente, la geografía costera se va ampliando con toponimias gringas y anglicismos, como este Campamento de Grace. Parte de la labor de los enclaves y de la imposición de la *banana republic* por parte de las compañías extranjeras era producir este traslape de objetos culturales.



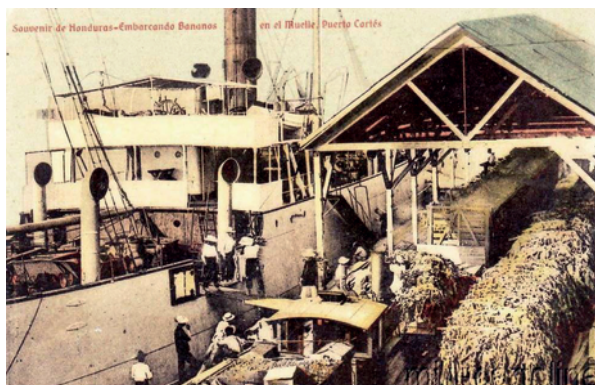
Postal 4. Tarjeta postal de la década de 1910, donde ya aparece una de las imágenes más recurrentes en las postales de temática bananera: el proceso de producción de la fruta conocida desde entonces en Honduras como “oro verde”. En este caso, se ve a obreros indígenas y afrodescendientes en la labor del corte de los racimos, para posteriormente trasladarlos a lomo de mulas o de bueyes a los vagones de los ferrocarriles, de ahí a los muelles, y de los muelles hacia los puertos de Norteamérica y del resto del mundo. Con estas representaciones se quería dar cabal idea del racional proceso de producción implantado por las bananeras, al estilo weberiano.



Postal 5. Otra sugestiva postal de los años veinte, con el epígrafe “Washing the Fruit Before Loading” [lavado de la fruta antes de la carga], que muestra otras interesantes facetas del proceso productivo que fue innovando la compañía bananera: además del trabajo de los obreros y de las mulas, se ve también un sistema más mecanizado –al estilo del fordismo– con la introducción de sistemas mecánicos de cables, llamados cables vías, para el traslado de los bananos a los ferrocarriles, con el fin de que la fruta se dañara menos y se incrementaran los estándares de calidad del banano.



Postal 6. Espectacular postal de 1930, del fotógrafo Williams, ya citado antes, que retrata con lujo uno de los momentos más relevantes del ciclo productivo de las bananeras: la llegada de los ferrocarriles con la fruta al muelle y el traslado de los racimos por obreros especializados, los famosos “muelleros”, que cargan a lomo y pasan la fruta de los vagones a los barcos anclados en el puerto, las legendarias embarcaciones conocidas como la Gran Flota Blanca.



Postal 7. Fascinante postal coloreada de los años veinte, titulada “Souvenir de Honduras: embarcando bananos en el muelle de Puerto Cortés”, que ilustra el proceso de embarques de bananos en las galeras y bodegas de los colosales barcos de la Gran Flota Blanca. Nótese que las racimos aún no se empacaban en las cajas como actualmente, sino que iban embalados para su protección con matas secas del mismo banano.



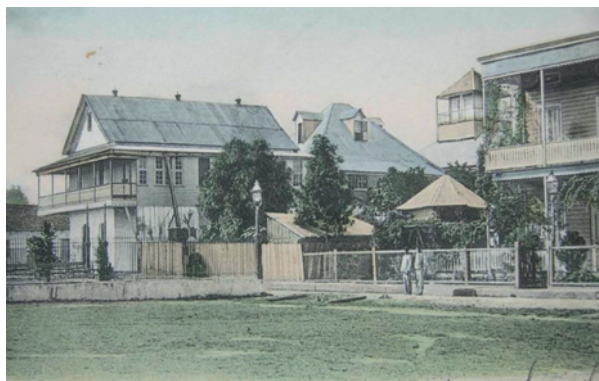
Postal 8. Interesante postal coloreada editada por el Bazar Italiano de La Ceiba, que ilustra en primer plano un puente de hierro sobre el cual posan un par de trabajadores de la Vaccaro Brothers and Company, posteriormente conocida como Standard Fruit Company, y a las orillas, las extensas plantaciones de bananos. La llegada de los ferrocarriles y de los puentes de hierro, símbolos principales de la Revolución industrial, marcaron parte de la llegada de la Modernidad a Honduras, y ese mensaje era relevante expresarlo por medio de tarjetas postales que mostraran la pujanza de las compañías fruteras y la instalación del mito de la *banana republic*.



Postal 9. Esta postal, obra de Theodore Williams, que sencillamente ilustra una vía férrea atravesando campos de cultivo o bananales, como se les llamaba en Honduras, tiene una potente carga simbólica: muestra cómo las compañías bananeras se imponían sobre la selva y la manigua del trópico centroamericano, viene a expresar la dicotomía entre “civilización y barbarie” y el arribo de la Modernidad a estas tierras antes yermas y bárbaras, al igual que en la Postal 8.



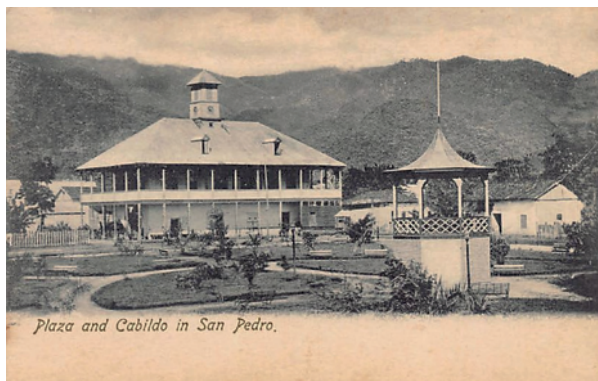
Postal 10. La llegada de las bananeras marcó también la trasplatación de elementos culturales estadounidenses a las regiones bananeras de Honduras, como se aprecia en esta tarjeta postal editada por E. Bombace & Hno., donde se aprecia el edificio del antiguo Cabildo Municipal de La Ceiba, construido en la típica arquitectura del sur de los Estados Unidos, de tipo victoriano, con materiales de madera y láminas de zinc, en contraste con la arquitectura tradicional de los pueblos del interior heredada de la Colonia, de casas de adobe o piedra y tejas. Estos nuevos edificios de los centros urbanos bananeros fueron copiados al estilo de la arquitectura de las zonas originarias de los funcionarios de las compañías fruteras, como Nueva Orleans, Mobile o Alabama.



Postal 11. Otra espectacular tarjeta postal de los años veinte editada por el Bazar Italiano de un conjunto de casas en una avenida de La Ceiba, en cuya acera posan dos guardias o serenos. El estilo arquitectónico delata inmediatamente la influencia de la arquitectura de estilo victoriano que se impuso en los *company towns*.



Postal 12. Postal de la década de 1930 que ilustra una avenida de la ciudad puerto de La Ceiba, con hermosas casas y mansiones de madera y techos de zinc, que resaltan de nuevo la idea de la trasplatación de la arquitectura del sur de los Estados Unidos a la costa norte de Honduras.



Postal 13. Hermosa postal de 1908 de la plaza y el cabildo de San Pedro Sula obra del estadounidense J. A. Doubleday. En ella se reflejan las tendencias de la influencia de la arquitectura norteamericana, sobre todo en el diseño del edificio del antiguo cabildo (sin duda importado de EE. UU.), así como en la estructura de la plaza, con tendencia a la moda de los parques ajardinados y el quiosco de estilo francés.



Postal 14. Extraordinaria y elegante tarjeta postal de la antigua Catedral de San Pedro Sula, que muestra la influencia de las iglesias neogóticas estadounidenses, especialmente reflejadas en el pórtico y en los ventanales laterales, rematados en arcos ojivales. Dicha iglesia, que fue la segunda que tuvo la ciudad, fue demolida y en su lugar se construyó la actual catedral monumental que ostenta con orgullo la “Ciudad de los Zorzales”.



Postal 15. Esta postal es sumamente sugestiva: nos ilustra en primer plano un conjunto de casas de La Lima, Cortés, uno de los asentamientos importantes de la United Fruit Company en las cercanías de San Pedro Sula. Las casas de madera y construidas sobre pilones, para prevenir los daños de las inundaciones, pertenecían a los funcionarios hondureños intermedios; por tanto, gozaban de mayores comodidades que las casas más modestas de los campesinos, conocidas como barracones.



Postal 16. Tarjeta postal de los años treinta del edificio principal de la Tela Railroad Company, una de las subsidiarias de la United Fruit Company en Honduras. Construido en 1916 en estilo *art déco*, este edificio, recién remodelado y convertido en Museo de la Historia Bananera de la ciudad portuaria, fue el epicentro de la actividad administrativa de dicha empresa en Honduras. Ahí se introdujo el sistema de contabilidad y administración de empresas moderna en el país, y en gran medida se fraguó el destino político y económico de la nación.

Postal 17. Importante tarjeta postal de los años cuarenta, obra del fotógrafo Theodore Williams, de la elegante y señorial mansión de los hermanos Vaccaro, fundadores de la Standard Fruit Company, en la ciudad de La Ceiba. Como se puede admirar, la residencia es una copia de las mansiones señoriales de Nueva Orleans –de donde procedían los Vaccaro–, en estilo palacete, antecedida por una avenida de palmeras, jardineras y arriates, como en las casas de los esclavistas del sur de los Estados Unidos.



Postal 18. Un barco carguero de bananos perteneciente a la flota de la Standard Fruit Company, conocida como la Vaccaro Line, en esta tarjeta postal editada por dicha empresa en 1925. Era tan trascendental el papel de los barcos que incluso eran protagonistas de la portada de una tarjeta postal, para mostrar a toda la población del planeta que estas embarcaciones eran las que lograban el prodigio de llevar las bananas a todo el mundo. La postal fue remitida desde La Ceiba hasta Chicago, curiosamente escrita en italiano, lo que nos recuerda el cosmopolitismo y la modernización que se experimentaban en estas zonas de influencia de la *banana republic*.



Postal 19. Una de las postales más hermosas: obreros cargando bananos en un barco en el muelle de Puerto Cortés en 1925. Esta faena de carga desde los vagones del ferrocarril hasta las bodegas de los barcos era de las más extenuantes y agotadoras, y las condiciones laborales, verdaderamente precarias, por eso fue en los muelles donde se fraguaron la mayoría de protestas y huelgas bananeras. Esa fue una de las respuestas reivindicadoras de los hondureños en contra de la cultura hegemónica de la *banana republic* impuesta por las compañías transnacionales.



Postal 20. Otra bella tarjeta postal, editada por Foto Casta, que muestra el bello y cuidado campo de golf de la ciudad de Tela, Atlántida. En cada distrito bananero importante, como La Lima, Tela y La Ceiba, los funcionarios gringos se esmeraron en instalar este tipo de recintos, como campos de golf, hipódromos, canchas de béisbol, etcétera, con el objetivo de trasplantar la cultura hegemónica a estos lares de la *banana republic*, e imponer su civilización sobre estas culturas a las que consideraban bárbaras.

Bibliografía

- Amaya Amador, Ramón. *Prisión verde*, 26.^a ed. El Progreso: Editorial Ramón Amaya Amador, 2010.
- Barahona, Joel. “Arturo López Rodezno y su aporte a la identidad nacional”. *Revista Arte&Cultura* (CAC-UNAH). Tegucigalpa, vol. I, n.º 1 (junio-diciembre del 2014): 44-60.
- Bhabha, Homi K. *The Location of Culture*. Londres y Nueva York: Routledge, 2003.
- Camacho Navarro, Enrique. “Memorias de Costa Rica. Imaginarios en tarjetas postales”. *Revista Tzinzunt*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe (UNAM), n.º 55 (enero-junio del 2012): 205-255.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
- Coleman, Kevin. “Una óptica igualitaria: autorretratos, construcción del ser y encuentro homo-social en una plantación bananera en Honduras”. *Revista Diálogos*, San José, Universidad de Costa Rica (UCR), Escuela de Historia, vol. 16, n.º 2 (julio-diciembre del 2015): 123-164.
- Escoto, Julio. “Con ojos ajenos”. *Imaginación*, San Pedro Sula, Centro Editorial, etapa III, n.º 7 (2016).
- García Espinosa, Julio. “Por un cine imperfecto (Veinticinco años después)”. En *La doble moral del cine*. Bogotá: Editorial Voluntad, 1995, 145-154.
- Getino, Octavio, *Cine latinoamericano*. Ciudad de México: Editorial Trillas, 1990.
- Kepner, Charles David y Jey Henry Soothill. *El imperio del banano. Las compañías bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe*. Madrid: Akal, 2015.
- Navarrete, Daniela. *Diversidad patrimonial de las ciudades en Honduras*. (Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAIH), Colección Centros Históricos, 2008.

- Ordóñez, Carlos. “Utopía: el espejo roto de la hondureñidad”. *Revista Nosotros*, Tegucigalpa, año I, n.º 1 (abril del 2009).
- Padre Melo. “Un fraude con sabor a Golpe de Estado con modalidad electoral”. 2 de marzo de 2018. Acceso el 17 de marzo del 2021. <https://www.resumenlatinoamericano.org/2018/03/02/honduras-un-fraude-con-sabor-a-golpe-de-estado-con-modalidad-electoral/>.
- Pérez Brignoli, Héctor. “El fonógrafo en los trópicos: sobre el concepto de *banana republic* en la obra de O. Henry”. *Revista Iberoamericana*. Berlín, Instituto Iberoamericano, vol. 6, n.º 23 (2006): 127-142.
- Petsko, Gregory A. “Comment: Banana Republic”. *Genome Biology*, vol. 3, n.º 12 (2002). <http://genomebiology.com/content/pdf/gb-2002-3-12-comment1016.pdf>.
- Posas, Mario. *Luchas del movimiento obrero hondureño*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana EDUCA, 1981.
- Regalado, Roberto. “Honduras: el Jurassic Park de América Latina”. 8 de diciembre del 2017. Acceso el 17 de marzo del 2021. <https://www.alainet.org/es/articulo/189722>.
- Romero Sanabria, Aníbal Antonio. *De la tierra sin mal a la... Republiqueta Bananera*. Asunción: edición del autor, 1998.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Madrid: Debate, 2002.
- Salvatore, Ricardo. *Imágenes de un imperio: Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2006.
- Schmidt, Hans. *Maverick Marine: General Smedley D. Butler and the Contradiction of American Military History*. Lexington: University Press of Kentucky, 1987.

El peronismo y la incorporación sociopolítica de los sectores populares en la Argentina de posguerra

Martín Marimón
Profesor

*Universidad Pedagógica Nacional
Universidad Torcuato Di Tella
Buenos Aires, Argentina*

¿De qué hablamos cuando hablamos de peronismo? Cualquier aproximación al peronismo se enfrenta en primer lugar con la necesidad de precisar el objeto de análisis, ya que con esa misma palabra uno puede estar refiriéndose a cosas distintas: al período del “primer peronismo” entre 1946 y 1955, a un movimiento que marcó la identidad de la clase obrera argentina hasta el día de hoy, a un partido político en el poder en varios períodos posteriores a los de su surgimiento, a una sensibilidad hacia lo social que se expresó en formas políticas muchas veces contrapuestas y conflictivas, y a muchas cosas más. En este trabajo nos referiremos a lo primero, revisitando ese fenómeno social y político que fueron los dos primeros gobiernos peronistas. Haremos un recorrido histórico explicando sus orígenes, evocando las principales facetas de sus políticas sociales y económicas, y mostrando finalmente

las tensiones que llevaron a su caída. Surgirá así el retrato de una experiencia compleja, abigarrada y contradictoria, fundamental para todo estudioso de la historia argentina y latinoamericana.

Puesto en el marco de los diferentes “populismos latinoamericanos” (a los que volveremos más adelante en este texto), hay una peculiaridad del peronismo que es importante destacar. Si bien, como dijimos, el peronismo fue por un lado un régimen político que definió un período bien específico de la historia del país, marcando un antes y un después en el ritmo de la evolución social y política, es también, por otro lado, un movimiento, un partido y una identidad política que siguen ocupando un lugar central en la realidad actual del país, en una medida mucho mayor que ninguna de las demás experiencias populistas de la región. Por poner un ejemplo, al momento de escribir estas líneas (2021) el peronismo es efectivamente el partido en el gobierno, y lo fue durante 26 de los 38 años transcurridos desde el restablecimiento de la democracia en el país en 1983. En el plano político, además, su fuerza también se puede ver en todos los distritos del país, donde domina o dominó muchos oficialismos a nivel provincial y municipal. Asimismo, desde la década de 1950 en adelante, el peronismo se constituyó en una identidad política firme y hegemónica de las masas populares argentinas, así como la fuerza que predominó en sus diferentes manifestaciones políticas, algo que se plasmó en su predominio y liderazgo dentro del aparato sindical tradicional, o en su presencia hegemónica dentro de las organizaciones territoriales de base surgidas desde los años noventa en adelante. En ese plano, el peronismo se despega de las demás experiencias populistas “clásicas”, como el varguismo brasileño, el cardenismo mexicano e incluso el aprismo peruano, mostrando una extraordinaria capacidad de mantener una continuidad político-partidaria con posterioridad a su período de origen.

Esta vitalidad y actualidad del peronismo en comparación con otras experiencias de populismo en la región se comprende por una multiplicidad de factores. Una vía de entrada fundamental (aunque, lógicamente, no la única) es volver a su momento fundacional, en el cual se encuentran muchas claves explicativas del fenómeno. Es la que ofreceremos en este trabajo: como anticipamos, nos centraremos en el período comprendido entre 1946 y 1955, correspondiente a las primeras dos presidencias de Juan Domingo Perón (1895-1974) y en el que ocurrieron muchas de las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que hicieron del peronismo un parteaguas en la historia argentina. Para revisar este período de la historia, el presente artículo se desarrollará en tres secciones. En una primera sección, pondremos al peronismo en un contexto histórico-regional, planteando algunos ejes comparativos para entender similitudes y diferencias con los demás populismos latinoamericanos de mediados del siglo xx. En segundo lugar, entrando ya en la historia más concreta del peronismo, bucearemos en su contexto de origen, a partir de las características de la sociedad y la política argentinas de los años treinta y cuarenta. En la tercera sección, finalmente, exploraremos las diferentes dimensiones políticas, económicas y sociales que dieron sustento a la experiencia del peronismo en el gobierno entre 1946 y 1955, poniendo el foco por un lado en las políticas de redistribución y, por otro, en la dinámica de polarización política que fue marcando en forma creciente el desarrollo del régimen peronista, explicando también su caída en 1955.

Peronismo y populismos. El peronismo en contexto regional

Comenzaremos entonces por el contexto regional de los así llamados “populismos latinoamericanos” clásicos. El término “populismo” debe ser uno de los más imprecisos de toda la literatura política, que ha sido y es aplicado a regímenes de las

orientaciones ideológicas más diversas, siempre bajo una idea valorativa (en general peyorativa) que hace alusión a cierta ruptura con la institucionalidad tradicional en función de la creación de un lazo directo líder-pueblo.¹ En este trabajo no nos dedicaremos al análisis conceptual ni tipológico, sino que nos interesa situar al peronismo en una perspectiva comparativa básicamente histórica. En su momento de emergencia (1943-1945), el peronismo se entronca fuertemente con aquellas experiencias históricas de reformulación del lazo entre las masas y el régimen político en el período tardío de entreguerras, como lo fueron el varguismo brasileño y el cardenismo mexicano.

Hay una serie de puntos en común entre estos tres casos, que nos darán la pista de que se trató de regímenes políticos que vinieron a dar respuesta a características y procesos estructurales similares, propios de la región y la época. Se trataba de tres países “grandes” de la región, que desde el siglo xix se encontraban en un proceso de desarrollo e integración “dependiente” respecto de la economía mundial, proceso que había conllevado en los tres casos ciertos grados de industrialización sustitutiva, profundizada luego de la crisis de 1929 (retomaremos este tema para Argentina más adelante).² Como ha sido analizado muchas veces por literatura clásica, estos procesos de desarrollo económico y

1. Para una aproximación a los debates sobre el concepto de populismo, véanse María Esperanza Casullo, *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis* (Buenos Aires: Siglo xxi Editores, 2019); Jan-Werner Müller, *What is Populism?* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016), y Ernesto Laclau, *La razón populista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

2. Hay un sinnúmero de narrativas de este proceso económico. Véanse trabajos clásicos como Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1996); Tulio Halperin Donghi et al., *Historia Económica de América Latina, desde la independencia a nuestros días* (Barcelona: Crítica, 1997); y Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica* (Ciudad de México: Siglo xxi Editores, 1969).

de industrialización implicaron cambios sociales importantes, entre los que se cuentan la urbanización, el crecimiento del movimiento obrero o el surgimiento de las clases medias.³

Estos cambios, en los tres casos mencionados, pero también en muchos otros países de la región, fueron poniendo en crisis las viejas fórmulas de dominación “oligárquica” características de las repúblicas conservadoras de fines del siglo XIX y principios del XX, llevando a lo que los politólogos Ruth y David Collier llamaron procesos de “incorporación social y política”.⁴ Por diferentes vías en cada caso nacional, ciertas coyunturas críticas fueron dando paso a nuevas formas de dominación, marcadas por la participación y la inclusión de los sectores populares en diferentes planos. Puede ser desde la legislación social y laboral, desde la participación política en muchos casos en los que no había voto universal, desde el encuadramiento político (nuevos partidos políticos de identidad obrera, o también ciertos mecanismos institucionales para dar participación política a las organizaciones obreras –sindicatos– o campesinas). En este sentido, la incorporación política es entonces un proceso amplio, con muchas variantes nacionales. Teniendo eso en cuenta, podríamos pensar los populismos clásicos como una variante particular, y particularmente exacerbada, de todos estos procesos.

Decimos que el populismo fue una forma exacerbada de estos procesos, porque en efecto los realiza (o los intenta realizar, o dice que los intenta realizar) en mayor profundidad que otras experiencias, sean previas, como el Uruguay batllista de los años diez, o el Chile de Alessandri y luego de Ibáñez en los años

3. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós, 1979); y Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

4. Ruth Berins Collier y David Collier, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2002).

veinte, o contemporáneas, como la República Liberal en Colombia (1930-1946) o la Venezuela del ciclo que va del gobierno de López Contreras al Trienio Adecó (1935-1948). Los populismos clásicos proponen una identificación rabiosa del líder con el pueblo, impulsan políticas redistributivas ambiciosas, ponen en cuestión (en el caso mexicano más que en los otros dos) la propiedad privada (aunque sin llegar a ser comunistas, es decir sin llegar a la socialización de los medios de producción) y, muy importante, generan una nueva identidad política para los sectores populares entrando en un conflicto explícito con las élites tradicionales, en los términos de una polarización “pueblo-oligarquía”. Esta dinámica de polarización es, por supuesto, el objeto de enormes disputas políticas y de interpretación desde ese momento hasta incluso el presente (pensemos aquí en los populismos de izquierda latinoamericanos del siglo XXI).⁵ Se trata de una polarización muchas veces buscada por los propios regímenes populistas, por la capacidad movilizadora que tiene, pero a la vez se la puede pensar también como una consecuencia inevitable de los propios cambios que el populismo genera en el equilibrio social y político. Este componente polarizador y conflictivo dará siempre a los populismos una inestabilidad característica, que generará su eventual caída (muy clara en los casos argentino y brasileño) y dificultará la perdurabilidad, no solo de los populismos como regímenes políticos, sino también de los cambios socioeconómicos que buscaron traer.⁶

5. Para un análisis general de estos populismos, véase Steven Levitsky y Kenneth Roberts, eds., *The Resurgence of the Latin American Left* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2011).

6. Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2014); y María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, comps., *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cienicienta* (Buenos Aires: Eudeba, 1999).

A estas dimensiones del populismo podemos agregar algunas otras. Por un lado, la importancia del liderazgo personal. Los casos brasileño y argentino destacan aquí, ya que en torno a las figuras de Vargas y sobre todo de Perón, hay un culto a la personalidad muy fuerte, un movimiento que se articula en torno al líder como elemento central, que es quien motoriza todos esos cambios sociales y políticos sobre cuya base se encuadra el movimiento social. En Vargas como “padre de los pobres” y en Perón como “primer trabajador”, la figura del líder conlleva fuerte verticalismo y personalismo, que sus enemigos emparentaron (junto con otros rasgos como la propaganda política, la apelación a las masas o la tendencia al conflicto antes aludida) con los fascismos europeos, y que además se puede relacionar con cierto contexto de militarismo (tanto Perón como Cárdenas eran militares, y Vargas tuvo una fuerte base de apoyo en el ejército).

Resta mencionar dos elementos más del populismo, que comparten los casos aquí analizados. Uno tiene que ver con las políticas económicas. Como hemos mencionado, Argentina, Brasil y México eran países que se encontraban, desde los años treinta pero incluso antes, en procesos de industrialización. Ya el propio crecimiento económico de la época previa, volcado a la exportación de materias primas al mercado mundial, había generado (en forma destacada en Argentina) procesos de urbanización, de crecimiento del mercado interno, y de cierta industria “sustitutiva” de importaciones, sobre todo en el rubro de los alimentos y los textiles. La crisis de 1929, que trae aparejada una parálisis del comercio internacional, profundiza este proceso y pone a la industria en el centro de la economía, generando un crecimiento muy grande de la clase obrera industrial. Este proceso es reforzado por los populismos, que ven con buenos ojos la capacidad de la industria como generadora de empleo y que incluso, por una cuestión de época también, le dan una importancia estratégica e ideológica a la industria nacional como

parte de un concepto de autarquía económica (volveremos en seguida a esto). La industrialización se vuelve así una política económica clave de los populismos, a través de una enorme valorización del rol del Estado en la economía. En el caso de México, Cárdenas, como heredero del régimen surgido con la Revolución mexicana, agrega a los cambios sociales que esta había traído aparejada una nueva dimensión, que es la promoción de la industria como forma de emancipar a México de Estados Unidos. En el caso brasileño, Vargas encabeza a través del Estado Novo una nueva concepción del lugar del Estado en la economía, muy anclada en visiones corporativistas de la organización social. Pero en todos los casos (al de Perón volveremos), lo que tenemos es una política económica de corte estatista, que se vale de ciertos instrumentos clave para promover el desarrollo industrial: tarifas aduaneras (proteccionismo), nacionalizaciones en el rubro de la producción (la del petróleo mexicano es paradigmática), los servicios públicos o las finanzas, políticas de crédito, políticas de control del comercio exterior (exportaciones), etcétera.

El segundo rasgo al que hacíamos mención, finalmente, es el de la ideología. Dotado de elementos como el afán por producir cambios socioeconómicos y el discurso igualitario-obrerista combinados con el verticalismo y el culto a la personalidad, el populismo aparece con una hibridez ideológica que escapa a las clasificaciones rápidas de izquierda o derecha. Si bien quien escribe tiende a pensarlos con rasgos izquierdistas, particularmente por este sentido de la inclusión social y política, es claro que los populismos no son izquierdistas en el sentido del marxismo o de la socialdemocracia europea. Las ciencias sociales en sus vertientes más tradicionales tuvieron siempre cierta dificultad para interpretar los populismos clásicos, viéndolos en muchos casos como una cierta “anomalía” en lo que sería el desarrollo “normal” de las sociedades en vías de industrialización,

y esta hibridez ideológica es sin dudas una de las causas detrás de tal dificultad.⁷ La comparación entre la génesis del varguismo y del cardenismo puede ser una buena forma de exponer este problema, y nos puede servir para cerrar nuestra introducción antes de dar paso al análisis del peronismo.

El proyecto político de Getúlio Vargas se inició, a nivel nacional, en los años treinta, logrando predominar en un proceso político muy complejo que se abre en 1930 con un golpe de Estado y pujas internas entre diferentes sectores de los militares brasileños. Este proceso, que incluye idas y vueltas entre los militares y las élites políticas tradicionales (particularmente las de São Paulo), recién se encauza en 1937, cuando Vargas da una suerte de autogolpe de Estado, fundando el Estado Novo, un régimen autoritario con muchas características tomadas del fascismo europeo, particularmente del portugués. El Estado Novo se organizaba sobre una plataforma corporativista, que planteaba la organización de la sociedad en “cuerpos”, encuadrando así en un marco jerárquico a los diferentes sectores sociales, económicos e institucionales, en el que el Estado se colocaba a su vez como “árbitro” en la cima de la jerarquía. Este encuadre jerárquico era muy autoritario, sin mecanismos electorales tradicionales, sin pluralidad de expresiones políticas, y con un componente represivo muy importante que incluía la censura y la persecución del comunismo.⁸

Ante esta genealogía claramente “de derecha” (que sin embargo se combina, como vimos, con una identificación obrerista y una legislación social que no tenía precedentes en Brasil), el

7. Véase Germani, *Política y sociedad en una época de transición*.

8. Dos trabajos clásicos sobre el varguismo son el de Robert Levine, *Father of the Poor? Vargas and His Era* (Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press, 1998), y el de Michael Conniff, *Urban Politics in Brazil: The Rise of Populism 1925-1945* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1981).

ejemplo del cardenismo en México aparece como lo contrario. Lázaro Cárdenas es, en efecto, un heredero de la Revolución mexicana, el proceso de cambio social más radical que conoció América Latina en la primera mitad del siglo xx. Iniciada en 1910, la revolución (fenómeno complejo que no podemos resumir aquí) implicó una ruptura profunda con el régimen conservador previo (la dictadura de Porfirio Díaz), a través de un proceso militar y social revulsivo que no se estabiliza hasta los años de Cárdenas. Alzamientos obreros y campesinos, regímenes de excepción, políticas de nacionalización, contrarrevoluciones de corte clerical, la generación de una nueva élite política, y muchos otros fenómenos se sucedieron entre 1910 y 1934. Cárdenas estabiliza la revolución profundizándola, volcándola hacia la izquierda, al generar lazos más profundos con las organizaciones obreras y campesinas, promover políticas fuertes de nacionalismo económico (como la nacionalización del petróleo) y fundamentalmente a través de una reforma agraria largamente esperada por los cuadros campesinos que habían participado en la revolución ya desde sus inicios.⁹

La comparación entre varguismo y cardenismo da cuenta de filiaciones muy diferentes para estos populismos. Veremos en breve que Perón nos muestra otra variante, más cercana al primer caso que al segundo. Perón era un militar de una formación ideológica también cercana al fascismo pero que le da una impronta social a su gobierno, mucho más fuerte que cualquier experiencia de fascismo y que además –diferencia fundamental– es imposible de clasificar como fascismo porque funciona con mecanismos democráticos propios de la época de posguerra.

9. Sobre la Revolución mexicana, véanse Alan Knight, *La revolución mexicana: del porfiriato al nuevo régimen constitucional* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996), y John Womack, *Zapata y la revolución mexicana* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968). Sobre Cárdenas, véase Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico* (Princeton: Princeton University Press, 1982).

De toda esta mezcla y combinación ideológica inclasificable hay sin embargo un componente que sí puede plantearse como general a los populismos, que es el nacionalismo. En el discurso y en la práctica, los tres casos (y los demás populismos latinoamericanos, como el aprismo peruano) siempre dan una centralidad a la idea de soberanía nacional. En la forma de ubicarse en las relaciones internacionales, en la política económica de promoción de una industria que daría la base material para la autonomía nacional (que Perón llamaba “independencia económica”), en la propaganda política para las masas, la nación y el nacionalismo aparecen como elementos centrales de promoción de la comunidad política. En el caso de Perón, esto se ve reforzado por el contexto de la Guerra Fría, en el que el régimen peronista busca una “tercera posición” independiente tanto de Estados Unidos como de la URSS.

Incorporación social y política, apelación al pueblo y relación pueblo-líder, política económica industrialista, ideología nacionalista son entonces algunos componentes que nos muestran puntos en común de los diversos populismos latinoamericanos. Integrar al peronismo con ellos en el análisis nos permite, por un lado, entender algunas de sus características en un contexto más amplio, como parte de procesos estructurales que se estaban dando en toda la región. Por otra parte, también nos permitirá, a lo largo de este recorrido, conocer mejor sus características específicas que, ancladas en la realidad local argentina y en coyunturas puntuales, nos permiten entender la peculiar perdurabilidad del fenómeno, incomparable, como dijimos, con los otros casos.

El contexto histórico de surgimiento: la Argentina de los años treinta y cuarenta

Los años treinta

Todas las discusiones sobre los orígenes del peronismo tienen su punto de partida en la década de 1930. Es en ese período en el que se dan ciertos procesos económicos, políticos y sociales que desembocarán, por así decirlo, en el estallido de octubre de 1945 que culmina con el ascenso de Perón a la presidencia.

Los años treinta son, en Argentina y en el mundo, años de crisis o al menos de inestabilidad económica. El *crack* de Wall Street de 1929, y la debacle económica que lo siguió, marcan un quiebre en la historia latinoamericana, con reverberaciones en los planos social y político. La Argentina de esta década, veremos, estará atravesada por una gran paradoja: mientras que la economía y la sociedad se encuentran en un momento de cambio muy marcado, la política entrará en un momento de rigidez, de restauración conservadora, y esta paradoja es una de las claves para entender la emergencia del peronismo.

La crisis de 1929 pone en jaque el esquema económico de los sesenta años precedentes, que había transformado totalmente al país y lo había puesto en una senda de crecimiento económico vertiginoso a través de la integración al mercado mundial como proveedor de alimentos y materias primas. Este esquema había sido, con diferentes variantes locales, común a toda América Latina durante el período de 1870-1930: se trata del *boom* exportador o, como lo solía llamar la teoría de la dependencia, de “expansión hacia afuera”.¹⁰ Se conoce a este período como un

10. Véase Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Para un análisis de este *boom* exportador, véase Steven Topik y Allen Wells, *The Second*

boom porque, a través de la exportación de productos tropicales (café, coco, tabaco, frutas, caucho, henequén, etcétera) o de climas templados (maíz, trigo, carne, lana) para los países europeos en proceso de industrialización, las economías de la región crecen a gran ritmo, se da una oleada de inversión extranjera, y se dan transformaciones en la infraestructura de estos países (comunicaciones, vías férreas, puertos, etcétera).

Dentro de este proceso de crecimiento (que hoy sabemos que tiene luces y sombras, en términos de pobreza y desigualdades, o también del grado de dependencia y subordinación que los países de la región profundizaron en relación con el mundo industrial), la Argentina tuvo una posición destacada. De todos los países de la región, fue (junto con Uruguay y el sur de Brasil, y en menor medida Chile) aquel en el que el *boom* exportador trajo más crecimiento, llevando al país a estar entre las diez mayores economías del mundo del período. Y además, y más importante para nosotros, el *boom* implicó en Argentina, como en los otros casos mencionados (a diferencia de lo que se suele denominar las economías de enclave, como por ejemplo las economías centradas en la producción minera, como Chile, o de frutas tropicales de América Central, en las que el “enclave” es un polo moderno y tecnológico que contrasta con el resto de la economía, aun funcionando en gran medida por los carriles tradicionales), transformaciones que afectaron a la totalidad de la economía.¹¹ En primer lugar, una transformación territorial. La Argentina es un exportador básicamente de carne y cereales, y el

Conquest of Latin America: Coffee, Henequen and Oil during the Export Boom 1850-1930 (Austin: University of Texas Press, 1998).

11. Para una aproximación general al *boom* agroexportador en la Argentina, véase Roy Hora, *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010), y Fernando Rocchi, “El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916”, en *Nueva historia argentina*, t. 5, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, dir. por Mirta Zaida Lobato, (Buenos Aires: Sudamericana, 2000).

área donde se desarrolla esa producción (la llanura pampeana) abarca una región muy grande del país, modificando totalmente su balance y estructura territorial. Eso se puede ver, por ejemplo, en la densidad y extensión del tejido de vías férreas sobre toda la pampa. En segundo lugar, el desarrollo agroexportador también implica otros procesos. Por un lado, el desarrollo de una industria, que se dirige al mercado interno y es subsidiaria respecto de la actividad agraria pero va a crecer y a generar la clase obrera más numerosa y organizada del continente.¹² Por otro lado, la Argentina recibirá en ese período una masa de más de cinco millones de inmigrantes, siendo el país del mundo que más inmigrantes recibe en comparación con la población nativa (es decir, es el país en el que el impacto relativo de la inmigración sobre la sociedad receptora es mayor; por ejemplo, para el año 1910, la mitad de la población de ciudades como Buenos Aires o Rosario es extranjera). De la mano de todo esto viene otra transformación, la urbanización: para 1914 Buenos Aires es por lejos la ciudad más grande de América Latina, siendo la única que supera el millón de habitantes (1,6 millones).¹³

Volvamos ahora a 1930. Tenemos una economía en crecimiento (a pesar de cierta ralentización en los años veinte), una sociedad urbana y cosmopolita, una industria y una clase obrera significativas. Todo este contexto va a verse sacudido con la

12. Sobre el desarrollo de la clase obrera argentina, véanse Lobato, "Los trabajadores en la era del 'progreso'", en *Nueva historia argentina*, t. 5, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, dir. por Lobato, y Ricardo Falcón, *El mundo del trabajo urbano 1890-1914* (Buenos Aires: CEAL, 1986). Para una visión regional, véase Michael Hall y Hobart Spalding, "La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina 1880-1930", en *Historia de América Latina*, ed. por Leslie Bethell (Barcelona: Crítica, 1997).

13. Sobre la inmigración, véase Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2003), y José Moya, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires 1850-1930* (Buenos Aires: Emecé, 2004). Sobre el crecimiento de Buenos Aires, véase James Scobie, *Buenos Aires: del centro a los barrios 1870-1910* (Buenos Aires: Solar / Hachette, 1977).

crisis de 1929. Como para toda la región, la Gran Depresión trae una baja brutal en la demanda y por lo tanto en el precio de los productos que Argentina exporta; esto trae aparejada una baja en las importaciones (que ahora no se pueden financiar porque no hay exportaciones).¹⁴ Esta situación llevará a la aceleración del proceso de industrialización: todo aquello que antes se importaba ahora se empieza a producir localmente, por eso se habla de una “industrialización por sustitución de importaciones” (ISI). Las fábricas emergerán en todo el cordón suburbano de las grandes ciudades (particularmente Buenos Aires), destacándose rubros como el textil, el del papel, el del vidrio, además del alimenticio que ya venía de la época previa. Es una industria ligera, destinada al mercado interno. En paralelo, la crisis interrumpe la inmigración extranjera: la gente no viaja más desde Europa a América. El crecimiento de la industria, sin embargo, va a profundizar la atracción de las grandes ciudades para la población local, dando lugar a un gran proceso de migraciones internas, desde el campo a la ciudad, y desde el interior del país a Buenos Aires.¹⁵

La economía tiene vaivenes a lo largo de la década, pero ya desde aproximadamente 1933 se verá una recuperación paulatina, y particularmente un crecimiento sostenido de la industria, acelerado en la segunda mitad de la década, y luego más aún durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Este proceso lógicamente genera un crecimiento de la clase obrera, con fluctuaciones en sus condiciones de vida en función de los variables niveles de

14. Sobre la Gran Depresión en América Latina, véase Carlos Díaz Alejandro, “América Latina en los años treinta”, en *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*, comp. por Rosemary Thorp (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1988). Sobre Argentina, véase Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas* (Buenos Aires: Ariel, 1998).

15. Sobre las migraciones internas, véanse Alfredo Lattes, “Esplendor y ocaso de las migraciones internas”, en *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario*, comp. por Susana Torrado (Buenos Aires: Edhasa, 2007), y Germani, *Política y sociedad en una época de transición*.

desempleo (que de todas maneras son decrecientes), y con salarios que la disponibilidad de mano de obra debida a las migraciones internas lleva a que se mantengan en un nivel bajo. Tenemos entonces en ese período una clase obrera más numerosa, que además está cambiando en su composición social y étnica debido al cese de la migración ultramarina y al desarrollo de las migraciones internas, que traen contingentes de población criolla y rural, en fuerte contraste con la población de origen migrante que ya posee una experiencia de la vida urbana e industrial.¹⁶

Todo esto tiene su reflejo en el crecimiento del movimiento obrero. Como mencionamos, el movimiento obrero argentino era ya el más grande de América Latina, incluyendo el primer partido socialista de la región (fundado en 1896), un movimiento anarquista muy importante y disruptivo de principios del siglo xx y sindicatos muy fuertes en ramas como la ferroviaria y la portuaria.¹⁷ La industrialización de los años treinta tendrá un impacto fuerte pero complejo sobre este movimiento. Por un lado, al crecer la clase obrera crecen las demandas y el potencial del propio movimiento. Sin embargo, las trabas organizativas, el desempleo y las divisiones ideológicas (que incluyen pujas entre los socialistas y el nuevo y creciente movimiento comunista, pujas internas de los socialistas y también cierta disgregación del “sindicalismo revolucionario”), sumadas a la dificultad del movimiento obrero de articularse con un Estado dominado, como veremos, por los sectores conservadores, van a llevar a que

16. Las diferencias (hoy relativizadas por la historiografía más reciente) entre estos dos componentes de la clase obrera de los años treinta generaron grandes debates en torno a su posicionamiento ante el advenimiento del peronismo. Véanse Germani, *Política y sociedad en una época de transición*; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1971), y Juan Carlos Torre, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, *Desarrollo económico*, vol. 28, n.º 112 (1989).

17. Para el movimiento obrero argentino de esa época, véanse Falcón, *El mundo del trabajo urbano*, y Edgardo Bilsky, *La FORA y el movimiento obrero* (Buenos Aires: CEAL, 1985).

a pesar de su madurez y crecimiento el movimiento obrero sea relativamente débil para canalizar las energías y demandas de esta nueva clase obrera.¹⁸

Llegamos finalmente al último elemento a destacar de la década del treinta en la Argentina, que es el funcionamiento del sistema político. Hablamos más arriba de una paradoja en la Argentina de la época, y justamente la paradoja se da en la relación entre sociedad y política. El cimbronazo traído por la crisis económica conlleva, en Argentina como en casi todos los demás países de la región, una crisis política. En septiembre de 1930, una facción militar muy pequeña liderada por el General retirado José Félix Uriburu derrocó al presidente constitucional, el radical Hipólito Yrigoyen. Este golpe de Estado fue impulsado por un proyecto de corte fascista y corporativista, el cual sin embargo, por falta de apoyo social, político e incluso militar, fracasó rápidamente. Esto dio lugar en 1932 a una supuesta restauración democrática liderada por otro militar, Agustín P. Justo, de raigambre liberal y no fascista. Lo relevante es que el sistema político que Justo “restaura” no es el previo a 1930, sino el previo a 1912, es decir, lo que los historiadores argentinos denominan el “orden conservador”, que era un sistema político comparable la República vieja en Brasil, o a la República liberal-parlamentaria de Chile: se trataba de regímenes liberales basados en un orden constitucional y un sistema republicano de gobierno, pero con ciertas características que permiten la permanencia de las élites

18. Véanse Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1983), y Joel Horowitz, “El movimiento obrero”, en *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dir. por Alejandro Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1945)* (Buenos Aires: Sudamericana, 2001). Para una perspectiva diferente, véase Roberto Korzeniewicz, “Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943”, *Desarrollo económico*, vol. 33, n.º 131 (1993).

tradicionales en el gobierno.¹⁹ En el caso argentino, la característica saliente del orden conservador era el fraude electoral, una serie de prácticas que viciaban el supuesto carácter democrático de este régimen, y que funcionaron hasta 1912, cuando una reforma electoral abrió el camino para que un partido relativamente nuevo y con afán reformista, la Unión Cívica Radical (UCR), accediera al poder en 1916 en elecciones libres.

Cuando Justo restaura entonces el sistema liberal-republicano en 1932, lo hará primero proscribiendo a la UCR, partido que, en el gobierno entre 1916 y 1930, había logrado un fuerte arraigo en las clases medias y populares, y luego, desde 1935, reviviendo todas las prácticas electorales fraudulentas propias del siglo XIX y principios del XX. Este nuevo-viejo sistema, una verdadera democracia sin democracia, permitiría el predominio de las élites conservadoras en el gobierno, a través de una compleja alianza entre partidos conservadores, facciones del radicalismo e incluso facciones del socialismo.²⁰ Esta alianza gobernará el país hasta 1943, conduciendo por un lado el proceso de industrialización, pero por otro lado defendiendo como puede los intereses de la élite tradicional (particularmente de los ganaderos), clausurando la competencia política y manteniendo a raya y reprimiendo al movimiento obrero. Así llegamos a la paradoja arriba mencionada: la sociedad está cambiando, la economía está cambiando,

19. Sobre este sistema político, véanse Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916* (Buenos Aires: Sudamericana, 1977), y Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX* (Buenos Aires: Edhasa, 2010).

20. Para la política de la época, véase Luciano De Privitello, "La política bajo el signo de la crisis", en *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dir. por Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1945)*; Darío Macor, "Partidos, coaliciones y sistema de poder", en *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dir. por Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1945)*, y Leandro Losada, *Política y vida pública. Argentina 1930-1943* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2017).

pero la política está disociada, bajo el control de una oligarquía que le impide volverse un espacio de representación de los intereses de los sectores más amplios de la sociedad.²¹

La coyuntura crítica de 1943-1945

En la década del cuarenta es un evento externo, la Segunda Guerra Mundial, el que llevará a su punto crítico esta paradoja de la Argentina conservadora. Apenas comenzado el conflicto, la Argentina se declara neutral, lo cual se debía tanto a una tradición diplomática nacional y regional (la mayoría de los países hispanoamericanos habían sido neutrales ya en la Primera Guerra Mundial) cuanto a una cuestión de intereses comerciales, ya que Argentina tenía a Alemania y a Gran Bretaña como principales socios comerciales (más al segundo que al primero). Esta posición se vuelve muy problemática en 1942, cuando Estados Unidos entra en la guerra y comienza a presionar a todos los gobiernos de la región para que apoyen al bando de los Aliados. La posición oficial estadounidense se condecía con el contexto de polarización ideológica de la época, al argumentar con toda lógica que quienes no se involucraran activamente (al menos en el plano diplomático) en la lucha contra el fascismo, lo estaban apoyando.²²

Los gobiernos conservadores argentinos, primero el del presidente Ortiz y luego el del presidente Castillo, intentaron preservar la neutralidad por un tiempo. A fines del año 1942, sin embargo, cuando el presunto sucesor de Castillo anunció que declarararía la guerra al Eje, la situación cambió. Algunos sectores del conservadurismo, y sobre todo grupos políticos y militares pertenecientes al nacionalismo católico cercano al fascismo,

21. Esta hipótesis fue desarrollada con mucho énfasis por Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo".

22. Isidoro Ruiz Moreno, *La neutralidad argentina en la Segunda Guerra* (Buenos Aires: Emecé, 1997).

reaccionaron con rechazo. El descontento militar fue clave, y dio paso a la acción rápidamente, cuando en junio de 1943 el así llamado Grupo de Oficiales Unidos (GOU) destituyó a Castillo y tomó las riendas de la nación.

El GOU nucleaba a un sector de la oficialidad muy comprometido con ideas corporativistas, cercanas al fascismo italiano y sobre todo al español. Se trataba de un grupo que representaba la amplia difusión que estas ideas habían tenido dentro de la corporación militar a lo largo de la década de 1930, no solo en la élite sino en amplias capas de las Fuerzas Armadas, motorizadas particularmente por la influencia que la Iglesia católica había tenido en las instituciones de enseñanza militares durante la época. Todo esto había forjado una particular visión integralista, católica y corporativista del nacionalismo militar. Así, mientras el golpe de Estado de 1930 había tenido escasa participación militar, el de 1943 contó en cambio con un compromiso bastante amplio de los hombres de armas.²³

Una vez en el poder, el GOU, además de preservar la neutralidad argentina en la guerra, estableció un gobierno autoritario, de corte fascista, si bien su curso fue un tanto errático debido a conflictos internos entre las diferentes facciones golpistas. Las medidas principales más que nada reflejaban la impronta católica del gobierno, como por ejemplo la implantación de la educación religiosa en las escuelas (toda una novedad en un país de tradición laica desde la década de 1880), así como (en sus inicios) una fuerte voluntad represiva hacia el movimiento obrero, hacia la opinión pública (censura), y hacia el comunismo, que fue perseguido. El problema de todas estas iniciativas es que resultaban anacrónicas para el curso que estaba tomando la guerra, que para el año 1944 ya mostraba signos claros de un pronto triunfo de los Aliados.

23. De Privitellio, "La política bajo el signo de la crisis".

Esta situación amenazaba con condenar a la Argentina a una posición de ostracismo internacional, con todos los problemas que eso podía traer en el plano político y económico. A eso se sumaba una oposición interna muy grande, en la que sectores liberales de las clases medias e incluso altas, además de sectores obreros, comenzaban a activar sus protestas contra un gobierno autoritario y represivo. Es en este contexto que se vuelve clave la figura de Juan Domingo Perón, un coronel que si bien había tenido posiciones nacionalistas cercanas al fascismo era también pragmático, y con una visión más ajustada de la realidad que muchos de sus pares. Perón inicia en 1944 un importante cambio de rumbo en el gobierno militar, del cual ya es el hombre fuerte a través de una superposición de cargos (vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión). Uno de los cambios que impulsa Perón es en la política internacional, que se plasmará en la tardía declaración de guerra al Eje en marzo de 1945 (es decir, dos meses antes de la finalización de la guerra en Europa). Otro cambio es en la política interna, en la que el gobierno a lo largo de 1944 irá flexibilizando la censura, legalizando los partidos políticos y prometiendo un llamado a elecciones para finales de 1945.

En tercer lugar, y lo más importante para el futuro, se activará un novedoso y audaz programa económico y social. Desde su puesto en la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón iniciará una campaña importante de acercamiento a las masas y particularmente al movimiento obrero, en una forma inesperada para propios y ajenos. La campaña de Perón se basaba en un concepto de “justicia social” cercano a lo que era la doctrina social de la Iglesia, que ya existía desde el principio de siglo xx.²⁴ Perón comenzaría, en sus discursos y comunicados, a plantear una visión propia del rol del Estado en la regulación de las relaciones

24. Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo xix y el xx* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015).

económicas y del conflicto social. Según esta visión, dejar librado al total individualismo la gestión de los problemas sociales tales como las relaciones entre obreros y patrones era suicida, ya que llevaba a los primeros a profundizar su descontento y eventualmente canalizarlo a través de la acción revolucionaria, poniendo en riesgo el orden social. Ni comunismo ni individualismo, entonces, sino una intervención previsor y ecuánime del Estado, con miras a promover la paz y el bienestar social.

Es interesante notar que, en esta visión del problema obrero, Perón no solo estaba mostrando su profundo anticomunismo, sino también haciendo una lectura muy aguda del proceso social y económico de la Argentina a partir de 1930, subrayando esa cesura, ese desfase que ya mencionamos entre el desarrollo socioeconómico y la cerrazón del sistema político, que daba la espalda a las demandas más elementales del movimiento obrero. Perón quería restaurar ese puente entre política y sociedad, sabiendo además que, de ser exitosa, esa iniciativa redundaría en una enorme legitimidad y popularidad, tanto al gobierno militar como a su figura en particular.

El dato clave aquí es que este mensaje de Perón se iba a ver acompañado por acciones concretas. Perón movilizó al gobierno militar a una presencia muy dinámica en los conflictos obreros, entrando en contacto con los sindicatos, arbitrando las huelgas en favor de la posición obrera, celebrando convenios colectivos y estimulando la afiliación sindical. También impulsó una serie de decretos laborales y de bienestar social. Mucha importancia tuvo la activa intervención del gobierno en la reconstrucción de la ciudad andina de San Juan, víctima de un fuerte terremoto en enero de 1944.²⁵

25. Mark Healey, *El peronismo entre las ruinas: el terremoto y la reconstrucción de San Juan* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012).

Las iniciativas de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión generaron una enorme resistencia. Por un lado, se encontraba la reticencia inicial de los propios trabajadores, muchos de filiación socialista y comunista, que veían con muchas dudas este acercamiento oportunista de un gobierno militar, fascista e inicialmente antiobrero. Esta resistencia se iría disipando a medida que Perón iba ofreciendo mejoras palpables y reales, que se volvían significativas en la vida cotidiana de una cantidad cada vez mayor de obreros. Pero lógicamente las mayores resistencias al proyecto de Perón vendrán de los sectores empresarios, y de los propios sectores conservadores y nacionalistas que inicialmente habían apoyado al gobierno. Especialmente importante van a ser los disensos internos al gobierno, de militares que rechazan totalmente el giro en la política exterior, en la política interna y sobre todo en la política social.

Este rechazo se plasmó finalmente en un ataque a Perón desde adentro del gobierno. En octubre de 1945 Perón es obligado a renunciar y llevado preso, en coincidencia con una creciente activación de la oposición al régimen, la cual es particularmente fuerte entre las clases medias y en la casi totalidad de los partidos políticos. La renuncia y prisión de Perón, sin embargo, funcionan inesperadamente de catalizador para una enorme movilización obrero-sindical, en parte coordinada por la Confederación General del Trabajo (CGT), pero en parte espontánea. El 17 de octubre, una enorme cantidad de trabajadores y trabajadoras marcha desde los suburbios industriales hacia la plaza central de la ciudad (la Plaza de Mayo), exigiendo la libertad de Perón y su restitución en el gobierno.

Esta gran manifestación es un momento fundacional del movimiento peronista, y puede legítimamente considerarse un episodio revolucionario.²⁶ ¿Por qué? Porque, por primera vez en la historia argentina, tenemos un punto de quiebre en el que las grandes masas sociales hacen una presencia directa, sin mediadores políticos, en la arena pública, y tuercen el curso de los acontecimientos. Con esa acción, las masas populares activadas están generando un nuevo contrato social y una nueva dinámica para el poder. Esta acción es incluso transgresora, en el sentido de que los trabajadores “tomaron” la Plaza de Mayo, un espacio reservado al poder e incluso vecino al centro financiero de la ciudad, que no era lugar acostumbrado para las manifestaciones políticas obreras. Eran los trabajadores que, durante más de una década, se habían encontrado “huérfanos” de representación política, y que tomaron la iniciativa forzando un canal de comunicación por medio del cual hacer oír su voz. Y esa voz clamaba no por un partido o movimiento, sino por la propia figura de Perón, poniendo así en evidencia ese nexo indestructible que, en tan solo dos años, había surgido entre el movimiento obrero y Perón. El 17 de octubre es el momento fundante de ese nexo.

26. No se podría llamar a este evento una “revolución”, con la duración, complejidad y multiplicidad de actores de procesos como, por ejemplo, la Revolución mexicana. Pero sí puede trazarse un paralelo entre el 17 de octubre de 1945 y el “Bogotazo” colombiano de 1948. En ambas coyunturas decisivas, tenemos la afluencia más o menos orgánica de las masas populares en un momento puntual, para definir el rumbo de la contienda política. Dos diferencias clave, sin embargo, son evidentes: Gaitán, el líder popular colombiano, había sido asesinado, y el Bogotazo representará una oleada de movilizaciones fuertemente reprimidas, mientras que el 17 de Octubre argentino es un triunfo, en cuanto las masas movilizadas logran imponer su opción política. Sobre Gaitán y el Bogotazo, véase Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán. Public Life and Urban Violence in Colombia* (Madison: University of Wisconsin Press, 1986).

Los gobiernos peronistas, 1946-1955

El 17 de octubre de 1945 es entonces este momento fundacional a partir del cual Perón podrá relanzar su proyecto político, ahora con la certeza (que antes no tenía, y es sabido que no solo la totalidad de la élite militar y política, sino que el propio Perón se vio sorprendido por la magnitud de los acontecimientos de octubre) de la nueva legitimidad y fortaleza que le provee este apoyo popular. Luego de la gran movilización, los militares (que en su momento habían evaluado, durante toda la jornada, frenarla por la fuerza, cosa que pronto percibieron que era imposible sin un derramamiento excesivo de sangre) no tienen más opción que restaurar a Perón en sus puestos y realizar un llamado a elecciones.²⁷

Para estas elecciones, Perón no tiene un partido político por medio del cual competir. Serán los sindicatos quienes lo ayuden a construirlo; muchos líderes habían realizado el pasaje del socialismo, del comunismo o de una postura sindical “apolítica”, a apoyar fuertemente a Perón, en lo que se estaba volviendo claramente una nueva identidad política. En torno a la figura de Perón se crea un “Partido Laborista”, que en alianza con pequeños sectores del radicalismo y del conservadurismo sostendrán su candidatura. El grueso de los partidos tradicionales (el radicalismo, el socialismo, el comunismo y también muchos conservadores) se alinearán, en la así llamada Unión Democrática, contra Perón, a quien veían como un fascista y un demagogo (volveremos a esto más adelante). En las elecciones de febrero de 1946 finalmente triunfó Perón, aunque con un margen escaso, mostrando la paridad de fuerzas y la polarización que, de allí en adelante, caracterizaría a la sociedad argentina de la época.

27. Juan Carlos Torre “La crisis argentina de principios de los años cuarenta y sus alternativas. El peronismo y los otros”, en *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012).

Los gobiernos peronistas comienzan entonces en junio de 1946. De todas las facetas y dimensiones de la década que seguiría hasta su caída en 1955, destacaremos en este trabajo tres. En primer lugar, un elemento central, que son sus políticas laborales y de bienestar, a través de las cuales el peronismo desplegó un afán redistributivo que haría quedar a los años peronistas como una “edad de oro” para los trabajadores argentinos. En segundo lugar, recorreremos brevemente las políticas económicas que dieron sustento a las políticas sociales. Finalmente, en paralelo, revisaremos la enorme polarización política y social que, por una parte debido a estas propias políticas redistributivas, y por otra debido al estilo político autoritario del peronismo, caracterizaría a esta época. En efecto, la antinomia peronismo-antiperonismo sería tanto política como social, ya que ambos términos correspondieron históricamente, por un lado, a las clases trabajadoras, y, por otro, a las clases medias y altas. En esta antinomia, asimismo, se cifra la caída final de Perón, que se vuelve un ejemplo de la incapacidad de los regímenes populistas (o de la fortaleza de sus enemigos), como vimos, de generar mecanismos de dominación estables.

Las políticas sociales

La primera faceta a destacar del gobierno de Perón son sus políticas sociales. Cumpliendo las promesas implícitas hechas a la masa obrera que lo apoyó, Perón profundizó las políticas laborales que había iniciado en su época de secretario de Trabajo y Previsión. A partir de la noción de derecho social, se desarrolló una batería de leyes laborales que regularon el mundo del trabajo. Aguinaldo, vacaciones pagas, indemnizaciones por despido o por accidentes de trabajo y jubilaciones son las principales de ellas. Junto con eso, se promovió la afiliación sindical de los trabajadores, con lo cual se llegó a tasas impresionantes de sindicalización de entre el 50 % y el 70 % según la rama. Este fortalecimiento del movimiento sindical

generó una nueva relación de poder en las fábricas, que hacía no solo que se cumplieran a rajatabla las nuevas regulaciones, sino también que las negociaciones salariales permitieran un permanente sostenimiento de altos salarios reales.

La legislación laboral se ve complementada por la legislación social, que impacta en forma particular en el nivel de vida y en la experiencia cotidiana del bienestar. El peronismo lanzó planes de vivienda popular muy audaces, que implicaron la construcción de unas quinientas mil viviendas a lo largo de los nueve años de gestión. Desde barrios de casas individuales con aires de respetabilidad burguesa (donde predomina el así llamado “chalet californiano”), hasta grandes conjuntos pabellonales de una estética decididamente modernista, la experiencia del acceso a la vivienda se volvió un antes y un después en las vidas de muchas familias.²⁸ Junto con la vivienda, habrá un énfasis muy grande en la salud pública y en la educación, intentando privilegiar el acceso a ellas por parte de los sectores obreros y de otros sectores desfavorecidos. La construcción de hospitales y policlínicos fortaleció al sistema público de salud, a la vez que generó un sistema de acceso a la salud a través de la pertenencia sindical (las llamadas obras sociales). La construcción de escuelas, la ampliación de la planta docente y la gratuidad universitaria, en tanto, fueron medidas del ámbito de la educación dentro de esas políticas sociales.²⁹

28. Anahí Ballent, *Las huellas de la política: vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires 1943-1955* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2009), y Rosa Aboy, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales 1946-1955* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

29. Sobre las políticas sociales de Perón, véanse Patricia Berrotarán et al., *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo 1946-1955* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2004); Luciano Andrenacci et al., “Acerca del Estado de Bienestar en el peronismo clásico 1943-1955”, *El país del no me acuerdo. (Des)memoria institucional e historia de la política social en Argentina*, comp. por Julián Bertranou, Juan Manuel Palacio y Gerardo M. Serrano (Buenos Aires: Prometeo, 2004), y Peter Ross, “Justicia Social: Una evaluación de los logros del peronismo clásico”, *Anuario IEHS*, n.º 8 (1993).

La promoción del bienestar se entroncaba, como hemos anticipado, con un nuevo lenguaje en torno a la noción de “derecho social”, derivada de la de justicia social.³⁰ El peronismo fue muy explícito en sus afanes redistributivos, montando además un aparato de propaganda formidable en torno a ellos, planteando una idea del acceso al bienestar como derecho, aquello que hoy llamamos ciudadanía social, y dejando atrás la anterior noción de asistencia social entendida como caridad. Esto se hermanaba, a su vez, con una fuerte dimensión disruptiva del peronismo, en el sentido de que el otorgamiento de estos derechos estaba trastrocando la estructura social y las jerarquías entre las clases.

El área del turismo social es un buen espacio en el cual visualizar estas dimensiones de las políticas de bienestar. El establecimiento de las vacaciones pagas se vio acompañado por la construcción de un conjunto de hoteles sindicales en sitios tradicionales de vacaciones como Córdoba, Bariloche o la ciudad costera de Mar del Plata. Esta última se volvió símbolo de las vacaciones obreras por excelencia. Un espacio antes reservado al ocio de la élite, lleno de palacios y con playas exclusivas, se vuelve en pocos años meca de un turismo masivo, de clase media y obrero.³¹

La democratización del turismo es, a su vez, parte de un proceso mayor, al que volveremos, de democratización del consumo.³² Los salarios reales altos, que eran la consecuencia de la fortaleza sindical pero también de políticas económicas en torno al control de precios, generaron un *boom* de consumo de bienes y

30. Mercedes Barros, “Derechos que sujetan, sujetos de derecho bajo el primer peronismo”, *Estudios sociales*, n.º 47 (2014).

31. Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos* (Buenos Aires: Edhasa, 2019).

32. Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014), y Eduardo Elena, *Dignifying Argentina: Peronism, Citizenship, and Mass Consumption* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2011).

servicios que hasta el momento eran exclusivos. Desde un mayor consumo de alimentos, al acceso a bicicletas, máquinas de coser o heladeras, el consumo se vuelve también, en el peronismo, una experiencia de nivelación social.

En los planes de vivienda, en la salud y en la educación, en el turismo social y en la democratización del consumo, es necesario destacar el rol que tuvieron, por un lado, la figura de Eva Perón y, por otro, los sindicatos. Evita, la esposa de Perón, era una joven actriz dotada de un gran carisma y que tendría una carrera política tan intensa como fugaz, desde su entrada en escena como primera dama hasta su prematura muerte en 1952, con tan solo treinta y tres años. El rol político de Evita se expresó en dos vías centrales. Por un lado, por su presencia física y mediática, en actos y eventos oficiales, donde su fuerza y su oratoria funcionaron como un imán para los seguidores. Por otro, en el plano institucional, a través de la Fundación Eva Perón, que canalizó gran parte de las políticas de bienestar social arriba mencionadas. Con financiamiento sindical y empresarial, la Fundación se volvió una herramienta central de ayuda a quienes aún no gozaban del estatus de trabajadores formales, con todos los beneficios subyacentes. Niños, ancianos, viudas, madres solteras, enfermos y discapacitados, y otros grupos de población desvalidos encontraban cobijo en las campañas de la Fundación. Esta construyó conjuntos de vivienda, organizó colectas y donaciones de bienes como juguetes o máquinas de coser a lo largo de todo el país, disponía de hospitales y colonias de vacaciones, organizaba certámenes deportivos y toda otra serie de iniciativas. La escena de un niño recibiendo su primera bicicleta de manos de Evita o una familia su primera vivienda a través de planes de pagos se volvieron postales y experiencias de una intensidad emocional imborrable, contribuyendo a generar el lazo tan fuerte entre amplias masas de la población y las figuras de Perón y Evita.³³

33. Sobre la Fundación Eva Perón, véase Néstor Ferioli, *La Fundación Eva Perón* (Buenos Aires: CEAL, 1990). Sobre Evita, véase Marysa Navarro, *Evita* (Buenos Aires: Planeta, 1994).

En segundo lugar, mencionamos el rol del movimiento sindical. El peronismo se caracterizó, como dijimos, por una alta tasa de sindicalización. Asimismo, por un sistema sindical sumamente centralizado, con la CGT como núcleo de poder y de decisiones sobre la totalidad del movimiento. En virtud de una legislación sindical establecida ya en 1945, en la Argentina existía el sistema del sindicato único por rama, que limitaba la competencia por la afiliación y fortalecía al único gremio autorizado para cada rama de actividad. Estos gremios, a su vez, se confederaban en la CGT, que se volvía representante monopólica del movimiento obrero, y su interlocutora ante el resto de la sociedad, así como ante el propio Perón. Evita era el punto de articulación entre la CGT y Perón, y en ese sentido cumplió también un rol institucional clave en el gobierno. Ella dialogaba directamente con los gremios, negociaba con ellos, y así obtenía los fondos para la Fundación. La alta tasa de sindicalización, a su vez, daba enormes recursos a los sindicatos, que los plasmaban en las mencionadas obras sociales, los hoteles de vacaciones, los policlínicos, etcétera.

Los analistas del período destacan la compleja relación entre Perón y el movimiento obrero. Más allá del obvio apoyo y de la identificación política, entre el movimiento obrero y Perón existía una tensión implícita entre autonomía y obediencia. El sindicato tenía su fuerza en las comisiones internas de cada fábrica, pero a su vez la centralización y el verticalismo limitaban su autonomía con respecto al gobierno, lo cual, como veremos, tendría su importancia en el devenir de las políticas económicas del peronismo.³⁴

34. Sobre la relación del régimen peronista con el movimiento obrero, véanse Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista 1943-1955* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006); Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1990), y Marcos Schiavi, *El poder sindical en la Argentina peronista 1946-1955* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2013). Es interesante comparar, en este plano, la experiencia del peronismo con otros populismos. El control centralizado del movimiento

Las políticas económicas

Las políticas redistributivas del peronismo fueron posibles, y también retroalimentadas, por sus políticas económicas. En sus primeros tres años, Perón se vio beneficiado por el *boom* económico que, en forma algo paradójica, había traído la Segunda Guerra Mundial a la economía argentina. Mientras que la guerra había lógicamente paralizado el comercio exterior, con todo el impacto que eso significa para una economía que continuaba teniendo un sesgo exportador, aquella trajo también, y por esa misma razón, un enorme estímulo para la industria sustitutiva, que como vimos ya venía en crecimiento durante toda la década de 1930. A esto se sumó que la falta total de importaciones, además de estimular la industrialización, generaba un gran superávit comercial, con la consiguiente acumulación de divisas.

Este tejido industrial dinámico y estas reservas van a ser aprovechadas por Perón, quien elegirá una estrategia económica de profundización de la industrialización sustitutiva. Como mencionamos más arriba, Perón comparte con los demás populismos históricos la preferencia por un modelo económico industrialista y centrado en el mercado interno (*versus* el mercado exterior), que muchas veces es denominada “nacionalismo económico”, en el cual el Estado cumple un rol muy importante en la asignación de recursos.

El intervencionismo estatal se da de una serie de maneras. Por un lado, a través de la nacionalización de las empresas proveedoras de servicios públicos. Teléfonos, luz, agua y sobre todo ferrocarriles (que fueron el objeto de una intensa campaña propagandística) son nacionalizados con el objetivo, por un lado,

obrero pareció darse más plenamente en el peronismo que en otros casos, como por ejemplo el cardenismo mexicano, en el que se da una dificultad mucho mayor por parte del régimen para contener a las organizaciones obreras y campesinas activadas desde la época de la Revolución en 1910. Véase Collier y Collier, *Shaping the Political Arena*.

de controlar mejor sus precios y prioridades, y, por otro, para sostener una idea de soberanía y autarquía económicas muy importantes para el régimen. Estas nacionalizaciones incluyen también la nacionalización de los depósitos bancarios y un cambio en el directorio del Banco Central, todo lo cual le permite al gobierno llevar a cabo una generosa política de crédito industrial. En tercer lugar, el Estado también monopolizó el comercio exterior argentino a través de una institución estratégica, el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI). Este aprovechó la coyuntura de precios internacionales altos para los productos agropecuarios argentinos: todo producto a exportar debía ser vendido al IAPI (en vez de ser exportado directamente), a precios fijados por el Estado, lógicamente menores que los internacionales; el IAPI luego realizaba la exportación, al precio internacional, y de esa manera se quedaba con un diferencial que utilizaba para toda una batería de medidas, tales como financiación de las nacionalizaciones de empresas, subsidio de los precios de los alimentos y promoción industrial (créditos, subsidios para la importación de bienes de capital, etcétera).³⁵ Teniendo en cuenta que los productos exportables argentinos son los mismos que los productos de consumo popular (básicamente cereales y carne), este desacople entre precios internacionales e internos tenía, además, una función social fundamental, que era mantener bajos los precios de los alimentos en el mercado interno, y así sostener los altos salarios reales.³⁶

35. Para una descripción general de las políticas económicas del peronismo, véase Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez, "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo", en *Nueva Historia Argentina*, t. 8, *Los años peronistas (1943-1955)*, dir. por Juan Carlos Torre (Buenos Aires: Sudamericana, 2002). Véanse también Marcelo Rougier, *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica* (Buenos Aires: Sudamericana, 2012), y Roberto Cortés Conde et al., eds., *La economía de Perón. Una historia económica 1946-1955* (Buenos Aires: Edhasa, 2020).

36. Esta característica, si se quiere estructural, de la economía argentina, ha sido señalada por muchos analistas. Entre ellos, Guillermo O'Donnell mostraría las consecuencias que tiene sobre el posicionamiento conflictivo de los grupos sociales

Esta última observación nos revela una dimensión profunda de las políticas económicas peronistas, que es su complementariedad con las políticas sociales. Volcando recursos de la economía exterior al mercado interno, promoviendo la industria en una variedad de maneras (a las ya mencionadas tenemos que sumar el proteccionismo aduanero) y, fundamentalmente, sosteniendo a través de las políticas sociales el nivel de consumo de las masas, el peronismo estaba dando también un gran dinamismo a la economía industrial. A pesar de las dificultades que para los empresarios significaban los altos salarios y, más en general, el “empoderamiento” de los trabajadores en sus plantas de producción, esta fue para el empresariado industrial argentino una época de enorme bonanza, de crecimientos vertiginosos de las ventas debido justamente al alto poder adquisitivo del salario.³⁷

Este esquema económico de crecimiento “hacia adentro” tenía también debilidades. Las principales fueron dos: el déficit del comercio exterior y la inflación. Con respecto al primero, era una consecuencia lógica de la priorización del sector interno y de la sustracción de recursos a las actividades exportadoras (agricultura y ganadería), que dificultaba la reinversión y la mejora tecnológica. A esto se sumarían, hacia 1950, dos problemáticas más. La primera, pasajera, fueron dos años sucesivos de sequías y malas cosechas. La segunda, de largo plazo, fue la caída de los precios internacionales de las materias primas que la Argentina exportaba, finalizada la crisis de posguerra (que para la Argentina no había sido tal) a partir del lanzamiento del Plan Marshall en 1948. El segundo problema, la inflación, que tenía que ver con el propio ciclo de crecimiento del consumo (la demanda), también comenzó a agravarse por esa misma época. No es el tema de este

en torno a la elección de políticas económicas. Véase Guillermo O'Donnell, “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, *Desarrollo económico*, vol. 16, n.º 64 (1977).

37. James Brennan, “El empresariado: la política de cohabitación y oposición”, en *Nueva Historia Argentina*, t. 8, dir. por Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*.

trabajo desarrollar estas dos problemáticas, pero sí es interesante subrayar que, sobre todo en su segundo gobierno (o sea a partir de 1952), Perón logró sortear con relativo éxito ambas cuestiones, a través de modificaciones en el esquema económico que se basaron, por un lado, en revertir los canales de redistribución entre sector externo e interno (con el IAPI ahora “subsidiando” a los productores) y, por otro, en poner ciertos frenos y límites a la continuidad de los aumentos salariales (la así llamada “ofensiva de la productividad”), los cuales tensaron al máximo la relación entre Perón y el movimiento obrero, incluyendo episodios de huelgas y resistencia a las nuevas políticas económicas.

Lo más importante a retener de estas dos cuestiones críticas es que demarcan una particular cronología para el devenir económico-social del peronismo. Los años de bonanza, durante la cual el ciclo de crecimiento del mercado interno, crecimiento industrial y mejora del nivel de vida marcharon juntos y conformaron esta revolución en la vida cotidiana, fueron tan solo tres o cuatro, de 1946 a 1949. Estos años marcaron una “edad de oro”, una sensación de prosperidad y felicidad para gran parte de la población, y quedaron así grabados en la memoria popular, hasta el punto de que puede afirmarse que gran parte de la conformación de la identidad política peronista, de esa lealtad profunda, se forjó en la memoria y en la reivindicación de la experiencia de esos tres años vividos.

Una última observación sobre las políticas económicas peronistas, que se conecta con lo recién mencionado, tiene que ver con la publicidad de todos estos hechos económicos. La vivencia de los mismos es indisoluble de la intensa propaganda política de la gestión económica gubernamental. Toda una serie de fotos y afiches, de textos, de videos proyectados en las salas cinematográficas y la televisión (medio recién llegado al país en esa época), etcétera, fue

difundiendo entre la población las imágenes de esta prosperidad.³⁸ Con una estética muy propia, y con un lenguaje centrado en la felicidad, en el rol del Estado y en la obtención de derechos largamente postergados, el peronismo construyó una campaña visual de esta experiencia, que se volvió un cimiento importante de su legitimidad y su memoria social, al igual que, como veremos, un factor más de polarización entre quienes simpatizaban y quienes no simpatizaban con esta experiencia política.

La dinámica de polarización política

Como hemos visto, entonces, el peronismo fue un enorme experimento de redistribución social y de política económica, para muchos vivenciado como una verdadera “edad de oro”. Pero este retrato de la experiencia peronista estaría incompleto si no prestamos atención, en esta última sección, a lo que podría denominarse la dinámica política que caracterizó a estos diez años, una dinámica política vertiginosa marcada por la tensión y la polarización.

¿A qué nos referimos con polarización? Básicamente a una línea demarcatoria en el arco político, que lo divide en dos bandos, peronismo y antiperonismo. Esta división, por un lado, se caracteriza por excluir toda posibilidad de vías medias o independientes: o se está a favor o se está en contra. Por otro lado, esa demarcación se extiende a otros planos de la vida (la religión, la cultura, las relaciones sociales).³⁹ En tercer lugar, y este elemento es fundamental para entender la fuerza y la

38. Marcela Gené, *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

39. Existen muchas aproximaciones a la temática de la polarización política en el peronismo y en el populismo en general. Véanse Laclau, *La razón populista*, y Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires: Eudeba, 1986).

perdurabilidad de esta dicotomía, tiene que ver con que fue una dicotomía que, como ya mencionamos, se basaba en claras distinciones sociales. De 1946 en adelante, la sociedad argentina se dividiría políticamente en unas clases obreras y populares de fuerte identidad peronista, y unas clases medias y altas férreamente antiperonistas. Pasemos ahora a la explicación de cómo y por qué se fue dando esta polarización política, así como a las consecuencias que tuvo.

La dicotomía peronismo-antiperonismo tuvo una expresión temprana, que contiene ya implícitas todas las características que desplegaría en los años siguientes. En las elecciones de 1946, los opositores al gobierno militar (que abarcaban alineaciones ideológicas tan dispares como socialistas y comunistas, el sector mayoritario de la Unión Cívica Radical y partidos conservadores como el Partido Demócrata Progresista) confluyen en una coalición política llamada Unión Democrática. ¿Qué los une? La percepción común de que Perón, tras su discurso aparentemente social y pro-obrero, es en realidad un fascista; la consigna de la Unión Democrática era, de hecho, “Por la libertad, contra el nazifascismo”.⁴⁰ En contraparte, para Perón y sus seguidores, la Unión Democrática también enmascaraba otras intenciones; detrás de su discurso pretendidamente liberal y democrático, en realidad era una simple coalición defensora de los privilegios, en contra de la obra de igualación social que Perón venía impulsando desde 1943.⁴¹ Así, vemos una dicotomía de legitimaciones y deslegitimaciones cruzadas, en la cual los dos bandos enfrentados impugnan al contrario atribuyéndole una intencionalidad oculta de destruir valores considerados fundamentales, como la libertad y la justicia social, respectivamente.

40. Torre, dir., *Nueva Historia Argentina*, t. 8, *Los años peronistas (1943-1955)*.

41. En palabras de Perón, “lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre justicia social e injusticia social”. Véase Torre, dir., *Nueva Historia Argentina*, t. 8, *Los años peronistas (1943-1955)*.

Esta dicotomía no hará sino desplegarse y profundizarse en el tiempo. Una primera aproximación para entender cómo fue desplegándose tiene que ver con el estilo político del peronismo. Desde el principio de las administraciones de Perón (y por supuesto en el gobierno militar que lo precedió) existió una vocación muy fuerte de absorber todos los resortes del poder del Estado y de limitar los mecanismos del “libre juego” entre oposición y gobierno. Esto lo vemos en ciertas instancias. En primer lugar, en la intervención de la Corte Suprema de Justicia que el gobierno hace en 1946, deponiendo a los jueces preexistentes y nombrando nuevos, lo cual lógicamente atenta contra la tradición liberal de división de poderes. Otra instancia sería la reforma constitucional del año 1949, en la cual, mientras por un lado se consolidan los derechos sociales y ciertos principios de política económica, también se habilita la reelección consecutiva (que Perón lograría en 1951 con un contundente 62 %), lo cual es visto por la oposición como una afrenta a otra tradición liberal, la de la alternancia en el poder. Un tercer ejemplo es la modificación del régimen electoral en 1951. Esta ley, diseñada para las elecciones presidenciales de fines de ese año, mientras que por un lado fue democratizadora en cuanto permitió la elección directa de todos los cargos (siguiendo una prescripción, justamente, de la nueva Constitución) y amplió el padrón para incluir, luego de una campaña liderada por Evita, el voto femenino, también planteó, por otro lado, serios obstáculos a la posibilidad de la competencia electoral, a través de la modificación discrecional de circunscripciones electorales en formas que disminuían las chances de los candidatos opositores de acceder al Congreso, espacio que poco a poco fue siendo desplazado de la toma de decisiones.⁴² Muchos autores han interpretado esto como el paso del pluralismo al unanimismo, es decir, una concepción

42. Sabrina Ajmechet, “La ley electoral de 1951, de la representación a la encarnación”, *Estudios Sociales*, n.º 52 (2017).

cuasi-rousseauiana de la política en la cual el pueblo tiene una expresión unívoca, en lugar de una concepción pluralista según la cual en la sociedad existe diversidad de voces, cuyo conflicto se articula a través de la representación política.

Un segundo elemento de este estilo político lo vemos no solo en la vocación de absorción total de las instituciones de gobierno, sino también en la vocación hegemónica sobre la sociedad civil, a través de la injerencia en espacios estratégicos. Un ejemplo de esto es la intervención de las universidades, que se da desde el principio del gobierno peronista. Se trata aquí, una vez más, de una situación interesante por sus ambigüedades: por un lado, se repite la vocación democratizadora del peronismo, que es un gobierno que amplía enormemente la matrícula universitaria a través de la declaración de la gratuidad de la universidad. Una vez más, el lenguaje de los derechos, ahora aplicado a la educación superior, por primera vez accesible para las clases bajas. Pero, por otro lado, la intervención del Poder Ejecutivo en las universidades a través de la remoción de docentes y el control de contenidos, generará un fuerte exilio de profesores y colaborará con el alineamiento casi homogéneo de los profesores y las clases intelectuales en el antiperonismo (lo cual, por supuesto, tiene también una explicación sociológica, en el sentido de que sectores como los profesores, la intelectualidad y los profesionales pertenecían a las clases medias, refractarias en general al peronismo –en el caso de estos sectores, muchas veces de corte liberal o progresista–, por identificarlo con el fascismo).⁴³

Más relevante es la intervención del peronismo sobre la prensa, con un creciente aparato de censura y con el acallamiento de voces opositoras. Los casos más emblemáticos de esto serán

43. Sobre la relación entre los intelectuales y el peronismo, véanse Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo* (Buenos Aires: Alianza, 1998), y Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo 1945-1955* (Buenos Aires: Biblos, 2011).

diarios como *La Prensa*, uno de los principales periódicos del país, muy tradicional, conservador y antiperonista, que luego de una escalada de conflictos sería finalmente cerrado por el gobierno, expropiado y reabierto como diario oficialista, o el periódico socialista *La Vanguardia*, que enfrentó la censura en muchos momentos.⁴⁴ La persecución sobre la oposición incluso llegará a los propios políticos radicales, socialistas y conservadores, quienes en muchas ocasiones enfrentarían la detención y la prisión.

En complemento con este sesgo autoritario, el peronismo desplegaría su incesante aparato de educación y publicidad, muy recordado hasta la actualidad, que procuraba realizar una permanente difusión de la obra y la ideología de gobierno. Desde los manuales escolares de la escuela primaria (por ejemplo los manuales de lectura, enseñando las virtudes de Perón, de Evita y del gobierno justicialista con un lenguaje paternalista) hasta los actos multitudinarios y la publicidad ya mencionada de la obra social y económica del gobierno a través de la prensa, los afiches y el cinematógrafo, el gobierno procuraba algo así como la “hiperpolitización” de la sociedad y el apoyo activo de la ciudadanía. El culto a la personalidad se desplegaba en imágenes, monumentos e incluso en la nomenclatura de pueblos y provincias.⁴⁵

Hay que entender que esta formulación de una ideología de gobierno y su aparato de difusión funcionaban como factores de exacerbación de las dicotomías existentes. Se trataba de una política cultural que estimulaba la identificación tanto como el

44. Sobre Perón y la prensa, véanse María Liliana Da Orden y Julio César Melon Pirro, comps., *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943-1958* (Rosario: Prohistoria, 2007), y Raanan Rein y Claudio Panella, comps., *Peronismo y prensa escrita. Abordajes, miradas e interpretaciones nacionales y extranjeras* (La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2008).

45. Sobre el aparato ideológico y educativo del peronismo, véanse Mariano Ben Plotkin, *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955* (Buenos Aires: Ariel, 1994), y Gené, *Un mundo feliz*.

rechazo. Quienes comulgaban con el gobierno, lo veían como expresión que reforzaba las conquistas logradas al darlas a conocer a la población. Quienes se oponían a él, refrendaban su visión de que este era un gobierno fascista, que manipulaba a las masas y estimulaba la obediencia ciega al líder. No hay episodio que muestre mejor estas tensiones que la muerte de Eva Perón en junio de 1952. Con solo treinta y tres años, luego de no mucho más de un lustro de ferviente actividad política que, como comentamos, la hizo objeto de la devoción popular más profunda, Evita murió de un cáncer diagnosticado en 1950. Hasta el día de hoy, las imágenes del funeral de Evita conmueven por su emotividad y dolor, y por su masividad: durante dos semanas, más de tres millones de personas desfilaron por el centro de Buenos Aires para despedirse de la primera dama. En simultáneo, los opositores más acérrimos harían pintadas en las paredes de la ciudad con la leyenda “Viva el cáncer”, y los no tan acérrimos veían con fuerte rechazo los permanentes honores que, en un coro oficial, se harían de allí en adelante a la figura de Evita (por ejemplo, interrumpiendo todos los días las transmisiones radiales en el horario de su muerte).

Las tensiones en torno a la antinomia peronismo-antiperonismo no harán sino profundizarse durante el segundo gobierno de Perón. Es un debate abierto el de explicar esta profundización. Por un lado, vemos cómo se incrementan el autoritarismo y el unanimismo, cómo la oposición ve cerrados sus espacios y se enfrenta con un panorama en el cual el peronismo ha llegado para quedarse. Por otro lado, a su vez, una interpretación en términos de clases sociales nos permite ver que lo que esta oposición no puede aceptar son las propias políticas redistributivas del peronismo, que alteran las jerarquías sociales en términos y magnitudes que juzga inadmisibles. En esta línea de interpretación, la vocación de poder y de hegemonía del peronismo no sería un atributo propio de su supuesto “ADN fascista”,

sino justamente la forma en la cual el peronismo pudo realizar cambios tan profundos que de otra manera habría sido imposible realizar. Cualquiera de los dos caminos nos conduce nuevamente a la idea que anticipamos en la primera sección de este trabajo: como los demás populismos, el peronismo no logró un sistema de dominación estable. La magnitud de las transformaciones que trajo, su estilo político y la fuerza de la oposición llevaron finalmente a su caída.

Esta se dio gradual pero rápidamente. A nivel social, ya hemos explicado que la oposición al peronismo provenía tanto de las clases altas como de la más amplia clase media, incluyendo en ella sectores como los profesores universitarios y los intelectuales, los profesionales, el movimiento estudiantil y una creciente militancia cristiana. En el plano político, también mencionamos ya que abarcaba a una pluralidad de sectores (socialistas y comunistas, radicales, conservadores). La novedad que se va dando a lo largo de los años es que a todos estos sectores se sumará la oposición creciente de instituciones clave, como la Iglesia y las Fuerzas Armadas, que habían formado parte de la coalición inicial de Perón. Los factores que llevaron a este cambio son complejos. En ambos casos se trata de instituciones fuertemente tradicionalistas, que pronto comenzaron a ver con malos ojos las transformaciones sociales que Perón encabezaba. A esto se sumaría un rechazo generado también por el aparato ideológico del peronismo, que se enfrentaba por un lado con el rol tradicional que la Iglesia había desempeñado en áreas como la educación y la cultura, y que por otro lado había comenzado a perturbar la dinámica interna en las Fuerzas Armadas, al introducir clivajes políticos que alteraban por ejemplo los sistemas de ascensos y promociones.⁴⁶

46. Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina. 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1985), y Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina 1943-1973* (Buenos Aires: Emecé, 1982).

El rol de la Iglesia será muy particular. Al estar tanto los partidos políticos como los medios de comunicación férreamente controlados por el gobierno, las iglesias se vuelven foros de discusión y espacios de activismo para los opositores de los más variados, que incluirían hasta partidos de tradición anticlerical como el socialismo y el comunismo. En torno a la Iglesia y al catolicismo en general, que se van a presentar a sí mismos como mayoría perseguida, se nucleará entonces toda esta diversidad de fuerzas opositoras, que encuentran allí el espacio donde articular su actividad política.⁴⁷ Muchos sectores dentro de ellas, ante la inexistencia de instancias institucionales por medio de las cuales expresar el disenso (dada la rigidización creciente del régimen, la censura y la progresiva marginación de los políticos opositores del juego político) comenzarán a incursionar en formas alternativas, no democráticas, de acabar con el ciclo político de Perón.

Son las Fuerzas Armadas las que encabezarán estas iniciativas, a través de una sucesión de conspiraciones e intentos de golpes de Estado. El primero, aislado y que fracasa antes de comenzar, fue en 1951, que generó importantes purgas por parte del gobierno, lo cual exacerbó el ánimo de los militares antiperonistas. A mediados de 1955 la polarización escaló a un pico máximo, cuando un enfrentamiento entre Perón y las jerarquías de la Iglesia condujo a una gran procesión religiosa en la fecha de Corpus Christi (11 de junio) que se constituyó en la primera gran manifestación callejera de oposición al gobierno. Pocos días después, un sector de la Marina (el ala más antiperonista dentro de las FF. AA.) encabezó un intento de magnicidio, desplegando un bombardeo aéreo a la Plaza de Mayo que mató a más de trescientos civiles (incluyendo a niños que iban en un transporte escolar). Luego de este segundo intento

47. Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955* (Buenos Aires: Emecé, 2010), es quien mejor analizó el conflicto entre Perón y la Iglesia católica. Véase Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999).

fallido de golpe de Estado, continuaron las conspiraciones entre una oficialidad de las Fuerzas Armadas cada vez más volcada al antiperonismo, que condujeron finalmente, en septiembre de 1955, a un tercer golpe de Estado, ante el cual Perón decidió renunciar y exiliarse para evitar (hasta donde se sabe) una escalada mayor de violencia que podría haber conducido a una guerra civil.⁴⁸

Este primer ciclo peronista terminó con esta iniciativa militar, este golpe de Estado autodenominado “Revolución Libertadora”, un nombre que condensa todas las contradicciones que atravesaban al campo antiperonista. Con fuerte apoyo civil, los militares proclamaban que “liberaban” al país de las garras de un tirano, de aquel líder que la oposición veía como un fascista ya desde sus inicios. En el nuevo régimen que surgía, esta libertad se combinaría con la prohibición del peronismo como partido político, a pesar de que, durante las décadas que seguirían y hasta el día de hoy, esta sería la identidad política predominante entre las clases populares. Una revolución, entonces, hecha en nombre de la libertad y la democracia pero con un componente fuertemente antidemocrático, que no haría sino profundizar la antinomia peronismo-antiperonismo y la inestabilidad política en el país durante casi treinta años.

Conclusiones

En este recorrido por el primer peronismo, hemos destacado varios de sus rasgos. Hemos visto cómo a través de sus formidables políticas redistributivas se entroncaba, por un lado, con la “familia” más amplia de los populismos latinoamericanos y, por otro, con aquel contexto que le había dado origen, el de la Argentina de los años treinta, una sociedad en la que los sectores

48. Para la crónica de todos estos hechos, véanse Torre, dir., *Nueva Historia Argentina*, t. 8, *Los años peronistas (1943-1955)*, y Pablo Gerchunoff, *La caída, 1955* (Buenos Aires: Crítica, 2018).

obreros portaban un peso mayor que nunca antes, pero carecían de representación en la arena política. Fue a través de darles voz y representación a estas masas, así como toda una serie de derechos sociales y laborales y una vivencia de dignidad y bienestar nunca antes experimentada, que el peronismo logró hacer carne y volverse definitivamente la identidad política predominante de los sectores populares argentinos.

En ese sentido, creemos que esta coyuntura de origen, tal como la hemos explicado en este trabajo, ayuda a entender en gran medida la peculiaridad del peronismo, comparado con los demás populismos de la región, que es su persistencia como identidad política hasta el día de hoy. El peronismo no terminó en 1955, como pensaban quienes depusieron a Perón, sino que el propio hecho de la proscripción y el exilio del líder, así como la persecución que sufrieron sus militantes, no hicieron sino fortalecer el sentimiento peronista en la clase obrera, ahora en soledad frente al sistema político y al resto de la sociedad. Movidos por esta persecución y por la noción y la memoria de la experiencia de felicidad pasada, la clase obrera argentina persistiría en su reivindicación del peronismo, lo cual llevaría a futuras luchas y, como hemos anticipado, a una profunda inestabilidad de un sistema político que, desde 1955 en adelante, fundaba su legitimidad en la democracia pero excluía a un sector importante de aquella voluntad popular en la que pretendía basarse.

La historia del peronismo continúa luego de los años de los primeros dos gobiernos, y excede los límites de este relato. El peronismo atravesó muchas transformaciones en los veinte años subsiguientes, y Perón, ya viejo, volvería al país en 1973 como figura que, intentando mantener unidos a todos los diversos sectores que habían surgido en el interior del movimiento, permitiría dar solución a la crisis recurrente que el sistema semidemocrático enfrentaba desde 1955. Este intento se frustraría por la muerte de

Perón menos de un año después, y por una espiral de violencia política que sería llevada a su máxima expresión por la dictadura militar de 1976-1983. Ya en democracia, el peronismo atravesaría todavía más transformaciones: volviéndose un partido institucionalizado y menos verticalista en la década de 1980, neoliberal en la de 1990 y retomando las viejas banderas justicialistas en el nuevo siglo. Se trata de un partido, un movimiento y, más en general, de una identidad política tan poderosa como compleja, cuya historia está abierta y se sigue escribiendo hasta nuestros días.

Bibliografía

- Aboy, Rosa. *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Ajmechet, Sabrina. “La ley electoral de 1951, de la representación a la encarnación”. *Estudios Sociales*, n.º 52 (2017).
- Alonso, Paula. *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa, 2010.
- Andrenacci, Luciano *et al.* “Acerca del Estado de Bienestar en el peronismo clásico 1943-1955”. En *El país del no me acuerdo. (Des)memoria institucional e historia de la política social en Argentina*, compilado por Julián Bertranou, Juan Manuel Palacio y Gerardo M. Serrano. Buenos Aires: Prometeo, 2004.
- Ballent, Anahí. *Las huellas de la política: vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires 1943-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2009.
- Barros, Mercedes. “Derechos que sujetan, sujetos de derecho bajo el primer peronismo”. *Estudios sociales*, n.º 47 (2014).
- Berrotarán, Patricia *et al.* *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo 1946-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2004.
- Bilsky, Edgardo. *La FORA y el movimiento obrero*. Buenos Aires: CEAL, 1985.

- Botana, Natalio. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- Braun, Herbert. *The Assassination of Gaitán. Public Life and Urban Violence in Colombia*. Madison: University of Wisconsin Press, 1986.
- Brennan, James. “El empresariado: la política de cohabitación y oposición”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 8, dirigido por Juan Carlos Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- Caimari, Lila. *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*. Buenos Aires: Emecé, 2010.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 1969.
- Casullo, María Esperanza. *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2019.
- Collier, Ruth Berins y David Collier. *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2002.
- Conniff, Michael. *Urban Politics in Brazil: The Rise of Populism, 1925-1945*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1981.
- Cortés Conde, Roberto et al. *La economía de Perón. Una historia económica 1946-1955*. Buenos Aires: Edhasa, 2020.
- Da Orden, María Liliana y Julio César Melon Pirro, comps. *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943-1958*. Rosario: Prohistoria, 2007.
- De Privitellio, Luciano. “La política bajo el signo de la crisis”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dirigido por Alejandro Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.

- Díaz Alejandro, Carlos. "América Latina en los años treinta". En *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*, compilado por Rosemary Thorp. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Doyon, Louise. *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006.
- Elena, Eduardo. *Dignifying Argentina: Peronism, Citizenship, and Mass Consumption*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2011.
- Falcón, Ricardo. *El mundo del trabajo urbano 1890-1914*. Buenos Aires: CEAL, 1986.
- Feroli, Néstor. *La Fundación Eva Perón*. Buenos Aires: CEAL, 1990.
- Fiorucci, Flavia. *Intelectuales y peronismo 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos, 2011.
- Funes, Patricia. *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2014.
- Gené, Marcela. *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Gerchunoff, Pablo. *La caída, 1955*. Buenos Aires: Crítica, 2018.
- Gerchunoff, Pablo y Damián Antúnez. "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo". En *Nueva Historia Argentina*, t. 8, dirigido por Juan Carlos Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach. *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel, 1998.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1979.
- Hall, Michael y Hobart Spalding. "La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina 1880-1930". En *Historia de América Latina*, editado por Leslie Bethell, vol. 8. Barcelona: Crítica, 1997.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1996.

- Halperin Donghi, Tulio *et al.* *Historia Económica de América Latina, desde la independencia a nuestros días*. Barcelona: Crítica, 1997.
- Hamilton, Nora. *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico*. Princeton: Princeton University Press, 1982.
- Healey, Mark. *El peronismo entre las ruinas: el terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.
- Hora, Roy. *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2010.
- Horowitz, Joel. “El movimiento obrero”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dirigido por Alejandro Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1945)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Knight, Alan. *La revolución mexicana: del porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Korzeniewicz, Roberto. “Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943”. *Desarrollo económico*, vol. 33, n.º 131 (1993).
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lattes, Alfredo. “Esplendor y ocaso de las migraciones internas”. En *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario*, compilado por Susana Torrado. Buenos Aires: Edhasa, 2007.
- Levine, Robert. *Father of the Poor? Vargas and His Era*. Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Levitsky, Steven y Kenneth Roberts, eds. *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2011.
- Lida, Miranda. *Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el XX*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.
- Lobato, Mirta Zaida. “Los trabajadores en la era del ‘progreso’”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 5, dirigido por Mirta Zaida Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

- Losada, Leandro. *Política y vida pública. Argentina 1930-1943*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2017.
- Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone. “Los complejos de la Cenicienta”. En *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*, compilado por María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Macor, Darío. “Partidos, coaliciones y sistema de poder”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 7, dirigido por Alejandro Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1945)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Matsushita, Hiroshi. *Movimiento obrero argentino 1930-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1983.
- Milanesio, Natalia. *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014.
- Moya, José. *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Müller, Jan-Werner. *What is Populism?* Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1971.
- Navarro, Marysa. *Evita*. Buenos Aires: Planeta, 1994.
- Neiburg, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza, 1998.
- O'Donnell, Guillermo. “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”. *Desarrollo económico*, vol. 16, n.º 64 (1977).
- Pastoriza, Elisa y Juan Carlos Torre. *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa, 2019.
- Plotkin, Mariano Ben. *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
- Potash, Robert. *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.

- Rein, Raanan y Claudio Panella, comps. *Peronismo y prensa escrita. Abordajes, miradas e interpretaciones nacionales y extranjeras*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2008.
- Rocchi, Fernando. “El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 5, dirigido por Mirta Zaida Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Ross, Peter. “Justicia Social: Una evaluación de los logros del peronismo clásico”. *Anuario IEHS*, n.º 8 (1993).
- Rougier, Marcelo. *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.
- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina 1943-1973*. Buenos Aires: Emecé, 1982.
- Ruiz Moreno, Isidoro. *La neutralidad argentina en la Segunda Guerra*. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- Schiavi, Marcos. *El poder sindical en la Argentina peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.
- Scobie, James. *Buenos Aires: del centro a los barrios 1870-1910*. Buenos Aires: Solar / Hachette, 1977.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba, 1986.
- Topik, Steven y Allen Wells. *The Second Conquest of Latin America: Coffee, Henequen and Oil during the Export Boom. 1850-1930*. Austin: University of Texas Press, 1998.
- Torre, Juan Carlos. *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.
- “Introducción a los años peronistas”. En *Nueva Historia Argentina*, t. 8, dirigido por Juan Carlos Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.
- “La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?” En *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.

— “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”. *Desarrollo económico*, vol. 28, n.º 112 (1989).

Womack, John. *Zapata y la revolución mexicana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Zanatta, Loris. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

Los largos años sesenta

María Macarena Cordero Fernández

Profesora

Instituto de Historia, Universidad de Los Andes, Chile

Y

Carla Andrea Rivera Aravena

Profesora

Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile

Introducción: un mundo polarizado

La Guerra Fría se prolongó por más de cincuenta años, lo que implicó conflictos ideológicos en los más diversos rincones del mundo. Las grandes potencias se disputaban zonas de influjo imponiendo sus sistemas culturales, económicos, políticos y sociales. Los largos años sesenta se iniciaron con grandes esperanzas de cambios sociales, políticos y culturales, más aún luego de la Revolución cubana, que constituyó un hito en la región.¹ En efecto, el golpe a Fulgencio Batista dejó en evidencia los desequilibrios económicos y sociales no solo de la isla, sino de todo el continente, implicando una serie de consecuencias políticas. Asimismo, Fidel Castro se declaró públicamente antinorteamericano, y con ello, importantes sectores de América Latina vieron con simpatía la revolución, incluso en los años setenta, cuando ya se había demostrado que Cuba y la revolución no eran liberalizadoras.²

1. Para más detalles, véase Lawrence Freedman, "El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990", en *Historia del siglo xx*, ed. por Michael Howard y Roger Louis, (Oxford: Planeta, 1999), 249 y ss.

2. Para más detalles, véanse Leandro Morgenfeld, *Desarrollismo, alianza para el progreso y revolución cubana* (tesis doctoral, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, 2013); Luis Suárez Salazar y Dirk Kruijt, *La revolución*

En Estados Unidos, mientras tanto, John. F. Kennedy llegó al poder con un ideario que pretendía dar un giro a la política tradicional norteamericana de intervención en otros Estados, con la finalidad de afianzar la democracia liberal, los mercados y la libertad. Para ello proponía una “Alianza para el Progreso” con los países latinoamericanos.³ Esta tenía como objetivo modernizar la estructura latinoamericana y mejorar las condiciones de vida de la población, para evitar el avance del comunismo en el continente. El pacto implicaba invertir en la región dos mil millones de dólares aproximadamente, en un plazo de diez años, para asegurar un crecimiento de un 2,5 % anual. Tras ello estaba la idea de fortalecer la economía latinoamericana para evitar la inestabilidad política, ampliar el mercado y asegurar el abastecimiento de cobre y petróleo a Estados Unidos. Hubo cierto éxito al comienzo, y en el caso de Chile se adecuaron algunos programas como la reforma agraria, vivienda y educación.⁴

Con todo, falló el objetivo principal de lograr un desarrollo rápido y sostenido en el continente. Ello debido a que Estados Unidos mantuvo demasiado control sobre esta política, que funcionaba como un plan de ayuda a la industria exportadora norteamericana de América Latina. A su vez, la alianza de Castro con la Unión Soviética y el fracaso de la invasión de Bahía Cochinos por parte de la CIA hicieron que se pusiera en tela de juicio el programa. Pero aún más, con el asesinato de Kennedy,

cubana en nuestra América: el internacionalismo anónimo (Panamá: Ruth Casa, 2016); Eric Hobsbawm, *La historia del siglo xx* (Barcelona: Crítica, 1998), 432. En relación con Cuba y Chile, véase Joaquín Fernando Huerta, “Chile y la ‘cuestión cubana’ 1959-1964”, *Historia*, vol. 17 (1982): 113-200.

3. Véanse Morgenfeld, *Desarrollismo, alianza para el progreso y revolución cubana*, y Felipe Herrera, “Alianza para el progreso: los postulados y las realizaciones”, *Estudios Internacionales*, vol. 74, n.º 19 (1986): 125-132.

4. Con respecto a Chile, véanse Froilán Ramos Rodríguez y Javier Castro Arcos, “La Alianza para el Progreso en Chile y Venezuela, 1961-1963”, *Tiempo y espacio*, vol. 62, n.º 24 (2014): 93-138; Ana Josefina Arias, “Organismos internacionales y pobreza en América Latina: la matriz de la alianza para el progreso”, *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 3, n.º 1 (2009): 7-15, y Joaquín Fernando Huerta, “¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría (1962-1973)”, *Estudios públicos*, vol. 72 (1998).

la alianza perdió el empuje y Estados Unidos volvió a la política de intervención imperialista, depositando su confianza en la CIA y en sus fuerzas armadas para mantener a raya a Cuba y al comunismo. En efecto, en esta línea se produce el golpe de Estado en Brasil en 1967, punto de partida de una serie de golpes que se sucedieron en todo el continente.⁵

Ánimos de revolución

Pese lo dicho, en los años sesenta hubo confianza por parte de la población respecto del futuro, de la posibilidad de cambios. El ánimo general se canalizó hacia ello. Más aún, se produjo un desenfreno psicodélico, se inició un período de relajación de las costumbres con la aparición de la píldora anticonceptiva que conllevó modificaciones en el comportamiento femenino que implicó mayor libertad sexual. Surgieron movimientos femeninos renovados que buscaban un mayor acceso de las mujeres a la educación superior. Asimismo, se produjo un vuelco en la estética y en la moda; se acortaron las faldas, hecho que no se había visto desde los tiempos del Imperio romano; es decir, todo estaba tocado por el sello de la transformación. Se instaló un estado anímico revolucionario. Los jóvenes en Chile, en Francia, en Checoslovaquia, en México, en Estados Unidos, en todo el mundo, querían hacer la revolución, poner fin al capitalismo y refundar la sociedad; de hecho, a finales de los años sesenta se llevó adelante la gran reforma universitaria en Chile, a propósito de la toma de la Universidad Católica de Santiago y de Valparaíso.⁶

5. Patrice McSherry, *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009), Javier Peña, "Las intervenciones norteamericanas en América Latina", acceso el 15 de marzo del 2021, <http://aaargh.vho.org/espa/garaudy/intervenciones.html>; Lucas Schiapacasse Rodríguez, *La intervención de Estados Unidos en Chile en el contexto de guerra fría: aspectos políticos y culturales durante las décadas 50, 60 y 70* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2017).

6. Véase Arturo Fontaine, "Todos querían la revolución. Chile 1964-1973", *Estudios Públicos*, vol. 78 (2000); Sofía Correa Sutil et al., *Historia del siglo xx chileno: balance paradójico* (Santiago de Chile: Sudamericana, 2001).

En tal sentido estamos, entonces, en la década de las revoluciones,⁷ “entendida como una transformación rápida, decidida y cabal del orden establecido, y deviene en un giro completo de la conciencia y de los paradigmas que sustentan una sociedad determinada”⁸. Así, en la época el proyecto revolucionario se comprendió como una transformación estructural, entendida hoy en día como radical, puesto que no solamente implicaba aspectos económicos, sino que tendió también a una revolución en distintos ámbitos, a saber, sociales, culturales, religiosos, cuestión que permeó a la sociedad de la época, ya fuese en Latinoamérica, Europa, Estados Unidos o Chile.

En buenas cuentas, las sociedades, en específico la chilena, se precipitaron en un torbellino de agitación y movilizaciones promovidas por los jóvenes, por los partidos políticos, por la prensa, por los sacerdotes e, incluso, por el propio gobierno, todo lo que se encauzó en un torrencioso proceso revolucionario. Lo anterior llevó a que la acción política se desbordara de los canales tradicionales e institucionales. El Congreso y el Gobierno empezaron a ser desplazados en la generación de políticas públicas, pues se intensificaron las manifestaciones sociales, las tomas de terreno, las huelgas, las ocupaciones industriales y la movilización generalizada que se promovía desde la militancia política a los sindicatos.⁹

Todos los sujetos sociales, culturales y políticos exigían ser protagonistas en los sesenta. Y frente a estos revolucionarios surgieron los contrarrevolucionarios, lo que dio lugar a una serie de pugnas en el Estado chileno. Este es el contexto en el que Eduardo Frei Montalva inició su gobierno.

7. María Pastore, *La utopía revolucionaria de los años 60* (Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2010).

8. Correa Sutil et al., *Historia del siglo xx chileno*, 239.

9. Para más detalles, véase Correa Sutil et al., *Historia del siglo xx chileno*.

Las desmesuradas expectativas y el desbordamiento social

Si bien Frei pretendía una transformación social y cultural por la vía institucional, con miras a realizar una gran reforma agraria y en educación, paralelamente, como se ha dicho, la sociedad chilena presentaba signos de desbordamiento social. La incorporación masiva de sujetos hasta entonces ajenos a la participación política constituyó un vuelco radical respecto de cómo operaban los ambientes sociales, culturales y rurales en Chile. En este estado de cosas, además, se vieron incrementadas las expectativas y las demandas de una serie de actores sociales, entre ellos los campesinos y los jóvenes de sectores marginados, quienes vieron con grandes esperanzas este proceso.¹⁰ Ya no querían esperar y las iniciativas gubernamentales promovidas por el gobierno de Frei Montalva de alguna manera maximizarían las exigencias de profundización de los cambios estructurales –sociales–, para establecer políticas que buscaran una mayor justicia e igualdad social. Todo esto derivó en que al finalizar el gobierno de Frei Montalva el país estuviera sumido en protestas callejeras y huelgas, en un desbordamiento social absoluto, que implicaría a su vez un freno al crecimiento y un aumento del descontento. La ecuación es simple: sectores importantes de la sociedad chilena demandan cambios estructurales, pero, al mismo tiempo, como los cambios no se han realizado con la rapidez que se esperaba, la frustración se expresa mediante la protesta. En este contexto revolucionario, en plena Guerra Fría, la Democracia Cristiana, partido del presidente Frei,¹¹ junto con la Iglesia católica chilena, se define como la alternativa al comunismo y por eso propone grandes reformas.

10. Heidi Tinsman, "La tierra para el que la trabaja: política y género en la reforma agraria chilena", *Revista Perspectivas*, vol. 19, n.º 1 (2008): 53-67.

11. La figura del presidente Frei Montalva aún sigue despertando simpatías, pasiones y detractores; para efectos de este artículo, hemos seguido los derroteros marcados por Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época*, vol. 2 (Santiago de Chile: Aguilar, 2000).

Dos candidatos para tres tercios

En 1964 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales en Chile. El electorado se divide en tres tercios políticos –derecha, centro e izquierda– para dos candidatos: Frei¹² y Allende. El lema de la campaña de Eduardo Frei Montalva fue “Revolución en libertad”, es decir, la realización de reformas estructurales, pero por la vía institucional. Tras el lema hay una contradicción en los términos, porque conceptualmente la revolución conlleva violencia, derramamiento de sangre. Sin embargo, la idea que pretendían transmitir era transformarlo todo bajo el Estado de derecho y por medio de la institucionalidad democrática.

El programa de Frei planteaba la necesidad de una reforma agraria profunda, con la idea de crear miles de nuevos propietarios campesinos; asimismo, el ideario freísta pretendía la promoción popular, esto es, aumentar la participación ciudadana y mejorar los niveles de vida de los sectores populares. Buscaba la chilenización del cobre, es decir, que el Estado chileno asumiera el control de la mayoría de las empresas mineras que estaban en poder de los norteamericanos; también el derecho al voto de los analfabetos y una reforma educacional útil y moderna, entre otras cosas.¹³

El programa de Salvador Allende, por su parte, no era tan distinto; no obstante, había ciertas diferencias de fondo que explican por qué la derecha optó por Frei. La reforma agraria que impulsaba el programa de la Unidad Popular pretendía que las tierras pasasen al Estado; a su vez, llamaban a una nacionalización del cobre, la que finalmente se haría bajo su gobierno; pero

12. Jorge Maldonado, ed., *Ética, política y espíritu en Eduardo Frei Montalva* (Santiago de Chile: Sáez Editor, 2016).

13. Para más detalles, véase Joaquín Fermandois Huerta, “La larga marcha a la nacionalización: el cobre en Chile, 1945-1971”, *Anuario de Historia de América Latina*, vol. 38, n.º 1 (2001): 287-312.

también a la nacionalización de la banca, la democratización del ejército, la reducción de edad para votar a los dieciocho años y que este derecho se ampliara a los analfabetos.¹⁴

Los temores de la derecha¹⁵ y la intransigencia de Frei

Si bien presentó candidato a la presidencia, lo cierto es que la derecha temió que Allende y su coalición formada por socialistas, comunistas y grupos castristas llegaran al poder, por lo que sin mediar negociación alguna respecto de las reformas que pretendía realizar la DC, optó por votar a Frei, que representaba las ideas de centro, y que fue considerado como “el mal menor”. Es importante precisar que el gobierno de Alessandri, inmediatamente anterior al de Frei Montalva, había fracasado en su cruzada antimarxista. Tras ello, en 1964, la derecha chilena votó por Eduardo Frei para impedir la llegada de los socialistas al poder. Mientras tanto, el presidente Frei, aunque estaba consciente de que con los votos de la derecha podía ser presidente, declaró públicamente que “ni una coma de su programa iba a cambiar”; con ello advertía a la derecha chilena que, pese a sus votos, de igual forma llevaría adelante las reformas estructurales, entre ellas la agraria. Esto es un punto importante, porque si bien Frei tenía claro que había ganado las elecciones gracias a los votos de la derecha, durante el ejercicio de su gobierno obvió este hecho. Tal situación fue del todo compleja, puesto que si bien llegaba al poder con una mayoría absoluta, una gran cantidad de los votantes favorables a la DC no adherían al programa de gobierno. Sin embargo, esto

14. Para más detalles de los programas de gobierno, véase Correa Sutil *et al.*, *Historia del siglo xx chileno*, 226 y ss.

15. Para un mejor entendimiento de la derecha chilena, véase Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo xx* (Santiago de Chile: Sudamericana, 2011).

no se tradujo en concesiones que habría esperado la derecha; por el contrario, Frei no estuvo dispuesto a negociar las reformas, lo que generó mayor pugna y conflicto dentro de la clase política chilena y contribuyó a ahondar la polarización ideológica.

Frei y la débil democracia chilena

Luego de una multitudinaria campaña presidencial, que incluyó una de las manifestaciones con mayor asistencia en la historia de Chile, la llamada marcha de la Patria Joven,¹⁶ Eduardo Frei ganó las elecciones con un 56,08 %, lo que constituye una de las más altas votaciones históricas y la más alta del siglo xx. Asumió el mando de la nación el 3 de noviembre de 1964; la tarea que tenía por delante no era fácil, pues planteó la necesidad de hacer reformas estructurales dentro de un contexto bastante complejo. En efecto, el proceso de democratización en Chile fue muy lento; el mito en torno a que la democracia y la república chilena es la más larga y estable de América Latina es solo eso: un mito. El siglo xx chileno se inició con una guerra civil en 1891, y en los años treinta hubo una serie de movimientos militares de distinto tinte ideológico. A mediados de los años sesenta, la nación estaba en vías de democratización, aunque en un proceso que se desarrollaba muy lento y sobre la base de un sistema de partidos que prácticamente eran en su totalidad oposición a Eduardo Frei, muchos de los cuales carecían de vocación democrática.¹⁷

16. Michael Metzeltin, Annette Frank y Martina Meidl, "Un discurso identitario: la marcha de la Patria Joven de Eduardo Frei Montalva", *Boletín de Filología*, vol. 40 (2004): 63.

17. Es necesario entender el sistema de partidos políticos chilenos, su evolución, transformación y cambios durante el siglo xx, a fin de comprender hasta qué punto tuvieron vocación democrática y estuvieron dispuestos a negociar sus proyectos e idearios de gobierno. Se cuenta al respecto con amplia historiografía. Es interesante revisar el estudio realizado por Federico Gil, *El sistema político de Chile* (Santiago de Chile: Andrés Bello, 1969). Véase también Ricardo Gamboa, Miguel Ángel López y Jaime Baeza, "La evolución programática de los partidos chilenos 1970-2009: de la

Por una parte, estaba la derecha chilena, que luego de la crisis de los años veinte, si bien se reformuló y reestructuró, conservó una serie de prácticas que no contribuían a afianzar una democracia. Además, si bien había iniciado un proceso de modernización, este solo se desplegaba en las ciudades, no así en las zonas rurales, espacio en el que el tiempo se había detenido. La clave de la actualización estuvo en la derecha económica chilena. Los grandes grupos económicos, que son además urbanos, se fueron integrando paulatinamente y se dieron cuenta de que los cambios que se estaban produciendo los iban a afectar. Ante ello, o se sumaban a esa modernización o quedaban fuera sin poder influir en las políticas públicas. En este sentido, las grandes corporaciones como la Confederación de la Producción y del Comercio o la Sociedad de Fomento Fabril se abrieron a la modernización y a la democratización, obviamente con la intención de velar por sus intereses. Esta apertura les permitió conservar un poder inalterado y transformarse en grupo de influjo político.

Por otra parte, los partidos Socialista¹⁸ y Comunista¹⁹ tampoco tenían vocación democrática. Desarrollaban una serie de prácticas políticas que ponían en jaque la democracia chilena, y en los años sesenta se radicalizaron.²⁰ El Partido Socialista chileno (PSCH), por ejemplo, en 1966 llamó a un paro ilegal en la mina El Salvador por mejoras salariales; los huelguistas fueron

polarización al consenso", *Revista de Ciencia política*, Santiago de Chile, vol. 33, n.º 2 (2013): 443-467.

18. Para más detalles, véase Leopoldo Benavides, *La formación de la izquierda chilena: relaciones entre el Partido comunista y el Partido socialista* (Santiago de Chile: FLACSO, 1988).

19. Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals, *El Partido Comunista en Chile: una historia presente* (Santiago de Chile: Catalonia / FLACSO / USACH, 2010).

20. Luis Ortega Martínez, "La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960", *Universum*, Talca, vol. 23, n.º 2 (2008): 152-164; Camilo Fernández y Pablo Garrido, "Progresistas y revolucionarios: el Frente de Acción Popular y la vía chilena al Socialismo, 1956-1967", *Izquierdas*, vol. 31 (2016).

controlados por Carabineros y las Fuerzas Armadas, situación que fue rechazada y que concluyó horrorosamente con la muerte de siete personas. En 1967 este mismo partido impidió que el presidente Frei viajara a Estados Unidos, invitado por Lyndon Johnson, porque los socialistas consideraban a ese país una nación imperialista, lo que iba en contra de sus planes; de hecho, también en 1967 se instaló en Chile la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS),²¹ que validaba la lucha armada y el intento de derrocar a los gobiernos opuestos al marxismo; ese mismo año, además, el Partido Socialista realizó dos grandes reuniones, con implicancias importantes para la historia política chilena: el Congreso de Chillán y el Congreso de Linares, en las cuales se declaró que era legítimo el uso de la violencia revolucionaria para lograr el poder y la revolución socialista. En buenas cuentas, el ambiente en el cual se desarrollaba el programa de reforma de Eduardo Frei no era precisamente el mejor, porque el sistema de partidos no estaba imbuido del ideario democrático y sí, en cambio, permeado por la radicalización ideológica en el contexto global de la Guerra Fría. A ello sumemos que se inició un desborde social no visto hasta ese entonces. En efecto, si en 1964 hubo 25 huelgas rurales, con aproximadamente cuatro mil campesinos movilizados, para 1967 hubo 763 huelgas, con casi cincuenta mil campesinos movilizados. El asunto era grave, porque además en tiempo de siembra o cosecha podía significar la pérdida total de la producción. El desbordamiento social fue tal que en 1968 ocurrió una de las huelgas más importantes de los profesores en Chile, a la que se sumaron las del Correo de Chile, de la Línea Aérea Nacional (LAN), de la Empresa Nacional de Petróleo (ENAP), entre otras. Asimismo, se producen actos terroristas, atentados

21. Para revisar la experiencia uruguaya, que se proyectó en el continente, véase Eduardo Rey Tristán, "La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y la polémica sobre las formas de la revolución latinoamericana. El caso uruguayo", en *Estudios sobre América, siglos XVI-XX: Actas del Congreso Internacional de Historia de América* (2005): 1693-1706.

al Instituto Norteamericano de Cultura, al diario *El Mercurio*, que es un periódico de un grupo económico de derecha; al consulado norteamericano, a las sedes de la Democracia Cristiana, a las líneas ferroviarias. En el fondo, hay un desbordamiento tal que no solo se manifiesta en los espacios urbanos; también alcanza al campo chileno, con miles de campesinos sindicalizados.

En estos años se articula el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que adhirió al programa revolucionario cubano, lo que significó legitimar la vía guerrillera para alcanzar el poder.²²

La pérdida del centro político, necesario para alcanzar acuerdos con los partidos más extremos, se reflejó en las elecciones parlamentarias de 1969, en las que la Democracia Cristiana, el partido gobernante, cedió la hegemonía que tenía desde 1965, y los partidos de derecha e izquierda aumentaron su representación en el Poder Legislativo, cuestión que desembocó inevitablemente en una mayor radicalización en desmedro del centro político.

La efervescencia social y el factor militar

Se trata de una década de gran efervescencia social y expectativas en los diversos sectores sociales. Más aún, era un momento histórico en el que “el aquí y ahora” era clave para lograr los cambios estructurales, intensificándose las tomas de terrenos, de fundos o haciendas, así como las ocupaciones de fábricas de manera ilegal. Se trató de un proceso en el que las manifestaciones políticas se

22. Se cuenta con una amplia historiografía y análisis del MIR. Véanse Cristián Pérez, “Historia del MIR. Si quieren guerra, guerra tendrán”, *Estudios Públicos*, vol. 91 (2003); Sebastián Leiva Flores, *Teoría y práctica del poder popular: los casos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, Chile, 1970-1973, y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, PRT-ERP, Argentina, 1973-1976* (tesis doctoral, Universidad de Santiago de Chile, 2007); María Olga Ruiz, “Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, 1965-1975”, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, vol. 28 (2017): 163-182.

recondujeron por medio de la acción política directa, fuese en el ámbito vecinal o laboral. En tal sentido, si en 1965 hubo diez tomas de fundos o grandes haciendas, para 1970 llegaron a ser 285. Con todo, estos movimientos de masas generaron un clima de incertidumbre y confusión que abonó violentas pugnas en todos los sectores de la vida política y social chilena.

A lo anterior se debe agregar la aparición de un nuevo actor que no había estado en la escena política chilena desde los años treinta: los militares.²³ En 1969 se produjo el famoso “Tacnazo”. El 18 de septiembre, Día de la Independencia, las tropas del regimiento Yungay llegaron atrasadas a los festejos, provocando algunos inconvenientes. A los pocos días, el 26 de septiembre, el comandante en jefe del Ejército emitió una declaración pública en la cual explicaba el motivo del retraso, indicando que seis oficiales habían sido dados de baja por la responsabilidad en los hechos. El problema de fondo detrás de este movimiento eran los bajos sueldos, lo que constituía una demanda de las Fuerzas Armadas desde comienzos del siglo xx. Frente a la apatía transversal de la clase política, el atraso fue la fórmula que los militares idearon para dar a conocer sus requerimientos. Mientras tanto, en el norte de Chile, se produjo otro foco de rebeldía protagonizado por el general Roberto Viaux, quien estimó que la baja de los seis oficiales era injusta. Por ello dirigió una carta al presidente Frei, en la que pedía que el ministro de Defensa y el comandante en jefe renunciaran, dado que no habían hecho nada por mejorar las condiciones materiales de los militares. Frei acogió la demanda de Viaux y lo invitó a La Moneda, a fin de escuchar las demandas militares. Viaux aceptó la propuesta presidencial y viajó a Santiago; con todo, al llegar a la capital, se acuarteló en el regimiento Tacna, con apoyo de la oficialidad. El llamado “Tacnazo” provocó un rechazo unánime de los diversos sectores políticos como también

23. Pablo Contreras y Sebastián Salazar Pizarro, “Obedientes y no deliberantes: Fuerzas Armadas, autonomía y control democrático en Chile”, *Ius et Praxis*, vol. 26, n.º 2 (2020): 232-253.

de la Central Única de Trabajadores, la Iglesia, las universidades, los colegios profesionales, las organizaciones de industriales; en definitiva, todos condenaron el hecho, puesto que se entendió como una amenaza a la democracia. Por ello, el gobierno clausuró el período extraordinario del Congreso y decretó el estado de sitio. Viaux finalmente accedió a negociar con Frei, aunque debió renunciar al ejército, no sin antes declarar y precisar públicamente que el movimiento solo tenía carácter profesional.²⁴

Este acontecimiento, que revela la efervescencia política y social de la época, significó la renuncia del comandante en jefe. Asumió, entonces, como máxima autoridad del Ejército el general Schneider, famoso por declarar, ante la inminencia de las elecciones presidenciales, que si Allende era electo, el Ejército respetaría la soberanía popular.²⁵ Asimismo, en 1969 se produjo por primera vez en la historia republicana una huelga del Poder Judicial, lo que refleja el grado de crispación político-social que vivía Chile en aquel entonces.

Ese mismo año, en plena campaña presidencial, en la ciudad de Puerto Montt se produjo la “toma” de la Pampa Yrigoin, que arrojó como resultado la muerte de ocho personas y cincuenta heridos; luego de esta masacre, la izquierda chilena responsabilizó de las muertes al ministro del Interior de Eduardo Frei, Edmundo Pérez Zujovic, quien luego fue asesinado por el vop (Vanguardia Organizada del Pueblo), grupo marginal que justificó su acción por la represión en Puerto Montt.²⁶

24. Roberto Arancibia Clavel, “Vientos de rebelión en Chile”, *Anuario*, vol. 90, n.º 33 (2019).

25. Cristian Garay Vera, “Doctrina Schneider-Prats: la crisis del sistema político y la participación militar 1969-1973”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 10 (1986): 71-177.

26. Hasta la fecha el asesinato al ex ministro del interior es un asunto no pacífico, sin que se sepa efectivamente quiénes y cómo dieron la orden de su muerte. Para más detalles, véase Marcelo Alejandro Bonnassiolle Cortés, “Violencia política y conflictividad social durante el gobierno de la unidad popular: el caso de la

Dadas las condiciones políticas descritas, el proyecto de reformas por la vía democrática que Frei estaba impulsando se volvió cada vez más difícil de lograr, puesto que si bien en 1965 alcanzó la mayoría en la Cámara Baja del Congreso, su accionar se ralentizó debido precisamente al ambiente político que vivía el país, lo que implicó que el proceso para llevar adelante las reformas estructurales fuera más lento.

Las grandes reformas por la vía institucional

En este sentido, es importante revisar tres aspectos que fueron determinantes en esta década.

La promoción popular²⁷

Primero, dentro del programa de gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva estaba la promoción popular, esto es, se trataba de armar organizaciones de base que enfrentaran sus propios problemas en la vida nacional, por medio de sindicatos, de juntas de vecinos,²⁸ de centros de madres,²⁹ de centros comunitarios, de trabajadores, con miras a que definieran sus problemas y esta-

Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), 1970-1971", *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, vol. 16, n.º 1 (2015): 125-164.

27. En este punto seguimos a Daniela Oñate Gutiérrez, *La política de promoción popular en el gobierno de Eduardo Frei Montalva 1964-1970* (tesis doctoral, Universidad Andrés Bello, 2010); Antonieta Mendizábal Cortés, *El impacto del programa de promoción popular en la radicalización y politización de la demanda por la vivienda 1964-1973* (tesis de posgrado, Universidad de Chile, 2018); Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época*.

28. Peña, Rafael Arriaza, "Promulgación de la Ley de Juntas de Vecinos de 1968 en Chile: análisis del contenido ideológico de la discusión parlamentaria entre 1964 y 1968", en *Tercer Congreso en Investigación de Estudiantes de Historia* (Santiago: Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile / Departamento de Historia Universidad Alberto Hurtado, 2015).

29. Durante el gobierno de Frei Montalva se creó el CEMA Chile, instancia que pretendía que las mujeres lograran canalizar sus inquietudes, darles una formación técnica y apoyo emocional. Fabiola Bahamondes, "Centros de madres en el Chile rural: un espacio de seguridad. Cociendo, costureando, entablando un entramado social", *Nomadías*, vol. 22 (2016).

blecieran las posibles soluciones, y a su vez generar una base de votantes para la Democracia Cristiana. En suma, la importancia de los planes de promoción popular, el crecimiento del sindicalismo, el impulso a la educación radicaban en que los cambios se hicieran desde la comunidad y no desde el Estado. Este es un punto interesante, porque lo que se pretende es dar mayor poder a las comunidades, que sean estas las que indiquen cuáles son sus problemas y también qué medidas consideran para resolverlos. El gobierno de Frei contaba para ello con cierta experiencia, dado que en la campaña presidencial, sus partidarios, agrupados en la llamada “Patria Joven”, recorrieron durante un mes todo el país con miras a establecer cuáles eran los problemas reales de la población y cómo se podían solucionar desde la misma población. Ahora bien, el programa de “promoción popular” fue un nudo de conflicto importante tanto con los partidos de la izquierda como de la derecha. Desde esta última fue entendido como la promoción de reformas socialistas, al extremo de considerar que se buscaba la conformación de una especie de sistema de sóviets. Por su parte, los socialistas lo vieron como unas “reformitas” imperialistas, incapaces de insuflar poder popular. Por tanto, implementar esta reforma, esto es, lograr aprobar leyes de juntas de vecinos, de centros de apoderados, de centros de madres, fue excesivamente engorroso y largo. Con todo, algo se logró avanzar en organizar a las diversas comunidades y así mejorar la vida de los sectores marginales.

La anhelada reforma educacional³⁰

En segundo lugar, el gobierno impulsó una gran reforma educativa, tal vez uno de los grandes logros de la administración de

30. Cristian Bellei y Camila Pérez, “Democratizar y tecnificar la educación. La reforma educacional de Eduardo Frei Montalva”, en *Eduardo Frei Montalva: un gobierno reformista. A 50 años de la Revolución en Libertad*, editado por Carlos Hunneus y Javier Couso (Santiago de Chile: Editorial Universitaria / Universidad de Chile, 2016); Máximo Sepúlveda, “Políticas educacionales en Chile durante el siglo xx”, *Revista Mad*, vol. 10 (2004): 30-42.

Eduardo Frei y que hasta el día de hoy está muy presente en nuestro sistema educacional. La puesta en marcha tuvo como objetivo abrir el acceso a la educación para todos los niños y niñas de Chile, con la idea de promover su permanencia en el sistema escolar, al margen del nivel socioeconómico de los alumnos. Si bien desde mediados del siglo XIX en Chile hay leyes de instrucción primaria, lo cierto es que para 1960 solo un 5 % de la población tenía la educación escolar completa. Las altas tasas de analfabetismo se debían a que, por una parte, no había suficientes escuelas ni profesores en el país y, por otra, a que los sectores más carenciados o precarizados tenían que optar entre ir a la escuela o trabajar para su familia. Pues bien, el gobierno de Frei Montalva amplió la enseñanza básica de seis a ocho años y disminuyó la secundaria de seis a cuatro años, duplicó la matrícula de estudiantes y creó un uniforme escolar único, para la educación pública y privada, con la idea de evitar comparaciones y diferencias. Se construyeron, además, tres mil nuevas escuelas a lo largo del país, se renovaron los planes y programas de estudio y se implementó la educación preescolar. También se promulgó la ley de guarderías infantiles, para atender a una población de un millón y medio de niños de entre uno y seis años. Todas estas medidas permitieron reducir notablemente el analfabetismo y, de paso, democratizar la educación chilena. De hecho, solo quince días después de asumir el nuevo gobierno se dispuso el inicio de este plan, con la finalidad de mejorar cualitativa y cuantitativamente la educación pública, optimizándola, buscando acercarse a la desarrollada por el sector privado. El programa de gobierno se estructuró bajo los criterios orientadores de Jorge Ahumada, mientras que su ejecución estuvo a cargo del ministro de Educación de la época, el gran filósofo nacional Juan Gómez Millas.³¹

31. Enrique Riobó *et al.*, "La idea de universidad en Juan Gómez Millas (1953-1963): autonomía de los sabios, humanismo y recepción de lo clásico", *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, vol. 8 (2017): 146-175.

Frei Montalva fue un verdadero líder, estadista, intelectual destacado, carismático, idealista, pero también un hombre pragmático que llegó al gobierno en tiempos de la Guerra Fría y con un mundo que vivía un proceso de cambios y transformaciones aceleradas. Su reforma educacional, igualitaria, inclusiva, solidaria y de calidad es en extremo importante porque esos conceptos que se utilizaron en esa época se actualizan, en el caso de Chile, a propósito de la necesidad vigente de una nueva reforma educacional.

En el año 1965 se esperaban doscientos cincuenta mil nuevos educandos y hasta en las comisarías y tenencias rurales de Carabineros se podía inscribir a los jóvenes para matricularlos. Se construyó una escuela y media diaria en el país; el sistema creció un 37 % en educación básica, el doble de lo que había hasta 1965, y un 17 % más en científico-humanista, vale decir, el triple de lo que existía, y aumentó 211 % la formación técnico-profesional. La reforma fue un éxito en la incorporación de estudiantes de distintas zonas del país. El gobierno, además, negoció con los gremios de profesores de la época con miras a dignificar la carrera docente, tanto en el aspecto económico como en el aula, buscando mayor preparación de las clases a través de actualizaciones, textos, laboratorios, máquinas; en buenas cuentas, desde el Estado se intentaba dar valor a los profesores. Todo esto fue informado por la oficina de difusión chilena al mundo, porque realmente fue un avance notable; asimismo, el Ministerio de Educación trabajó con éxito complementando los esfuerzos, supervisando, financiando, importando equipos, etcétera. Se creó, además, la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas JUNAEB, cuyo objetivo era dar desayuno y almuerzo, comida o merienda al mediodía, a todos los niños de las escuelas públicas chilenas; esto fue muy importante, porque una de las cuestiones que había detectado la Democracia Cristiana al llegar al gobierno eran la alta mortalidad

infantil y la desnutrición. Pues bien, a través del programa de la JUNAE, se buscó atacar estas carencias, e incluso hoy estas becas llegan a los estudiantes universitarios.

Asimismo, en esta época va a surgir en Chile el CONICYT, actualmente la ANID, que es un consejo nacional de ciencias e investigación para fomentar el conocimiento tanto humanista como científico. Sin duda, la reforma educacional fue un hito en la historia del siglo xx chileno.

A ello sumemos que durante el gobierno de Frei se prosiguieron políticas en materia de vivienda, con miras a construir ciento treinta mil nuevas casas; en materia de salud se desarrollaron programas de atención materno-infantil,³² por los cuales matronas y asistentes sociales concurrían a los sectores más precarios para enseñarles a las mujeres cómo alimentar a sus hijos y cómo higienizar los lugares en los que vivían; a su vez, se empezó la campaña del kilo de leche, esto es, darles a los sectores más precarios ese alimento para fortalecer y nutrir a sus niños.

La controvertida reforma agraria

El tercer aspecto que debemos destacar de la presidencia de Frei es el de la reforma agraria. Fue la reforma más controvertida y punto de inflexión para muchos opositores al gobierno. Si bien durante el siglo xix el agro chileno se tecnificó y modernizó, convirtiéndose en un gran exportador de trigo y vino, entre otros productos, en el siglo xx todo esto se había estancado, lo que se debía, para algunos, a la existencia de la gran propiedad, latifundios o haciendas que impidieron la modernización.

32. Soledad Zárate, "Señora, su hijo no va a morir. Enfermeras y madres contra la mortalidad infantil. Chile, 1950-1980", en *Rastros y Gestos de las emociones. Desbordes disciplinarios*, ed. por Macarena Cordero, Pedro Moscoso y Antonia Víu (Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2018), 163-198.

La agricultura chilena no había podido insertarse de manera armónica en el proceso de modernización para que los predios pudiesen proveer a la sociedad; en las primeras décadas del siglo xx, la sociedad rural chilena mantuvo la estructura agraria tradicional, fundada en el predominio del gran latifundio y en una jerarquía social rígida, autoritaria y paternalista. En esencia, el sistema del agro en Chile era el del sistema colonial. En efecto, la independencia nacional en 1810 significó el cambio de régimen político, pero en lo que toca al campo chileno, la Colonia pervivió hasta los años sesenta del siglo xx. En este contexto, las demandas de una reforma agraria fueron desde comienzos del siglo xx una propuesta de los sectores progresistas del país, como fue el caso de la campaña presidencial del Frente Popular en 1938. Sin embargo, una vez en el poder, los gobiernos radicales decidieron privilegiar la industrialización en el mundo urbano postergando el mundo rural; como consecuencia, cientos de miles de campesinos emigraron a las ciudades en busca de un mejor futuro, mientras que la economía agraria experimentaba una crisis profunda, caracterizada por su incapacidad productiva, lo que en los años cincuenta llevó incluso a importar alimentos. En parte, las razones de este estado de cosas tienen que ver con lo siguiente: si bien la derecha económica y urbana había logrado modernizarse en alguna medida, los patrones de fundo o de haciendas, en general, optaron por mantener el *statu quo*, puesto que ser el dueño de una gran hacienda daba prestigio social y poder económico como también un cierto poder local; los patrones de fundo decidían, hasta los años sesenta, con quiénes se casaban los inquilinos que vivían en sus tierras, y qué podían o no podían hacer; mantenían un control absoluto, porque dentro de estas mismas haciendas había escuelitas y capillas donde se celebraban los matrimonios no solamente de los dueños, sino también de sus inquilinos. Por otro lado, hubo una desincentivación estructural que impidió a los agricultores modernizarse,

debido a que recibían créditos hipotecarios a través de la Caja de Crédito Hipotecario. Ello, de alguna manera, los eximía de tener que estar produciendo y modernizarse. Hasta mediados de los años setenta, las operaciones de crédito eran eminentemente nominalistas, esto es, no se consideraban ni los reajustes ni los intereses; entonces los propietarios de grandes haciendas solo cultivaban algunas zonas de sus predios, puesto que era mucho más rentable pedir un crédito hipotecario a veinte años, sin intereses ni reajustes, para devolver el mismo monto que se había solicitado años antes. Ello implicó que no hubiese inversión en el agro chileno, que no se tecnificara y menos aún se modernizara. Incluso más, los grandes propietarios aceptaron la política de bajos precios para sus productos que los diversos gobiernos y el Estado les impusieron desde la década de 1940. Entonces el mismo sistema contribuyó a desincentivar los cambios en el campo chileno, pues no había interés ni del Estado ni de los dueños de los fundos por modernizarse.

Ya para los años sesenta el sistema era insostenible y se hizo necesario llevar adelante una profunda reforma agraria, destinada a terminar con la existencia del gran latifundio, permitir la sindicalización campesina y modernizar su infraestructura productiva. Por lo demás, se trató de una demanda permanente a lo largo del siglo xx, ya que los sectores liberales y conservadores, que representaban a los grandes latifundistas en el Congreso Nacional, siempre bloquearon cualquier iniciativa destinada a implementar una reforma agraria. A comienzos de la década la presión por una reforma agraria se tornó imposible de parar.³³ Por una parte, la Iglesia católica chilena dio el ejemplo, al repartir los

33. Tinsman, "La tierra para el que la trabaja: política y género en la reforma agraria chilena"; Iván Radovic, *Experiencia de la reforma agraria chilena* (La Plata: Fundación OCAC / Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2005); Antonio Bellisario, "La reforma agraria chilena. Reformismo, socialismo y neoliberalismo, 1964-1980", *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, n.º 59 (2013): 159-190.

latifundios que eran de propiedad del Arzobispado de Santiago y de Talca a los campesinos que trabajaban en ellos, a partir de 1962. Luego, como parte de las condiciones que Estados Unidos había impuesto a Chile para formar parte de la Alianza para el Progreso, el gobierno de Alessandri debió dar el puntapié inicial a la modernización del campo chileno. Sin embargo, la reforma que inició Jorge Alessandri, conocida como “ley de macetero” porque lo que se reformó y reasignó era un 70 % de tierras de propiedad del fisco chileno y el 30 % restante provenía de tierras vendidas al Estado por sus propios dueños, tuvo más bien un carácter cosmético, pues su propósito fue presentar a los norteamericanos el cumplimiento de las condiciones impuestas y así recibir los dineros acordados.³⁴

En el año 1967 se dio inicio a la etapa final de la reforma agraria promovida por Frei Montalva. Con todo, hay que enfatizar que si bien Frei ganó con la mayoría absoluta de los sufragios en 1964, y pudo obtener el control de la Cámara de Diputados en 1965, ello fue posible, como dijimos antes, gracias a los votos y al temor de la derecha chilena a que Salvador Allende fuese ungido presidente. Ello significó que una buena parte del electorado no creyera en el programa de gobierno de la Democracia Cristiana. Consciente de la situación, Frei declaraba públicamente: “ni por un millón de votos cambiaré una coma de mi programa”. Sus palabras develan tanto la imposibilidad de diálogo como la agonía de la política de las negociaciones. En definitiva, la clase política chilena, de cualquier signo, no estaba dispuesta a negociar ni a dialogar absolutamente nada. Todos pretendían imponer sus ideas sobre los otros.³⁵

34. Alberto Valdés y William Foster, *La reforma agraria en Chile: historia, efectos y lecciones* (Santiago de Chile: Ediciones uc, 2015).

35. Octavio Avendaño, “Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1967-1973”, *Política. Revista de Ciencia Política*, vol. 52, n.º 1 (2014): 93-122.

A su vez, tras la reforma agraria no solo había un tema material, como era la expropiación de una hacienda, sino que se tocaba la vinculación afectiva y emocional con la tierra; los grandes propietarios se quejaban amargamente de que les quitaban las tierras en las que se habían criado y crecido junto a toda su familia. Además, la expropiación significó disminución del poder local que ostentaban los dueños de las grandes propiedades.³⁶

Pese a todo, la Democracia Cristiana siguió adelante con su proyecto. La reforma agraria constituye una de las transformaciones más radicales del mundo agrícola y rural chileno; su principal objetivo fue establecer una forma de explotación de la tierra socialmente más justa, eficiente y moderna por medio de un amplio marco legal que atravesó tres gobiernos en el siglo xx. A nivel local, las investigaciones de la Cepal y las admoniciones de la Iglesia católica llamaban a que había que hacer una reforma, porque muchas tierras no se aprovechaban bien, pues no estaban siendo cultivadas, y eso también representaba una debacle de carácter económico. En este sentido, la Iglesia católica tuvo muchísima importancia, sobre todo a través del cardenal Raúl Silva Henríquez, quien bajo el influjo del Vaticano II llamó a terminar con la existencia de la gran propiedad.³⁷

36. Al respecto, analizar de las vinculaciones afectivas con materialidades y la propiedad de la tierra puede otorgar un campo epistemológico que explique en su totalidad el complejo fenómeno de la reforma agraria. Véase, por ejemplo, Macarena Cordero-Fernández, "Vinculaciones afectivas con los bienes de las cofradías", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 23, n.º 2 (2019): 199-214.

37. Para más detalles, véanse Taylor Fulkerson, "Tierra santa para quien la trabaja: la reforma agraria de la Iglesia católica en Cusco, 1961-1971", *Historia Agraria de América Latina*, vol. 1, n.º 2 (2020):100-125; y Eduardo López, "La estrategia de la Reforma Agraria de la Iglesia Católica Chilena 1962-1967", *Contribuciones científicas y tecnológicas*, Universidad de Santiago de Chile, n.º 121 (2001).

El 16 de julio de 1967³⁸ se celebró la promulgación de la Ley de Reforma Agraria. Con ello, se buscó promover simultáneamente el aumento de la producción agrícola a través de una distribución justa en la propiedad de la tierra y de los derechos de agua, así como que el campesinado se convirtiera en una fuerza social activa en la transformación económica y política del país; sin embargo, lo cierto es que esta ley fue nefasta para todos los sectores, tanto para los dueños de las tierras como para los propios campesinos. El proceso de la reforma agraria constaba de tres etapas. La primera consistía en expropiar, lo cual era realizado por la CORA, corporación encargada de determinar qué tierras podían ser expropiadas de acuerdo con la ley. En tal sentido, se podían expropiar las tierras mal cultivadas, abandonadas o de gran extensión, pudiendo el dueño del predio retener hasta ochenta hectáreas de regadío. Pero ¿qué se entendía por que estuvieran abandonadas, mal cultivadas o que fueran de extensión excesiva? Chile es un país complejo, con distintos tipos de climas y formas de cultivo diversas, y al no precisarse estos conceptos, era posible que este proceso se prestara a más de algún abuso.

La segunda etapa consistía en el traspaso del predio expropiado al patrimonio de la corporación. Luego, en la tercera fase, la CORA organizaba asentamientos o unidades de tierra económicamente sostenibles integradas por campesinos. Dichos asentamientos duraban tres años, prorrogables por otros tres. La idea era que en estos asentamientos el INDAP capacitara técnicamente en materias agrícolas a los campesinos, es decir, los actualizara en técnicas de cultivo, riego, etcétera. Transcurridos estos tres o seis años, se entregaban los títulos de propiedad a los asentados, que podían ser individuales o en cooperativas.

38. Véase sobre la Nueva Ley de Reforma Agraria n.º 16640, <http://www.memoria-chilena.gob.cl/602/w3-article-97342.html>.

Para los campesinos esto fue una desilusión, porque esperaban que inmediatamente después de que se produjera la expropiación les dieran sus títulos de propiedad; sin embargo, debían aguardar de tres o seis años para ser propietarios; el malestar generó una mayor presión desde el mundo rural chileno y conllevó un aumento de las tomas de terrenos. Más aún, consideraron que el Estado no estaba cumpliendo con sus promesas, creando falsas expectativas. Para los campesinos chilenos, la reforma agraria era la oportunidad histórica que tenían de ser dueños de la tierra que trabajaban.

Por lo anterior, según la perspectiva de los campesinos la ley era inoperante, pues recién en 1970 les permitía eventualmente ser propietarios; y desde la mirada del dueño del predio no solo estaba el hecho de la expropiación, la pérdida de su propiedad y la fractura de la vinculación afectiva. Había otro problema. La expropiación no se pagaba de manera inmediata, sino que esto se hacía con bonos de la CORA a veinte años plazo. Tal como indicamos, hasta la década de 1970 en Chile imperó la tesis nominalista, lo que significa que en las operaciones de crédito y de dinero no se presumían los intereses ni los reajustes; por tanto, la expropiación de una hacienda pagadera con bonos significó la ruina absoluta para muchos expropietarios. Evidentemente, esto provocó una reacción por parte de la derecha chilena y sobre todo de los sectores agrícolas, con enfrentamientos, tomas de caminos e incluso asesinatos de funcionarios de la CORA por parte de los patrones expropiados.³⁹

Con todo, la reforma agraria tuvo una significación social importantísima, porque se puso fin a una institución colonial, como fue el inquilinaje y la forma de trabajo del campo chileno.

39. Mathias Órdenes y José Díaz-Diego, "Cuando la mano de obra se subleva: estrategias terratenientes durante la reforma agraria chilena 1964-1973", *Revista de agricultura e historia rural*, n.º 74 (2018).

Hasta la década del sesenta del siglo xx, los inquilinos o campesinos no recibían sueldos, no eran trabajadores, no tenían contratos; lo que tenían era una relación de patronazgo, por la cual el patrón les permitía vivir en unas hectáreas del fundo donde podían cultivar sus frutos, criar animales y vivir con su familia, a cambio de que trabajaran para el patrón. Pero no solo estaba esta relación laboral no formalizada, sino que además el patrón muchas veces determinaba con quién se debía casar el inquilino y cuál debía ser su religión. Este sistema impedía la movilidad social, porque el hombre del campo chileno no podía ahorrar, puesto que no recibía dinero; por tanto estaba siempre destinado a estar adscrito a la tierra. Por eso la reforma agraria de Frei Montalva tiene una importancia fundamental en términos sociales, porque en adelante en Chile se hablará de relaciones laborales, de empleador agrícola, de trabajador agrícola.

Los sueños rotos de una reforma incompleta

No obstante, luego de la reforma agraria, las turbulencias evidentemente se incrementaron y esto causó convulsión pública. Asimismo, se intensificaron los actos terroristas, las tomas de terrenos, de fábricas, etcétera; se vivía una efervescencia social producida por esta transformación estructural que se estaba llevando a cabo y que era querida por un amplio sector de la población.

Al terminar su gobierno, Eduardo Frei se encontraba solo. En las elecciones de 1969 había aumentado la representación tanto de la derecha como de la izquierda en el Congreso, perdiéndose el centro político y con ello toda posibilidad de negociación. La radicalización ideológica ya era un hecho. Y con ello todo el anhelo de reformas estructurales por la vía democrática e institucional quedó como un proyecto que no alcanzaría a fructificar. Ahora, las masas empoderadas buscaban el protagonismo.

Delineando la vía chilena al socialismo

Los largos sesenta (1964-1973) son un período signado por un horizonte revolucionario, un tiempo de la historia chilena que permitió resignificar la democracia a partir de las expectativas que genera la palabra revolución: la Revolución en Libertad, promocionada por el Partido Democracia Cristiana chileno (DCCH, 1964-1970), y la Revolución socialista de la Unidad Popular (UP, 1970-1973).

A diferencia de la Revolución en Libertad de base social-cristiana, desarrollada como una vía tercerista al socialismo en el contexto de la Guerra Fría,⁴⁰ la propuesta de la UP se presentó como una propuesta inédita que permitió imaginar el paso del capitalismo dependiente al socialismo de manera pacífica, pluralista y democrática cautelando las libertades ciudadanas, como marcaba la tradición histórica del movimiento popular chileno.⁴¹ El proyecto vinculó a una diversidad de actores políticos y sociales (obreros, campesinos, intelectuales, mujeres y jóvenes) que se identificaban con el ideario comunista y socialista, aunque esta comunidad mantuvo fuertes tensiones estratégico-ideológicas en su interior que terminaron por debilitarla.⁴²

Las distintas posiciones ideológicas de la época en el seno de la izquierda impidieron erigir un consenso absoluto con el programa que promovía Salvador Allende. Las cuarenta medidas

40. Pablo Garrido González, "Revolución en Libertad. Concepto y programa político de la Democracia Cristiana chilena, 1958-1964" (documento de trabajo, Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2012).

41. Rolando Álvarez, *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)* (Santiago de Chile: América en Movimiento Editorial, 2020).

42. Alfredo Riquelme Segovia, "Política de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973)", en *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*, comp. por Marianne González Alemán y Eugenia Palieraki (Santiago de Chile: Universidad Nacional de Tres de Febrero / Université de Cergy-Pontoise / RIL Editores, 2013), 153-184.

que se abordaron en el documento contemplaban la construcción de un Estado popular, una economía planificada, continuidad y radicalización de la Reforma agraria, salud y nutrición infantil, ampliación de la educación en un programa de Educación Nacional Unificada (ENU) y una cultura y comunicaciones revolucionarias por (y para) el hombre nuevo,⁴³ con el fin de asegurar cambios de alcance revolucionario, lo cual generó reticencia en algunos sectores. Si bien los fines estaban claros, los ritmos y tiempos, no. Julio Pinto Vallejos señala que las visiones antagónicas que surgieron sobre los medios crearon “ejes polémicos” que terminaron por polarizar el pensamiento revolucionario socialista en dos posturas: la gradualista y la rupturista.⁴⁴

La primera apostó por el tránsito democrático al socialismo, pues consideraba que, por una parte, las condiciones políticas y sociales no estaban dadas para tomar el poder por la vía armada. Más bien sostuvo que la revolución debía darse por “etapas” y en alianza con la burguesía nacional, según una visión claramente influenciada por el PCCH. Por otra parte, este sector destacó la impronta de una historia de logros del movimiento popular que se desplegaron durante el siglo xx por “vía pacífica”, es decir, dejando fuera a la insurrección armada pero entendiendo (y justificando)

43. Unidad Popular, *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. Candidatura Presidencial de Salvador Allende* (Santiago de Chile, 1970).

44. Tomamos la clasificación del historiador Julio Pinto Vallejos, quien postula que para la época se pueden observar dos grupos que difieren en la metodología para alcanzar el objetivo político: gradualista y rupturistas. Otras categorías que se han desarrollado son las del historiador Alfredo Riquelme, que mantiene el lenguaje de época, dividiendo a la izquierda en reformistas y revolucionarios, mientras el historiador Marcelo Casals realiza una categorización similar a la de Pinto pero divide entre rupturistas y sistémicos. Cfr. Julio Pinto Vallejos, “Hacer la revolución en Chile”, en *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, coord. por Julio Pinto Vallejos (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2005); Alfredo Riquelme Segovia, “Los modelos revolucionarios y el naufragio de la vía chilena al socialismo”, *Nuevo Mundo, Mundo Nuevos [Online]* (2007): 1-22; Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2010).

que toda acción puede conllevar un grado de violencia, por ejemplo en la toma de terrenos urbanos o rurales. Sin embargo, esta trayectoria instaló una cultura política que creía en los avances graduales por la vía legal, mirada que para este sector político era compartida por el movimiento popular, y que se fue acentuando desde 1958 de la mano con las acciones que desplegó el “Bloque de saneamiento democrático” y luego con las reformas sociales que implementó el demócrata cristiano Frei Montalva,⁴⁵ transformaciones concretas en los procesos de democratización social que no gozaron del reconocimiento de la izquierda.

Con el triunfo de Salvador Allende, este sector asocia “poder popular” al gobierno popular y a todas las formas de gobernabilidad sin sobrepasar la legalidad vigente. De manera que, y pese al imaginario colectivo que construye la derecha, no reivindica la noción marxista-leninista de la dictadura del proletariado. Más bien supone una política de colaboración con la pequeña y mediana burguesía, “bajo la conducción de la clase obrera y el control del aparato estatal de sectores enteros de la economía, pero que no implica de ningún modo su reemplazo o destrucción”.⁴⁶

La segunda, en cambio, consideraba de gran ingenuidad la lectura de los gradualistas. Para este sector era impensable llevar a cabo la destrucción del modelo capitalista sin que mediara un

45. Se pone fin a las restricciones al pluralismo político que había instalado la ley de Defensa a la Democracia de 1948, conocida como “ley maldita”, y se da un cambio en el sistema de participación político que parte con la cédula única electoral, eliminando el cohecho. En 1962 el voto será obligatorio, y en 1970 se modifica la edad mínima para votar (de 21 a 18 años) y se extiende el derecho a los analfabetos, con lo que Chile podía decir que contaba con sufragio universal. A esto se sumó una serie de reformas sociales en el área de educación, salud y vivienda impulsadas por el presidente demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva. Véase Riquelme Segovia, “Política de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973)”, 162.

46. Franck Gaudichaud, *Chile, 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2016), 91.

enfrentamiento de clase, sostenían que la única salida era romper con la institucionalidad jurídico-política a través de la vía armada. El pulso era marcado por la izquierda histórica, principalmente el “allendismo”, alineando con todos los sectores en torno a la Unidad Popular, incluso con los partidos de centro-izquierda como radicales, populistas y demócratas cristianos.⁴⁷ El MIR reconoció el triunfo aludiendo a que era el logro del sentir popular.

Con Allende en la presidencia comenzaron a detonar las tensiones entre los distintos sectores que conformaron la UP.⁴⁸ Las contradicciones teóricas e ideológicas que se suscitaron develaron las transformaciones y complejidades del escenario político, que no solo aluden a hacer frente a los embates desplegados por una derecha extremista militarizada que contaba con el apoyo de Estados Unidos, sino que también implicaron asumir la diversidad del conglomerado: a la “izquierda histórica” compuesta por el Partido Comunista Chileno (1924) y el Partido Socialista Chileno (1930), se sumaron la “nueva izquierda” representada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, 1965), el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU, 1969) y la Izquierda Cristiana fundada en 1971. Cada sector político propuso su propia interpretación del camino “correcto” y los medios necesarios para transitar al socialismo, a partir de novedosas teorías y proyectos.⁴⁹ Esto dio lugar a una polifonía intelectual en la que convergían

47. Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998).

48. Las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 dieron un triunfo relativo a Salvador Allende, quien obtuvo una de las más altas mayorías, el 36 % de los votos del electorado. No obstante, debió ser ratificado por el Congreso Pleno al no alcanzar *quorum*, acto que aconteció el 24 de octubre luego del acuerdo con los demócratas cristianos que se plasmó en la firma del Estatuto de Garantías Democráticas.

49. Ivette Lozoya López, *Intelectuales & Revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)* (Santiago: Ariadna Ediciones / Clase, 2020).

distintos idearios que iban desde la teoría social-cristiana hasta el marxismo revolucionario de tradición socialista. La diversidad discursiva se volvió un obstáculo para el gobierno, a pesar de que el presidente insistió en señalar que no había modelo comparable con ese presente.

Del entusiasmo a la crisis

El programa de la Unidad Popular abordó las principales áreas de la sociedad para iniciar la transición desde el capitalismo dependiente: había que crear un nuevo orden institucional para impulsar el proceso global de democratización socialista. Esta nueva estructura de poder se iba sostener en: i) una nueva Constitución Política que establecería una Asamblea del Pueblo como único elemento del poder legislativo; ii) un nuevo marco legal que definiría las atribuciones y responsabilidades de los distintos organismos de gobierno; iii) elecciones simultáneas para todos los cargos; iv) y en un sistema de regulación que “hiciera incompatible la participación en los intereses del sector privado con el desempeño en cargos públicos”.⁵⁰ Los cambios que se delineaban en el horizonte incluían subvertir la estructura económica para signar nuevamente las relaciones de producción: se requería una “nueva economía” que pusiera fin al capitalismo dependiente, en la que la planificación jugara un papel importante.

Tres áreas contempló el programa: propiedad social (APS), propiedad mixta y propiedad privada. La primera debía suprimir la propiedad privada sobre los principales medios de producción; es decir, sobre las riquezas básicas, el sistema bancario y financiero y los monopolios en la industria y distribución, a partir de los principios de organización socialista.⁵¹ La segunda, en cambio,

50. Jésica Neicún, “Proyecto y procesos económicos”, en *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio et al. (Santiago: Universidad de Chile, 2003), 23-37.

51. Para esto se inició la expropiación de sectores productivos claves de la economía, lo que no significó una estatización total, tema que siempre estuvo en tensión en el

estaría compuesta por las empresas que combinaban capitales privados y estatales, a diferencia del área privada. Esta última agrupó a aquellos sectores de la industria, minería, agricultura y servicios que continuaron con la propiedad privada de los medios de producción.

La política económica de la UP buscó abarcar una serie de puntos considerados urgentes: aumentar la producción de consumo masivo; aumentar y mejorar el empleo y sus remuneraciones; emanciparse del capital extranjero; asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado; impulsar y diversificar las exportaciones y abrir nuevos mercados internacionales. No se trataba de tareas fáciles. Por una parte, hubo que enfrentar el sabotaje de los mercados capitalistas y, por otra, la ayuda del campo socialista fue insuficiente, a lo que se sumó la propia incapacidad. Además, pese a la urgencia, no todos los criterios se abordaron de la misma manera. En política económica se aprecia un “objetivo programático”⁵² y un “planteamiento estratégico”,⁵³ esto es, de largo y corto plazo. Bajo estos criterios, José Valenzuela Feijóo identifica dos fases: i) una fase de oro marcada por una política de expansión impulsada por el consumo que abarcó el

interior de la izquierda entre los que abogaban por un modelo de estatización total y otro mixto. Los sectores considerados estratégicos son: minería (cobre, hierro, carbón y salitre), la banca privada y los seguros, el comercio exterior, las grandes empresas y monopolios de distribución, los monopolios industriales estratégicos, producción y distribución de energía, transporte ferroviario, aéreo y marítimo, producción, refinación y distribución de petróleo y gas licuado, la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa y el papel. Hay que destacar, sin embargo, que la política de propiedad social redujo notoriamente la concentración de patrimonios. Cfr. Andrés Aguirre-Briones, “Cambios institucionales y transformaciones en la propiedad y el control empresarial, el caso de los grupos económicos chilenos, 1970-1978”, *Historia* 396, Universidad Católica de Valparaíso, vol. 9, n.º 1 (2019): 3-34.

52. Corresponde a la planificación de las transformaciones a largo plazo, esto es, de la estructura capitalista por otra en la que predominen las relaciones sociales de producción.

53. Contempla las condiciones generales del proceso y busca ampliar las bases de sustentación política del gobierno. Aquí se insertan los cambios de corto plazo como, por ejemplo, la política redistributiva y los esfuerzos por elevar los niveles de producción.

primer año, y ii) una fase conservadora, de agudización de los desequilibrios y de semiestancamiento, desde mediados de 1972 hasta la irrupción del golpe de Estado de 1973.⁵⁴

Los primeros años de la UP, desde finales de 1970 hasta los inicios de 1972, el gobierno se centró en diseñar políticas que permitieran reactivar la economía, bajar el desempleo, redistribuir el ingreso y contener la inflación heredada del gobierno de Frei Montalva.⁵⁵ El Ministro de Economía de Allende, Pedro Vuskovic, diagnosticó un círculo vicioso de la economía que determinaba el patrón de crecimiento y, a su vez, consolidaba la relación entre la concentración del poder económico y el poder político.⁵⁶ En pocas palabras, el ministro Vuskovic señaló que nuestra economía era concentradora y excluyente, heterogénea en su estructura, de bajo crecimiento, con tasas de ahorro e inversión insuficientes; extractivista, de escasa asimilación y difusión del progreso técnico, entre otros.⁵⁷

El gobierno de la UP implementó “programas movilizadores” destinados a la reactivación económica a partir de un aumento del gasto público en educación, vivienda y obras civiles,⁵⁸ además de llevar a cabo un reajuste de los salarios igual al 100 % del alza de precios del año previo, con la finalidad de mejorar la redistribución del ingreso a favor de los trabajadores y ampliar

54. José C. Valenzuela Feijóo, “El gobierno de Allende: aspectos económicos”, *Aportes* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), vol. XI, n.º 033 (2006): 14.

55. En noviembre de 1970, cuando Salvador Allende asume el poder, la inflación era de un 35 % y la tasa de desocupación bordeaba el 8,3 %.

56. Ruiz, “Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, 1965-1975”.

57. Pedro Vuskovic, “Distribución del ingreso y opciones de desarrollo”, *Cuadernos de la Realidad Nacional* (CEREN), n.º 5 (septiembre del 1970).

58. Según los indicadores del periodo se estima que el gasto en educación alcanzó el 7,2 % del PIB, frente a un 2,4 % de la dictadura.

las bases de apoyo del gobierno.⁵⁹ Allende y sus colaboradores tenían la certeza de que era imprescindible captar el apoyo de los trabajadores y capas medias que aún no estaban convencidos. Los logros inmediatos se hicieron sentir rápidamente, por lo menos en la política: la coalición de gobierno ganó las elecciones parlamentarias de abril de 1971 con el 50,5 % de los votos gracias al apoyo popular. A finales de ese mismo año, el gobierno podía decir que el país disponía de pleno empleo, la desocupación había disminuido a un 3,1 %, el nivel más bajo desde la existencia de la estadística, que volverá a recuperarse recién en 1998. Los salarios de los dos últimos quintiles más bajos se incrementaron en un 3,7 %, mejorando el estándar de vida del 20 % de la población más pobre del país.⁶⁰ La inflación bajó a un 22,1 %. A primera vista, los resultados del primer año eran espectaculares y hacían pensar que era el momento de organizar el referéndum para aprobar el cambio institucional previsto en el programa: elaborar una nueva constitución y erigir finalmente el “Estado Popular”. Sin embargo, las aprensiones de los comunistas terminaron por hacer claudicar esta iniciativa, pues consideraban que era necesario contar con una base de apoyo más amplia: la clase media y la pequeña burguesía indecisa frente los cambios. Desde el triunfo de Allende, las movilizaciones colectivas se intensificaron. Entre 1969 y 1972, solo las huelgas se incrementaron en un 360 %. Pero pese a las inconsistencias y tensiones con el gobierno, los sectores populares tienen la percepción –si no la certeza– de que es su tiempo histórico. Es esto lo que irá generando un distanciamiento

59. Se estimaba que para 1968 el 30 % de las familias chilenas recibían menos de un sueldo vital mensual como total. Hugo Fazio, “Logros y problemas de la política económica de la Unidad Popular”, en *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio et al. (Santiago: Universidad de Chile, 2003), 42.

60. Arturo León y José Serra, *La redistribución del ingreso en Chile durante el Gobierno de la Unidad Popular. Éxito y frustración* (Santiago de Chile: FLACSO, 1977).

del gobierno, que se ciernen a lo legal, restándoles poder efectivo. De manera que el movimiento irá basculando hacia aquellos sectores rupturistas que exigen radicalizar las reformas.

Sin embargo, según varios expertos en este período,⁶¹ la política económica no era sostenible; para ellos, se pecó de optimismo, voluntarismo y hubo errores en el diseño de la estrategia. Las medidas de corto plazo generaron una disrupción económica que terminó con una inflación del 40 % en 1972. El documento de balance del primer año que se produjo luego del encuentro del 21 de febrero en el “El Arrayán” no hace referencia ni al repunte de los precios ni al potencial inflacionario acumulado, a pesar de que desde mediados de 1971 se había creado la organización Juntas de Abastecimiento y Control de los Precios (JAP),⁶² una forma original de control popular de la distribución. A medida que el escenario se va complejizando, las JAP serán claves en la planificación del consumo, del abastecimiento y del control de los precios. Entonces, ¿cuál era el problema?

El Área de Propiedad Social (APS) del programa de la UP era un pilar o la fundación para el proyecto. Este debía captar el excedente de las empresas que disponían de un superávit sobre sus costos de producción. El remanente era lo que iba a solventar el gasto público del gobierno. De manera que era imperativo que las empresas de propiedad social produjeran esos excedentes, lo que no ocurrió. El proceso de estatización de las empresas fue lento y engorroso, obstaculizado por el Congreso y el Poder Judicial. Para finales de 1971, se estima que el control de la distribución del gobierno no

61. Cfr. León y Serra, *La redistribución del ingreso en Chile durante el Gobierno de la Unidad Popular*; Fazio, “Logros y problemas de la política económica de la Unidad Popular”; Ricardo French-Davis, “Objetivos válidos y problemas prácticos del proyecto económico”, en *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio et al. (Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2003), 71-87; Sergio Bitar, *Chile, 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*. Santiago de Chile: Pehuén Editores Ltda., 1995.

62. Esta organización surge a partir del encuentro de “dueñas de casas” que se reúnen en el Estadio Chile, con la finalidad de crear acciones de contingencia sobre el desabastecimiento que se estaba produciendo.

supera el 15 %. La adquisición se realizó a través de la compra de acciones, lo que significó fuertes desembolsos al fisco, y las empresas que ya eran parte del Estado trabajaron con precios casi congelados –para contener la inflación–, por lo que se anuló el excedente. Se produjo un proceso inverso: terminaron siendo subvencionadas por la Tesorería General, ya que la inversión privada también cayó bruscamente y su caída no cesó hasta 1973.⁶³

Asimismo, el crecimiento del ingreso aumentó la capacidad de gasto o consumo sin que existiera la posibilidad de responder a la demanda, lo que generó problemas de circulación que no se “resuelve[n] con la impresión de mayor cantidad de billetes [...] [sino más bien] redistribuyendo los recursos reales”⁶⁴ y, a su vez, disparó las importaciones de bienes de consumo y no de capital. Subieron los precios de los alimentos y el precio del cobre se redujo a 49,3 centavos de libra. El año 1971 terminó con un déficit de 300 millones de dólares, orquestado por un estrangulamiento externo (o de sabotaje internacional) liderado por Estados Unidos.⁶⁵ El costo de estos errores significó la destitución del ministro Vuskovic en mayo de 1972. En su reemplazo asume el comunista Orlando Millas, quien debe enfrentar la agudización del desequilibrio económico y el semiestancamiento de la producción.

Un “golpe de timón” tardío. La radicalización de la crisis y la polarización de la sociedad

Con Millas a cargo de la cartera de Economía, la UP planteó como medida para salir de la crisis económica un “retroceso táctico” que consistió en: i) congelar los procesos de estatización y consolidar lo ya logrado; ii) impulsar la expansión de la producción incrementando la productividad y la disciplina fabril; iii) evitar que se

63. Fazio, “Logros y problemas de la política económica de la Unidad Popular”, 52-53.

64. French-Davis, “Objetivos válidos y problemas prácticos del proyecto económico”, 78.

65. Valenzuela Feijóo, “El gobierno de Allende: aspectos económicos”, 12.

erigiera una oposición a partir de la alianza entre la Democracia Cristiana y la derecha golpista. Pero las condiciones políticas no eran óptimas, ni en el seno de la izquierda ni con los agentes políticos y sociales. El campo político más bien experimentaba un proceso de polarización progresiva.

El grado de participación en la APS generó malestar entre los trabajadores, que en la mayoría de los casos se limitaron a seguir normas y a velar por los niveles de producción y no por una transformación de las relaciones de producción.⁶⁶ A esto se sumaron los cambios en las correlaciones de fuerzas. Desde finales de 1971, el APS es presa de las dificultades financieras y productivas que amplifican un sentimiento de frustración por parte de los trabajadores comprometidos en cuerpo y alma en la “batalla de producción”. En este lento agotamiento que deja al descubierto las debilidades de las políticas económicas, se agudizan las diferencias entre los dos polos de la izquierda chilena.

La comisión política del PS llama a radicalizar las reformas y al reemplazo del Congreso por una cámara única, la “Asamblea del pueblo”, mientras el MIR despliega una serie de acciones en torno a la reivindicación del poder popular. En esta misma línea se posicionan el MAPU-Garretón y la Izquierda Cristiana: estas dos últimas, facciones nacidas de la crisis del momento. El MAPU se escinde en dos facciones: el MAPU Obrero-Campesino, ligado al sector gradualista, y el MAPU-Garretón, del sector rupturista. La Izquierda Cristiana surge de la división que se gesta en la Democracia Cristiana luego del atentado al anterior ministro de Frei Montalva, Pérez Zujovic, y se cuadra con la posición más radical. El PCCH, en cambio, fiel a su línea gradualista, insiste en

66. Gaudichaud, *Chile 1970-1973*.

la vía institucional y acusa al MIR de contribuir a la polarización política por sus acciones de ocupación. El resultado será la división del Comité Político de la UP.

La muerte de Pérez Zujovic influyó en la decisión de la DC de unir fuerzas con la derecha. Para 1972, la burguesía chilena entra en una nueva fase o “línea de masas”.⁶⁷ Es decir, deja la postura ofensiva para ocupar la calle, “participando activamente en el espacio público con el fin de disputárselo a los partidarios del proceso revolucionario”.⁶⁸ Este grupo está constituido por el Partido Nacional (PN), principal fuerza de la derecha desde 1966,⁶⁹ la DC, el Partido de la Democracia Radical y el Frente Nacional del Área Privada (FRENAP), agrupación conformada por propietarios de pequeñas y medianas empresas que ven con terror el desarrollo de las requisiciones de los comercios y la toma de fábricas. Todos ellos van a constituir la Confederación Democrática (CODE). Luego se irán sumando distintos gremios.

Desde mediados de 1972, el movimiento social toma las calles, tanto los partidarios de la izquierda como los de la derecha. La violencia política marca la pauta de lo cotidiano, aumentan los atentados, los precios se disparan, la crisis se acentúa y la derecha denuncia al gobierno como “hambreador del pueblo”.⁷⁰ La gran “huelga patronal” en octubre de 1972, marca un punto de inflexión y pone en jaque al gobierno. Frente a la incapacidad de la institucionalidad para responder al bloqueo, lo hacen las organizaciones populares. El documental *La Batalla de Chile*, de Patricio

67. Armand Mattelart, “La bourgeoisie à l'école de Lénine”, *Politique aujourd'hui* (enero-febrero del 1974): 23-46.

68. Gaudichaud, *Chile 1970-1973*, 155.

69. Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas. El “parto” de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2008).

70. Manuel Castell, *La lucha de clases en Chile* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1975), 240-242.

Guzmán, muestra el entusiasmo de los trabajadores, pobladores y estudiantes. Como dice Gaudichaud, “[se percibe] la sensación de luchar colectivamente por una causa justa”.⁷¹ La dinámica de la lucha de clases continúa, se fortalece, al punto de que ni el gobierno la lograr controlar. De manera que lo hace la vía golpista.

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 fueron determinantes, de ellas dependía la posibilidad de destituir al gobierno por la vía constitucional. Eso esperaba la CODE, que sacó el 54 % de los votos, menos de los dos tercios de los cupos que se necesitaban. Mientras que la UP alcanzó el 43 %, legitimando el apoyo popular. Los resultados tenían dos lecturas: para la derecha, la opción militar; para la UP, la imposibilidad de avanzar con las reformas. El gobierno estaba en un callejón sin salida en el que la vía político-institucional agonizaba.⁷²

El 29 de junio se llevó a cabo un intento de golpe, el coronel Souper se lanzó al asalto del Ministerio de Defensa. Esta insurrección conocida como el “Tanquetazo” no prosperó, pero generó dos lecturas: primero, fue una prueba de la resistencia popular, aunque lo que primó fue la ausencia de reacción político-militar por parte del poder popular o los partidos de izquierda; segundo, como un ensayo general del futuro golpe. La Iglesia católica insiste en llamar al consenso nacional para evitar un enfrentamiento, mientras los sectores rupturistas llaman a una gran contraofensiva revolucionaria y popular. El 11 de septiembre irrumpe el golpe de Estado y con ello una nueva etapa de la historia del país, marcada por la violencia de Estado.

71. Gaudichaud, *Chile 1970-1973*, 302.

72. Joan E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política* (Argentina: Siglo XXI Editores, 1974).

Balance de un proyecto truncado

A pesar de todos los problemas estructurales que tuvo, la Unidad Popular fue una experiencia política que no se puede reducir a los largos sesenta, ya que sus orígenes se remontan a los años treinta. Es decir, con un sistema de partidos fuertes, organizados, con sustratos ideológicos coherentes, con cuadros, con una política de penetración en la sociedad, lo que no significa que los partidos hayan estado exentos de tensiones y rivalidades en su dinámica interna. La convivencia entre el PCCH y el PSCH siempre fue compleja, con periodos conflictivos, y cada sector tiene sonidos discrepantes, entre sí y consigo mismos, como en el caso del PSCH. El PCCH tiene una estructura burocrática con una gran capacidad de penetración y una clara conciencia del uso de los medios de información que el PSCH no tuvo.⁷³ Y por otra parte tenemos a Salvador Allende, un dirigente socialista capaz de erigirse tres veces como representante de la izquierda unida sin ser la primera opción de su partido, que se opuso en reiteradas ocasiones a sus candidaturas.

Este período permitió el desarrollo de proyectos y programas políticos muy distintos, con visiones de futuro y actores diferentes, como se aprecia con los gobiernos de Jorge Alessandri (1958-1964), Eduardo Frei Montalva (1964-1970) y Salvador Allende (1970-1973). Pero la democracia que se venía construyendo sentó las bases para que el juego tomara esta forma. Justo lo que la sociedad chilena exige hoy: nuevos proyectos, nuevos futuros. La Unidad Popular fue la fase final de las posibilidades que ofreció el juego político del período. Un escenario construido desde la democracia liberal keynesiana. Entonces, ¿era posible? Es la gran

73. Carla Rivera Aravena y Alfonso Salgado Muñoz, "Más que una improvisación. Cartografía de las estrategias periodísticas del Partido Comunista de Chile, 1930-1970", *Historia* 396, Universidad Católica de Valparaíso, vol. 10, n.º 2 (2020): 263-296; Cristina Moyano Barahona y Carla Rivera Aravena, "Disputando lo político. La izquierda y la prensa política de masas en Chile, 1950-1989", *Universum*, Talca, vol. 35, n.º 1 (2020): 340-366.

pregunta que ronda a un proyecto alternativo que buscó construir una nueva sociedad, una sociedad socialista, pero que para el sociólogo Rodrigo Baño careció de racionalidad política.

Bibliografía

- Adler Lomnitz, Larissa y Ana Melnick. *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Aguirre-Briones, Andrés. “Cambios institucionales y transformaciones en la propiedad y el control empresarial, el caso de los grupos económicos chilenos, 1970-1978”. *Historia* 396, Universidad Católica de Valparaíso, vol. 9, n.º 1 (2019): 3-34.
- Álvarez, Rolando. *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*. Santiago de Chile: América en Movimiento Editorial, 2020.
- Arancibia Clavel, Roberto. “Vientos de rebelión en Chile”. *Anuario*, vol. 90, n.º 33 (2019).
- Arias, Ana Josefina. “Organismos internacionales y pobreza en América Latina: la matriz de la alianza para el progreso”. *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 3, n.º 1 (2009): 7-15.
- Avendaño, Octavio. “Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1967-1973”. *Política. Revista de Ciencia Política*, vol. 52, n.º 1 (2014): 93-122.
- Bahamondes, Fabiola. “Centros de madres en el Chile rural: un espacio de seguridad. Cociendo, costureando, entablando un entramado social”. *Nomadías*, vol. 22 (2016).
- Bellei, Cristian y Camila Pérez. “Democratizar y tecnificar la educación. La reforma educacional de Eduardo Frei Montalva”. En *Eduardo Frei Montalva: un gobierno reformista. A 50 años de la Revolución en Libertad*, editado por Carlos Hunneus y Javier Couso. Santiago de Chile: Editorial Universitaria / Universidad de Chile, 2016.

- Bellisario, Antonio. “La reforma agraria chilena. Reformismo, socialismo y neoliberalismo, 1964-1980”. *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, n.º 59 (2013): 159-190.
- Benavides, Leopoldo. *La formación de la izquierda chilena: relaciones entre el Partido comunista y el Partido socialista*. Santiago de Chile: FLACSO, 1988.
- Bitar, Sergio. *Chile, 1970-1973: asumir la historia para construir el futuro*. Santiago de Chile: Pehuén Editores Ltda., 1995.
- Bonnassiolle Cortés, Marcelo Alejandro. “Violencia política y conflictividad social durante el gobierno de la unidad popular: el caso de la Vanguardia Organizada del Pueblo (vop), 1970-1971”. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, vol. 16, n.º 1 (2015): 125-164.
- Casals Araya, Marcelo. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2010.
- Castell, Manuel. *La lucha de clases en Chile*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1975.
- Contreras, Pablo y Sebastián Salazar Pizarro. “Obedientes y no deliberantes: Fuerzas Armadas, autonomía y control democrático en Chile”. *Ius et Praxis*, vol. 26, n.º 2 (2020): 232-253.
- Cordero-Fernández, Macarena. “Vinculaciones afectivas con los bienes de las cofradías”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 23, n.º 2 (2019): 199-214.
- Correa Sutil, Sofía. *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo xx*. Santiago de Chile: Sudamericana, 2011.
- Correa Sutil, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña. *Historia del siglo xx chileno: balance paradójico*. Santiago de Chile: Sudamericana, 2001.
- Fazio, Hugo. “Logros y problemas de la política económica de la Unidad Popular”. En *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio et al. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2003, 39-55.
- Fernandois Huerta, Joaquín. “Chile y la ‘cuestión cubana’ 1959-1964”. *Historia*, vol. 17 (1982): 113-200.

- “La larga marcha a la nacionalización: el cobre en Chile, 1945-1971”. *Anuario de Historia de América Latina*, vol. 38, n.º 1 (2001): 287-312.
- “¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría (1962-1973)”. *Estudios públicos*, vol. 72 (1998).
- Fernández, Camilo y Pablo Garrido. “Progresistas y revolucionarios: el Frente de Acción Popular y la vía chilena al Socialismo, 1956-1967”. *Izquierdas*, vol. 31 (2016).
- Fontaine, Arturo. “Todos querían la revolución. Chile 1964-1973”. *Estudios Públicos*, vol. 78 (2000).
- Freedman, Lawrence. “El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990”. En *Historia del siglo xx*, editado por Michael Howard y Roger Luois. Oxford: Planeta, 1999.
- French-Davis, Ricardo. “Objetivos válidos y problemas prácticos del proyecto económico”. En *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio *et al.* Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2003, 71-87.
- Fulkerson, Taylor. “Tierra santa para quien la trabaja: la reforma agraria de la Iglesia católica en Cusco, 1961-1971”. *Historia Agraria de América Latina*, vol. 1, n.º 2 (2020):100-125.
- Gamboa, Ricardo, Miguel Ángel López y Jaime Baeza. “La evolución programática de los partidos chilenos 1970-2009: de la polarización al consenso”. *Revista de Ciencia política*, Santiago de Chile, vol. 33, n.º 2 (2013): 443-467.
- Garay Vera, Cristian. “Doctrina Schneider-Prats: la crisis del sistema político y la participación militar, 1969-1973”. *Revista de Ciencia Política*, vol. 10 (1986): 71-177.
- Garcés, Joan E. *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1974.
- Garrido González, Pablo. “Revolución en Libertad. Concepto y programa político de la Democracia Cristiana chilena, 1958-1964”. Documento de Trabajo. Universidad Diego Portales, n.º 2 (2012): 1-23.
- Gaudichaud, Franck. *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2016.

- Gazmuri, Cristián. *Eduardo Frei Montalva y su época*, vol. 2. Santiago de Chile: Aguilar, 2000.
- Gil, Federico. *El sistema político de Chile*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1969.
- Herrera, Felipe. “Alianza para el progreso: los postulados y las realizaciones”. *Estudios Internacionales*, vol. 74, n.º 19 (1986): 125-132.
- Hobsbawm, Eric. *La historia del siglo xx*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Leiva Flores, Sebastián. *Teoría y práctica del poder popular: los casos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, Chile, 1970-1973, y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, PRT-ERP, Argentina, 1973-1976*. tesis doctoral. Universidad de Santiago de Chile, 2010.
- León, Arturo, y José Serra. *La redistribución del ingreso en Chile durante el Gobierno de la Unidad Popular. Éxito y frustración*. Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1977.
- López, Eduardo. “La estrategia de la Reforma Agraria de la Iglesia Católica Chilena 1962-1967”. *Contribuciones científicas y tecnológicas*, Universidad de Santiago de Chile, n.º 121 (2001).
- Lozoya López, Ivette. *Intelectuales & Revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones / Clase, 2020.
- Maldonado, Jorge, Felipe Hinojosa, Aldo González y Andoni Ortúzar. *Ética, política y espíritu en Eduardo Frei Montalva*. Santiago de Chile: Sáez Editor, 2016.
- Mattelart, Armand. “La bourgeoisie à l’école de Lénine”. *Politique aujourd’hui* (enero-febrero del 1974): 23-46.
- McSherry, Patrice. *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.
- Mendizábal Cortés, Antonieta. *El impacto del programa de promoción popular en la radicalización y politización de la demanda por la vivienda 1964-1973*. Tesis de posgrado, Universidad de Chile, 2018.

- Metzeltin, Michael, Annette Frank y Martina Meidl. “Un discurso identitario: la marcha de la Patria Joven de Eduardo Frei Montalva”. *Boletín de Filología*, vol. 40 (2004).
- Morgenfeld, Leandro. *Desarrollismo, alianza para el progreso y revolución cubana*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, 2013.
- Moyano Barahona, Cristina y Carla Rivera Aravena. “Disputando lo político. La izquierda y la prensa política de masas en Chile, 1950-1989”. *Universum*, Talca, vol. 35, n.º 1 (2020): 340-366. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/universum/v35n1/0718-2376-universum-35-01-340.pdf>
- Neicún, Jéscica. “Proyecto y procesos económicos”. En *Unidad Popular. Treinta años después*, de Hugo Fazio *et al.* Santiago: Universidad de Chile, 2003, 23-37.
- Oñate Gutiérrez, Daniela. *La política de promoción popular en el gobierno de Eduardo Frei Montalva 1964-1970*. Tesis Doctoral, Universidad Andrés Bello, 2010.
- Órdenes, Mathias y José Díaz-Diego. “Cuando la mano de obra se subleva: estrategias terratenientes durante la reforma agraria chilena 1964-1973”. *Revista de agricultura e historia rural*, n.º 74 (2018).
- Ortega Martínez, Luis. “La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960”. *Universum*, Talca, vol. 23, n.º 2 (2008): 152-164.
- Pastore, María. *La utopía revolucionaria de los años sesenta*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2010.
- Peña, Javier. “Las intervenciones norteamericanas en América Latina”. Asociación de Antiguos Aficionados a los Relatos de Guerras y Holocaustos (AAARGH). Acceso el 17 de marzo del 2021. <http://aaargh.vho.org/espa/garaudy/intervenciones.html>
- Peña Arriaza, Rafael. “Promulgación de la Ley de Juntas de Vecinos de 1968 en Chile: análisis del contenido ideológico de la discusión parlamentaria entre 1964 y 1968”. En *Tercer Congreso en Investigación de Estudiantes de Historia* (Santiago: Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile / Departamento de Historia Universidad Alberto Hurtado, 2015)
- Pérez, Cristián. “Historia del MIR. Si quieren guerra, guerra tendrán”. *Estudios Públicos*, vol. 91 (2003): 5-44.

- Pinto Vallejos, Julio. "Hacer la revolución en Chile". En *Cuando hicimos historia. La Experiencia de la Unidad Popular*, coordinado por Julio Pinto Vallejos. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2005.
- Radovic, Iván. *Experiencia de la reforma agraria chilena*. La Plata: Fundación OCAC / Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2005.
- Ramos Rodríguez, Froilán y Javier Castro Arcos. "La Alianza para el Progreso en Chile y Venezuela, 1961-1963". *Tiempo y espacio*, vol. 62, n.º 24 (2014): 93-138.
- Rey Tristán, Eduardo. "La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y la polémica sobre las formas de la revolución latinoamericana. El caso uruguayo". En *Estudios sobre América, siglos XVI-XX: Actas del Congreso Internacional de Historia de América* (2005): 1693-1706.
- Riquelme Segovia, Alfredo. "Los modelos revolucionarios y el naufragio de la vía chilena al socialismo". *Nuevo Mundo, Mundo Nuevos* (2007): 1-22. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.10603>
- "Política de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973)". En *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*, compilado por Marianne González Alemán y Eugenia Palieraki. Santiago de Chile: Universidad Nacional de Tres de Febrero / Université de Cergy-Pontoise / RIL Editores, 2013.
- Riobó, Enrique; Javiera Valenzuela, Javier Godoy González, Cristian Sanhueza, Daniela Henríquez, Caroline Sánchez Pérez y Laura Makuc. "La idea de universidad en Juan Gómez Millas (1953-1963): autonomía de los sabios, humanismo y recepción de lo clásico". *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, vol. 8 (2017): 146-175.
- Rivera Aravena, Carla y Alfonso Salgado Muñoz. "Más que una improvisación. Cartografía de las estrategias periodísticas del Partido Comunista de Chile, 1930-1970". *Historia 396*, Universidad Católica de Valparaíso, vol. 10, n.º 2 (2020): 263-96. <http://www.historia396.cl/index.php/historia396/article/view/452>
- Ruiz, María Olga. "Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)". *Revista Austral de Ciencias Sociales*, vol. 28 (2017): 163-182.

- Ruiz, Reinaldo. “Los fundamentos económicos del programa de gobierno de la Unidad Popular: a 35 años de su declaración”. *Universum*, Talca, vol. 20, n.º 1 (2005): 152-167.
- Sepúlveda, Máximo. “Políticas educacionales en Chile durante el siglo xx”. *Revista Mad*, vol. 10 (2004): 30-42.
- Suárez Salazar, Luis y Dirk Kruijt. *La revolución cubana en nuestra América: El internacionalismo anónimo*. Panamá: Ruth Casa, 2016.
- Schiappacasse Rodríguez, Lucas. *La intervención de Estados Unidos en Chile en el contexto de guerra fría: aspectos políticos y culturales durante las décadas 50, 60 y 70*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2017.
- Tinsman, Heidi. “La tierra para el que la trabaja: política y género en la reforma agraria chilena”. *Revista Perspectivas*, vol. 19, n.º 1 (2008): 53-67.
- Unidad Popular. *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. Candidatura Presidencia de Salvador Allende*. Santiago de Chile, 1970.
- Valdés, Alberto y Foster, William. *La reforma agraria en Chile: historia, efectos y lecciones*. Santiago de Chile: Ediciones uc, 2015.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *Nacionales y gremialistas. El “parto” de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2008.
- Valenzuela Feijóo, José C. “El gobierno de Allende: aspectos económicos”. *Aportes*, vol. XI, n.º 033 (2006): 5-26.
- Varas, Augusto, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals. *El Partido Comunista en Chile: una historia presente*. Santiago de Chile: Catalonia / FLACSO / USACH, 2010.
- Vuskovic, Pedro. “Distribución del ingreso y opciones de desarrollo”. *Cuadernos de la Realidad Nacional (CEREN)*. Santiago de Chile: Ediciones UC, n.º 5 (septiembre del 1970).
- Zárate, Soledad. “Señora, su hijo no va a morir. Enfermeras y madres contra la mortalidad infantil. Chile, 1950-1980”. En *Rastros y Gestos de las emociones. Desbordes disciplinarios*, editado por Macarena Cordero, Pedro Moscoso y Antonia Viu. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2018.

América Latina. Episodios de historia social y política fue editado y publicado por las editoriales de las universidades pedagógicas de Argentina y Colombia, a seis años del inicio de las actividades de la Red Educativa Universitaria de Conocimiento y Acción Regional (REDUCAR).

Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Bogotá Distrito Capital,
2021